

# Los Allende

Son los Kennedy de Latinoamérica. Con pasión lucharon por la libertad y la justicia, vivieron revoluciones, exilios y clandestinidad, sueños y tragedias. Su arma era la palabra.

En esta biografía de la familia Allende, Günther Wessel indaga en las huellas dejadas por la ramificada familia de Salvador e Isabel Allende.

Tebar

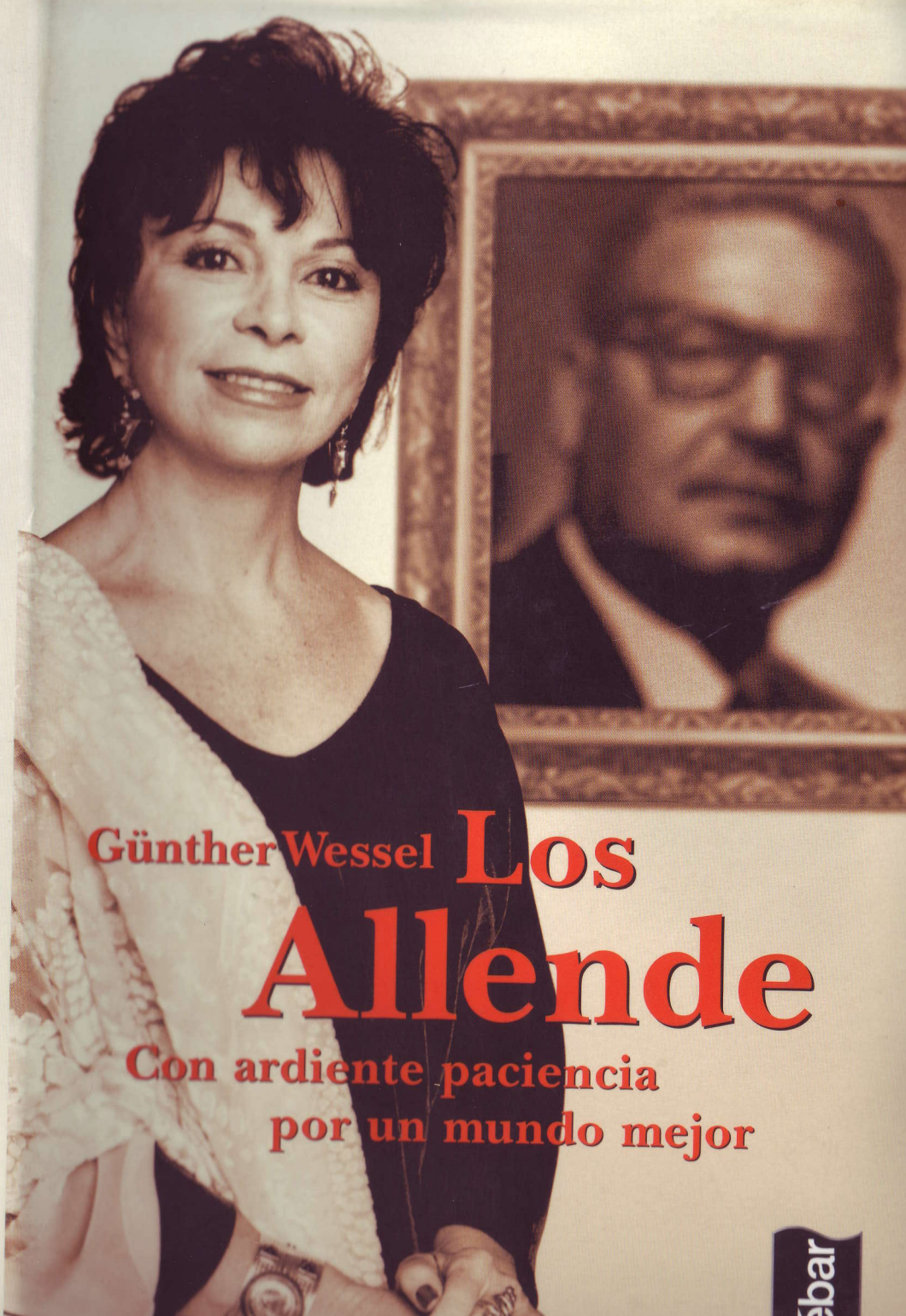
ISBN 84-7360-202-1



788473-602020

Tebar

Günther Wessel **Los Allende**



Günther Wessel **Los Allende**

Con ardiente paciencia  
por un mundo mejor

Tebar

**L**os Allende son los Kennedy de Latinoamérica. Ya a mediados del siglo IXX el “rojo” Allende luchó a favor de la democracia y contra los latifundistas. Cuando su nieto Salvador Allende Gossens fue elegido Presidente de Chile, parecía que ese sueño por fin se hacía realidad. Pero solo tres años más tarde, Pinochet bombardeó con los militares toda esperanza. La inteligencia del país desapareció en cárceles o huyó al exilio, y la familia Allende fue diseminada en todas las direcciones.

**I**sabel, la sobrina de Salvador Allende, continúa hoy la lucha con ayuda de la palabra. Su primer éxito mundial fue la novela *La Casa de los Espíritus*, en la que presenta, a través de la historia de una familia chilena, los conflictos históricos del país. El autor se reunió con la escritora y charló con ella largo y tendido. Su libro es el retrato de una familia que nunca abandonó el sueño de un mundo mejor.





**G**ünther Wessel, periodista y escritor, vive y trabaja en Washington DC. Es autor de guías de viaje y programas de radio sobre Sudamérica. Su última obra, escrita con Petra Pinzler, se titula *George Bush – Cambio en América*.

Günther Wessel

# Los Allende

Con ardiente paciencia por un mundo mejor



**Editorial Tébar, S.L.**

Gaztambide, 61 28015 Madrid Tel.: 91 550 02 60 Fax: 91 550 02 61  
pedidos@editorialtebar.com www.editorialtebar.com



*Para Jakob y —como siempre,  
pero por fin escrito— para Petra*

© Editorial Tébar, S.L.

Diseño de portada: STEVE MANCINI

Maquetación: REBECA IRAZÁBAL

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, grabada en sistema de almacenamiento o transmitida en forma alguna ni por cualquier procedimiento, ya sea electrónico, mecánico, reprográfico, magnético o cualquier otro, sin autorización previa y por escrito de EDITORIAL TÉBAR, S.L.

D.I.: M. 49.280-2004

I.S.B.N.: 84-7360-202-1

Impreso en Torán

# Índice

Un país y sus caras .....	11
---------------------------	----

## PARTE I

1. Una familia hace historia .....	25
2. Salvador – Político y padre de familia .....	55
3. Los parientes de la «casa de los espíritus» .....	67

## PARTE II

4. El largo camino hasta la Moneda .....	75
5. Sueños y acontecimientos revolucionarios .....	91
6. El presidente del pueblo .....	107
7. El golpe .....	123
8. El mito y las víctimas .....	135

## PARTE III

9. Los Allende en el exilio .....	145
10. La escritora Isabel Allende .....	157
11. El camino de vuelta a la democracia .....	179
«La familia quedó totalmente destrozada» .....	195
Tabla cronológica .....	201
Agradecimiento .....	213
Observación .....	215
Bibliografía .....	217

El capitán, claro está, no buscaba literatura; el capitán registraba la habitación en busca de armas o de guerrilleros escondidos entre la ropa colgada, y Pablo le dijo entonces:

—“Busque, nomás, capitán. Aquí hay una sola cosa peligrosa para ustedes.”

El oficial dio un salto.

—“¿Qué cosa?”, preguntó alarmado, llevándose una mano, quizás, a la funda de su pistola.

—“¡La poesía!”, dijo el Poeta...

*Diálogo entre un capitán del ejército y el poeta Pablo Neruda tras el golpe militar del 11 de septiembre de 1973. En: Jorge Edwards, Adiós, Poeta...*



## Un país y sus caras

Santiago de Chile tiene muchas caras: la cara bien afeitada del señor Mayor en el traje tres piezas que se deja limpiar los zapatos en la zona peatonal, la sucia del niño de cinco años que mendiga entre los transeúntes en la Avenida Providencia, la pintada del malabar delante de la catedral, la inmóvil del soldado durante el cambio de guardia delante de la Moneda, el palacio del gobierno, la sonriente de la vendedora en una papelería. Es una ciudad de trajes y vestidos de negocio grises, de usuarios de móviles y restaurantes caros, pero al mismo tiempo también de autobuses atestados que apestan a humo, en los cuales los vendedores ambulantes venden baratijas de todo tipo —la mayoría fabricadas en Extremo Oriente— y las asistentas viajan durante horas de camino a su puesto de trabajo en los barrios más nobles de la ciudad como Las Condes y Vitacura. Existe un mundo entre los centros comerciales deslumbrantes —los más modernos de América del Sur— y las poblaciones —los barrios marginales en torno a las carreteras del extrarradio.

Santiago tiene muchas caras: la Avenida de la Paz, una de las calles menos suntuosas, comienza alrededor de un kilómetro al norte de la Moneda, el palacio gubernamental en el centro de Santiago, y conduce hacia las afueras. Aquí se encuentran grandes almacenes con fruta y verdura para el mercado central. Los trabajadores descargan camiones decrepitos y oxidados, huele a fruta podrida, un mendigo revuelve una caja enorme de peras malolientes en busca de algo comestible. Cuanto más se aleja uno del centro de la ciudad, el ambiente se vuelve más sórdido. Aún más naves, coches estropeados, un muro largo, tras

él una clínica psiquiátrica. La calle desemboca finalmente en una rotonda rodeada de muros clasicistas. Aquí se halla la pomposa entrada del Cementerio General, el principal cementerio de la ciudad. Data de una época diferente, de finales del siglo XIX, cuando Santiago debió ser una ciudad muy rica —al menos una ciudad que le daba importancia a tener un cementerio general representativo.

El cementerio es enorme, pero la tumba se encuentra con facilidad. Tres estelas blancas de mármol, casi de la altura de un edificio, se elevan de forma que salta a la vista. Sobre ellas una escueta inscripción: Salvador Allende Gossens 1908-1973. Es el mausoleo de la familia de Salvador Allende, del primer y único presidente marxista elegido libremente en todo el mundo, que perdió la vida en el golpe contra su gobierno a cargo del general Augusto Pinochet. En el mausoleo hay algunas flores: una rosa a derecha e izquierda de la lápida, un ramo de rosas, y delante un manojito de claveles rojos en una sencilla vasija.

En el centro de la ciudad un monumento recuerda también al expresidente: el 26 de junio de 2000 el presidente Ricardo Lagos inauguró delante de la Moneda una estatua de Salvador Allende. Está de pie, fundido en bronce sobre un pedestal de arenisca y observa con mirada estricta el palacio presidencial, en el que murió el 11 de septiembre de 1973. La inauguración del monumento vino acompañada de manifestaciones, tanto de la derecha como de la izquierda. Unos no querían que se le pusiera un monumento al traidor a la patria, al que el ejército derrocó justo a tiempo, los otros exigían tanto el esclarecimiento incondicional del destino de todas las personas desaparecidas durante la subsiguiente dictadura como la prisión de por vida para Pinochet.

«La derecha ha entendido la colocación del monumento como una derrota casi más dura que la detención de Pinochet en 1999 en Londres», dice Osvaldo Puccio Huidobro, miembro del Partido Socialista e hijo del secretario privado de Salvador Allende. La estatua la creó el escultor Arturo Hevia, que a sí mismo se calificaría como más bien conservador. Sobre un alto pedestal de arenisca se encuentra un Allen-



*Santiago de Chile, 26 de junio de 2000. El presidente democrático electo de Chile Ricardo Lagos (izquierda) acompaña entre la multitud a la viuda de Salvador Allende Hortensia Bussi y a su hija Isabel tras la inauguración del monumento de Salvador Allende.*

de que representa dignidad, con cara seria, oculta en parte por las grandes gafas y el bigote, con el tronco erguido con orgullo y un elegante traje. En un costado del zócalo se ha incrustado una cuña de bronce —un símbolo, tal vez, del país dividido que gobernó Allende y que todavía hoy reacciona de maneras muy distintas ante su antiguo presidente y ante el monumento. «Observé a menudo las reacciones de la gente al principio», dice el politólogo Puccio. Habla de familias —la mayoría de la capa social más baja y de las provincias— que se fotografiaban delante de la estatua, y de otros que escupían a Salvador Allende y lo insultaban en voz alta. «No hace falta hurgar en profundidad, tan solo en torno a medio centímetro, para encontrar en cada chileno una opinión sobre Allende —sea a favor o en contra, en el término medio apenas hay nada.»

Y eso que precisamente de Allende se podría aprender una nueva relación con la historia, más bien laicista-ilustrativa. Allende es en principio, según Puccio, y a pesar de que viviera en el siglo XX, la última gran figura política del siglo XIX, un ilustrado radical que confiaba en la razón y en la fuerza de la palabra. Salvador Allende era contemporáneo del guerrillero Che Guevara, ambos tenían los mismos objetivos, pero los perseguían con distinta radicalidad. «Allende creía en la democracia incondicionalmente, en que uno puede vencer al pueblo de sus objetivos mediante el discurso y con argumentos, sin demagogia y comprometido con la verdad.»

Santiago tiene muchas caras: Ramón Huidobro, el padrastro de Isabel Allende, está sentado en el sofá de su apartamento en Providencia con un traje tres piezas y la corbata perfectamente anudada. La madre de Isabel Allende, Pinchita, dibuja en una habitación contigua un pequeño óleo que recuerda ligeramente a Chagall. La sirvienta sirve café. Delante de Ramón Huidobro está el suplemento dominical del *Mercurio*, el diario más importante de Chile. Un periódico que al antiguo diplomático y amigo de Salvador Allende no le gusta, pero que lee a diario por sentido de la obligación. Señala la lista de venta de libros del periódico. La nueva novela de su hijastra, *Retrato en sepia*,

ocupa el segundo puesto, y eso desde hace meses. «Cada libro suyo es un éxito de ventas», opina con orgullo, y cuenta una anécdota que ocurrió durante la última visita de Isabel: «Estuvo aquí durante una semana con su marido. Mantuvimos su visita en secreto, ya que si no, la prensa no nos habría dejado en paz». Viajaron a la isla Chiloé, ahí donde Chile queda bastante aislado, a un sitio minúsculo en la costa este de la isla llamado Tenaún, un pueblo con poco más que una plaza, una vieja iglesia de jesuitas y una playa. La familia hizo desde ahí una excursión a un islote situado frente a la isla, a Mechuique. «Nunca antes habíamos estado ahí. Deambulábamos por la calle, y de repente se asoma una mujer a la ventana y grita: “Ahí va Isabel Allende”. Isabel llevaba unas gafas oscuras y una falda amplia, por lo que apenas se la podía reconocer.» Ramón Huidobro se ríe: «Algo así ocurre en una isla minúscula, en un pueblo de a lo mejor doscientas almas, incluso ahí la reconocen.»

Santiago tiene muchas caras: en el Museo de la Solidaridad *Salvador Allende* al mediodía se pierden apenas tres visitantes. Están sentados en los bancos del sombreado patio del edificio. Hay calma, tan solo las coronas de las cuatro poderosas palmeras del patio interior, que despuntan más allá del tejado del edificio colonial que es monumento histórico, crujen suavemente al viento. El museo no dice nada sobre la vida de Salvador Allende; es un museo de arte de categoría internacional y muestra obras de artistas contemporáneos, entre otras de Juan Miró, Juan Torres-García, Víctor Vasarely, así como de los grandes chilenos Nemesio Antúñez y Roberto Matta.

El museo se fundó después de 1971, cuando llegaron a Santiago artistas, intelectuales y científicos de todo el mundo para informarse sobre la política de Allende. Decidieron colaborar con su aportación a una campaña internacional de solidaridad y fueron enviando a Santiago sucesivamente sus obras. La primera exposición con obras de arte donadas tuvo lugar en 1972 bajo el título «Museo de la Solidaridad». El museo reunió 493 imágenes y esculturas hasta septiembre de 1973, que desaparecieron después del golpe en el sótano del Museo de Arte Contemporáneo. Pero los artistas también siguieron donando durante



la dictadura de Pinochet y organizaron exposiciones solidarias en diversos países para llamar la atención de la opinión pública sobre la situación en Chile. Después de 1989, después de que Chile volviera a transitar por el camino de la democracia, las esculturas, pinturas y grabados volvieron a donde debían: al Museo de la Solidaridad. «Salvador Allende amaba el arte», cuenta Jacques Chonchol, su compañero de camino durante muchos años, «y tenía muchos amigos entre los artistas que le regalaban sus cuadros.»

Santiago tiene muchas caras: la Feria Chilena del Libro es la cadena de librerías más importante de la ciudad. Tiene numerosas sucursales, la mayor está ubicada en la calle peatonal Paseo Huérfanos, a pocas manzanas de la Moneda. Aquí la mayoría de los libros no se colocan en las estanterías, sino que se encuentran ordenados por temas sobre las mesas. Guías de viaje de Chile, literatura latinoamericana —entre ella una mesa adicional para las obras de Isabel Allende—, libros de cocina, consejos para el management, lo habitual. También hay una sección de política e historia chilenas. Ahí están los discursos de Salvador Allende, un tomo ilustrado con fotos de su etapa en el gobierno, investigaciones sobre presos políticos y las violaciones de los derechos humanos durante la dictadura de Pinochet, memorias de las víctimas, pero a su lado también, tranquilamente, en español y en inglés, el libro de Augusto Pinochet *El día decisivo*, en el que explica su versión del golpe —la Biblia para todos sus seguidores.

La etapa de Allende en el poder y el golpe contra el gobierno elegido libremente —estos dos momentos relacionados entre sí marcan todavía a comienzos del siglo XXI la conciencia política de los chilenos. Así como todo americano adulto puede recordar dónde estaba y qué hacía cuando John F. Kennedy fue asesinado en Dallas, los chilenos se acuerdan con exactitud del día del golpe militar, del 11 de septiembre de 1973. «Cuando miro hacia atrás al largo camino de mi vida, veo el golpe militar de Chile como una de esas bifurcaciones en las que mi trayectoria cambió de forma dramática», escribió Isabel Allende en su obra autobiográfica *Paula*. Al igual que ella, muchos chilenos tuvieron que elegir: exilio, resistencia contra la dictadura, reclusión interna o incluso

apoyo activo al ejército. Casi una décima parte de la población abandonó el país, forzada o voluntariamente. En los años directamente posteriores al golpe era peligroso hasta pronunciar el nombre de Allende.

Santiago tiene muchas caras: sin embargo una falta —la del Parlamento. En su antiguo edificio está alojado hoy día el Ministerio de Asuntos Exteriores. Pinochet trasladó el lugar de reunión del Parlamento de Santiago a la ciudad portuaria de Valparaíso, situada a 120 kilómetros, al parecer por motivos estructurales, pero en realidad porque la representación popular en la capital le habría impedido gobernar. De esta forma surgió ahí, a partir de 1980, una construcción enorme, sobredimensionada, no precisamente una demostración del arte arquitectónico chileno.

En el duodécimo piso del palacio de cemento tiene su oficina Enrique Krauss. El político de setenta años, que pertenece a la clase dirigente política chilena desde los años sesenta del siglo XX, es un dirigente de los demócratas cristianos. Conocía a Salvador Allende desde el comienzo de su actividad política y trabaja hoy con su hija Isabel, que se sienta en el Parlamento por el Partido Socialista y que lleva el mismo nombre que su pariente, la escritora. Krauss es todo elogios para el ex-presidente, al menos en lo que a su personalidad se refiere. «Siempre dispuesto a dialogar, nunca dogmático», así era, convincente en persona, divertido, muy simpático, un hombre conciliador. Su política económica, no obstante, fue desastrosa. Y llegado a un punto, Enrique Krauss se pone muy, muy serio: cuando se trata de la responsabilidad de los demócratas cristianos en el golpe. El dirigente de su partido, el ex-presidente Eduardo Frei, nunca felicitó a los golpistas; simplemente dijo que la intervención del ejército era la única solución para evitar que Chile perdiera el rumbo y cayera en el caos absoluto. Y eso, dice, era la pura verdad. Por supuesto que los demócratas cristianos esperaban que el ejército se retirara de nuevo a los cuarteles, dejando libre el camino para unas elecciones inmediatas. A fin de cuentas, el Partido Demócrata Cristiano figuraba durante la dictadura entre los críticos más contumaces de Pinochet.

Santiago tiene muchas caras: la Fundación Salvador Allende se aloja en una radiante casa blanca de una pequeña calle adyacente a la ruidosa Avenida Libertador Bernardo O'Higgins (en corto «Alameda»), la arteria principal del tráfico de Santiago. La página de la fundación en Internet invita a esperar más de lo que uno se encuentra: unas pequeñas oficinas, en ellas Teresa Rubio, que dirige la Fundación llena de energía y con un grueso cuaderno de notas, además algunas estanterías repletas de libros, una especie de biblioteca desordenada, que, por cierto, no está abierta a extraños. Todo da sensación de encontrarse en obras, aún queda mucho por hacer. No se está preparado para recibir visitantes —ni siquiera hay una exposición que informe sobre la vida y obra de Salvador Allende, a pesar de que uno de los objetivos de la Fundación sea precisamente ese.

La directora de la Fundación Salvador Allende es oficialmente Isabel Allende, la hija del ex-presidente. No concede entrevistas sobre la vida de la familia y no quiere hablar sobre su padre. Opina que sobre el pasado ya se ha dicho todo. De forma similar reacciona Hortensia Bussi de Allende, su viuda: «He hablado tantas veces sobre ello, ya no quiero más, estoy cansada.» En 1975 dijo en una entrevista: «Afortunadamente soy incapaz de odiar. Tengo un único deseo y moriría feliz si se cumpliera: me gustaría ver cómo sufren los militares chilenos. Me gustaría ver cómo van sin rumbo por el mundo, como lo hicieron los culpables nazis, avergonzados de su identidad así como de su papel dentro de la historia, anónimos, escondidos en la sombra de la noche que ellos mismos crearon.»

Santiago tiene muchas caras: Volodia Teitelboim vive en una pequeña y humilde casa en el barrio burgués de Nunoa, a pocos kilómetros de distancia del centro de Santiago. Teitelboim es escritor, intelectual y político —desde los años treinta del siglo XX es un personaje público en Chile. Durante muchos años fue Secretario General del Partido Comunista y un buen amigo del poeta y premio Nobel Pablo Neruda, cuya biografía escribió. Además, Teitelboim era amigo de Allende, e incluso demócratas cristianos como Enrique Krauss, que

tienen una opinión contraria a Teitelboim en casi todos los asuntos de la política, lo elogian como un interlocutor interesante. Su cuarto de estar está repleto de libros, los estantes ceden literalmente bajo su peso. Pequeñas notas pegadas en los estantes recuerdan qué libros se encuentran en cada estante, romanceros franceses, narradores españoles, escritores en lengua inglesa —todas las obras casi siempre en su lengua original y ordenadas con pulcritud por orden alfabético de autores. A Teitelboim le gusta hablar de historia y política chilenas, sobre Salvador Allende y la Unidad Popular, pero más aún sobre literatura: «Es una escritora muy importante», dice sobre Isabel Allende. «Los lectores la quieren, eso lo demuestran los números de las ediciones. Los críticos, sin embargo, no necesariamente, y a otros muchos escritores no les gusta nada.» ¿El motivo? Teitelboim se encoge ligeramente de hombros. «Tal vez sea envidia. Pero algunos piensan también que Isabel produce literatura ligera, algo trivial, que no es muy profunda.» ¿Y qué piensa él? Teitelboim sonrío: «Creo que es una narradora auténtica, con fuerza.»

Santiago tiene muchas caras: Jacques Chonchol, compañero de viaje y primer Ministro de Agricultura en el gobierno de Allende, da hoy día clases a estudiantes. «¿Si los Allende son una de las grandes familias de Chile?» El científico social se reclina en su asiento de trabajo. «Sí y no», dice rápidamente. Después piensa brevemente: «La aristocracia clásica de Chile está compuesta por las grandes familias terratenientes que vinieron originalmente del País Vasco. Los Allende no forman parte de ellas, ciertamente. Fueron y son parte de la clase media —y en concreto de esa parte que se caracteriza por su inteligencia, formación y conocimiento. Esta clase tuvo mucha influencia hasta el golpe, pero hoy pierde cada vez más importancia. La aristocracia se inclina desde entonces hacia los partidos de derechas —casi siempre hacia los nacionales, en el mejor de los casos hacia los liberales. Los Allende, en cambio, siempre pertenecieron a los radicales y a los socialistas. Las grandes familias son de Santiago o del campo —los Allende, sin embargo, son de Valparaíso. A pesar de todo ello, siempre han sido importantes.» Y entonces añade: «La historia fami-



liar de los Allende no se puede comprender sin echar un vistazo a la historia de Chile.»

Santiago tiene muchas caras: la ciudad le debe dos de sus construcciones más importantes al arquitecto italiano Joaquín Toesca: la catedral neoclásica de tres naves en la céntrica Plaza de Armas, y el Palacio de la Moneda, el palacio presidencial. El último fue construido entre 1788 y 1805 y alojó en principio, como su propio nombre delata, a la Moneda. A partir de 1846 fue usado como sede del gobierno. Se trata en este caso de un edificio de tan solo dos plantas pero muy macizo y ancho y, por ello, a prueba de terremotos, con cuatro patios interiores en los que crecen pequeños limoneros. La Moneda ha sido renovada hace poco: las paredes exteriores están pintadas de blanco, las repisas de las ventanas pulidas, la madera de los marcos fue barnizada y el óxido de los barrotes de los balcones fue lijado. La Moneda ha sido renovada recientemente, al igual que casi todos los demás edificios que la rodean. En el Ministerio de Agricultura, en el Banco Central —en todas partes desaparecieron los agujeros de los impactos que durante más de 25 años recordaron el golpe del 11 de septiembre de 1973. ¿Los dejó ahí a propósito la dictadura militar durante todos estos años? ¿Como amenaza de que la historia pudiera repetirse? Y, ¿quiere el gobierno actual que lo vivido sea parte del pasado? Los edificios resplandecen de nuevo con el nuevo brillo, ya nada recuerda a la destrucción de la Moneda por parte de la Fuerza Aérea, y Allende está sobre un pedestal como uno más entre tres presidentes anteriores a la dictadura. ¿Regreso a la normalidad en el siglo XXI?

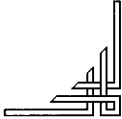
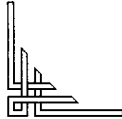
Santiago tiene muchas caras: la Plaza de Armas sigue siendo el punto de encuentro de la ciudad. Los jubilados leen por las mañanas su periódico sentados a la sombra en los bancos y los hombres de negocios se dejan limpiar rápidamente sus zapatos, luego llegan los fotógrafos y montan sus enormes cámaras de fuelle y caballos de peluche para que los padres puedan fotografiar delante de la catedral a sus pequeños como si fueran osados *huasos* —así se llama a los gauchos chilenos. Por último aparecen los ajedrecistas, que sudan delante de sus tableros rodeados por un público silencioso pero entendido. De vez en

cuando toca un grupo musical, los malabaristas representan a veces sus obras, y siempre —siempre están, a partir del mediodía, unos pintores de mayor o menor talento delante del Palacio Arzobispal y junto a la Catedral que ofrecen sus trabajos. Se pueden adquirir paisajes horteras y retratos pintados rápidamente; pero también hay puestos con fotografías y pósters, entre otros de un John Lennon ensoñado que mira a través de los cristales de sus gafas o de Britney Spears enseñando su ombligo, pero también del Che Guevara y del cantante chileno Víctor Jara con su guitarra ante el escanario del Machu Picchu. Jóvenes que en el momento del golpe aún no habían nacido y que en el colegio seguro que no han oído nada de Salvador Allende ni de la Unidad Popular, venden ahí grandes grabados con la imagen de Allende y algunas frases de su último discurso: «Tienen la fuerza, podrán avasallarnos, pero no se detienen los procesos sociales con el crimen ni con la fuerza. La historia es nuestra y la hacen los pueblos. (...) Sigan ustedes sabiendo que, mucho más temprano que tarde, de nuevo se abrirán las grandes alamedas por donde pase el hombre libre, para construir una sociedad mejor.»





PARTE I



## 1. Una familia hace historia

«Amo, Valparaíso, cuanto encierras,  
y cuanto irradias, novia del océano,  
hasta más lejos de tu nimbo sordo.  
Amo la luz violeta con que acudes  
al marinero en la noche del mar,  
y entonces eres —rosa de azahares—  
luminosa y desnuda, fuego y niebla.  
Que nadie venga con un martillo turbio  
a golpear lo que amo, a defenderte:  
nadie sino mi ser por tus secretos:  
nadie sino mi voz por tus abiertas  
hileras de rocío, por tus escalones  
en donde la maternidad salobre  
del mar te besa, nadie sino mis labios  
en tu corona fría de sirena,  
elevada en el aire de la altura,  
oceánico amor, Valparaíso,  
reina de todas las costas del mundo,  
verdadera central de olas y barcos,  
eres en mí como la luna o como  
la dirección del aire en la arboleda.  
Amo tus criminales callejones,  
tu luna de puñal sobre los cerros,  
y entre tus plazas la marinería  
revistiendo de azul la primavera.»

**E**n su drama en verso *De Canto General*, el poeta chileno Pablo Neruda alaba a Valparaíso, el mayor puerto de Chile. Su nombre viene a significar «valle paradisíacamente bonito», pero eso lleva a confu-

siones. No se puede ver ningún valle, y la belleza de Valparaíso sólo salta a la vista de la mayoría de los visitantes tras una segunda mirada. La ciudad se extiende a lo largo de una ancha bahía, tras la cual se elevan las estribaciones de la Cordillera de la Costa. Una estrecha franja costera con el puerto más importante de Chile, algunas calles que discurren en paralelo a éste salpicadas por algunas casas en parte suntuosas, en parte desvencijadas, que traen a la memoria a la nobleza del siglo XIX, así como el edificio demasiado grande y demasiado ostentoso del Parlamento chileno. La ciudad se estira por detrás hacia las colinas. Las casas están pegadas como nidos de golondrinas en estrechas terrazas que van ascendiendo desde el mar, conducen hacia ellas escaleras hilarantemente empinadas y lujosos ascensores, construidos en su mayor parte a finales del siglo XIX, cuando Valparaíso florecía plenamente.

Aquí atracaban por entonces todos los vapores transatlánticos que, provenientes de Europa o de África, habían doblado el cabo de Hornos. Desde mediados del siglo XIX partían desde aquí barcos de mercancías hacia los puertos más importantes del mundo, a Nueva York, Rotterdam, San Francisco, Yokohama o Hamburgo. Incluso el tráfico de mercancías entre la costa este y oeste de Estados Unidos discurría por Valparaíso, porque entonces resultaba más barato y seguro transportar los artículos en barco desde Nueva York a San Francisco o de Boston y Baltimore a Seattle alrededor del continente americano en vez de transportarlos por tierra a través de Estados Unidos. Casas comerciales de todo el mundo mantenían oficinas en el puerto sudamericano, y también Christian Buddenbrook, el héroe literario de Thomas Mann, deja en 1846 la casa de sus padres para dedicarse a los negocios, primero en Londres y después en Valparaíso. Posteriormente habla con entusiasmo de la ciudad portuaria. La naviera Hamburg-Süd llegó a poner en servicio en 1873 un vapor rápido llamado *Valparaíso*. En el puerto chileno había antros de marineros y clubes internacionales en los que se reunían los ingleses, alemanes o franceses aquejados de morriña —la mayoría de las veces separados por naciones, aunque de vez en cuando también mezclados.

En esta ciudad portuaria nació el 26 de junio de 1908 Salvador Allende Gossens —Salvador Isabelino del Sagrado Corazón de Jesús Allende Gossens, tal y como reza su nombre de pila completo. Era el hijo más joven del abogado Salvador Allende Castro y de su esposa Laura Gossens Uribe y tenía tres hermanos: Alfredo, más tarde abogado como su padre, Inés, que se casó con Eduardo Grove Vallejo, que fue alcalde de Valparaíso entre otras cosas, y Laura, que se casó con Gastón Pascal Lyon, se dedicó a la política desde mediados de los años sesenta y que fue diputada por la Unidad Popular. Los dos hijos mayores de la familia, que se llamaban igualmente Salvador y Laura, habían muerto en 1898; Salvador sin llegar al año de edad, Laura con apenas tres años.

Salvador Allende Gossens: el recién nacido tuvo dos apellidos, siguiendo la costumbre española-latinoamericana: el primero del padre, el segundo del abuelo por parte materna. Pero al joven Salvador rara vez se le llamaba por su nombre —en casa se le decía Chicho a secas, derivado del español *chico*. Las fotos antiguas muestran a un niño pequeño, casi siempre bien vestido para una ocasión especial, con salvajes rizos que sólo podían controlarse con esfuerzo mediante un flequillo.

La familia no permaneció mucho tiempo en Valparaíso. Se mudó a Tacna, una pequeña ciudad que queda hoy en Perú, pero que entonces pertenecía a Chile, y más tarde a Iquique, una ciudad que debía su prosperidad a los campos de salitre del norte. Los Allende se establecieron finalmente en el sur de Chile, en Valdivia. Salvador Allende Castro trabajó ahí como abogado. En 1922 le fue ofrecido un lucrativo puesto en la dirección de la Notaría Estatal del puerto de Valparaíso, y la familia regresó así a su tierra. Es cierto que Valparaíso ya no tenía en esa época la importancia que tuvo como puerto diez años antes, pero seguía siendo —como también lo es hoy— un importante lugar de transbordo para el comercio exterior chileno. Sin embargo, la ciudad fue suprimida por muchas compañías internacionales de navegación con la inauguración del canal de Panamá en agosto de 1914. El canal acortaba la ruta marítima entre Europa y la costa oeste de Amé-

rica del Norte —las mercancías para y de los puertos de ahí podían pasar ahora por Centroamérica a través del corte y ya no tenían que ser transportadas pasando por el Cabo de Hornos.

Chicho volvió con la familia tras cuatro años de ausencia con motivo de la mudanza a Valparaíso. Primero había ido a la escuela primaria en Tacna, pero más tarde fue enviado por sus padres a Santiago, ya que los colegios de la ciudad fronteriza no tenían una fama especialmente buena. Vivía con su tío, don Ramón Allende Castro, el entonces alcalde de la capital. Por cierto, para la visita al colegio en Santiago, los padres habían recibido consejo de sus vecinos en Tacna —el mayor Carlos Ibáñez del Campo y su esposa. Aquel mayor que en 1927 se alzó como dictador, que fue combatido por Allende y que sería presidente de Chile entre 1952 y 1958.

Un tío que era alcalde de la capital, un vecino que más tarde sería presidente —eso demuestra que Salvador Allende no nació alejado del poder y que tampoco creció lejos de él. Su familia era influyente en Chile desde hacía algunas generaciones —a pesar de que su padre nunca ocupó un cargo público.

La familia no descendía de los conquistadores españoles que llegaron a Chile a mediados del siglo XVI empujados por la sed de oro y plata y que vivieron una gran decepción, ni de los primeros colonizadores que se repartieron entonces el terreno en grandes latifundios. Los Allende tan solo aparecen en la historia de Chile durante el siglo XIX.

En 1533, durante la época de las conquistas españolas, Diego de Almagro, el rival de Pizarro, llegó al sur a través de Perú y la actual Bolivia, y finalmente al Chile central. Pero en lugar de los ansiados tesoros únicamente encontró desiertos, cumbres nevadas y altiplanos improductivos. Buscaba oro y plata y encontró montañas y desiertos. Un país inaccesible, un país con una «geografía loca», como opinaba en 1940 el erudito chileno Benjamín Subercaseaux en referencia a las proporciones y la diversidad paisajística del país. Más de 4.300 kilómetros de extensión de norte a sur por tan sólo unos 200 kilómetros de extensión de este a oeste, además de una gran cantidad de diversos fenómenos naturales, que hacen que la tradición popular describa así

la creación del país: «Cuando Dios contempló el mundo que creó en siete días, se dio cuenta de que todavía faltaba algo: volcanes, selvas, desiertos, fiordos, ríos y hielo. Encargó a los ángeles amontonar todo esto tras unas montañas alargadas. Las montañas eran los Andes —y así se creó Chile, el país más multiforme de la Tierra.» A ello hay que añadir que Chile está probablemente más separado de sus vecinos que cualquier otro país continental de la Tierra: al oeste se extiende el Pacífico, al este los casi 7.000 metros de altura de la cordillera de los Andes separan a Chile de sus vecinos Argentina y Bolivia, y la frontera con Perú discurre en el norte a lo largo de un inhóspito desierto.

Diego de Almagro se retiró decepcionado. En cambio, su sucesor Pedro de Valdivia, que llegó a Sudamérica en 1540, estaba entusiasmado con Chile: *«Esta tierra es tal, que para poder vivir en ella y perpetuarse no la hay mejor en el mundo; dígolo porque es muy llana, santísima, de mucho contento; tiene cuatro meses de invierno, no más, que en ellos, si no es cuando hace cuarto la luna, que llueve un día o dos, todos los demás hacen tan lindos soles, que no hay para qué llegarse al fuego. El verano es tan templado y corren tan deleitosos aires, que todo el día se puede el hombre andar al sol, que no le es importuno. Es la más abundante de pastos y sementeras, y para darse todo género de ganado y plantas que se puede pintar; mucha y muy linda madera para hacer casas, infinidad otra de leña para el servicio dellas, y las minas riquísimas de oro, y toda la tierra está llena dello, y donde quiera que quisieren sacarlo allí hallarán en qué sembrar y con qué edeficar y agua, leña y yerba para sus ganados, que parece la crió Dios a posta para poderlo tener todo a la mano.»* Fundó las primeras ciudades en Chile: el 12 de febrero de 1541 Santiago de Chile, en 1544 La Serena y Valparaíso —puntos de partida para, a partir de ahí, conquistar el país. Pero eso no era tan sencillo como antes lo fue en Perú. Había que asegurar cada pueblo y cada asentamiento contra los mapuches que vivían en Chile. La resistencia de los indios en el sur de Chile tan solo fue vencida en el siglo XIX.

Es por ello que los conquistadores españoles vivían principalmente en las escasas ciudades, protegidas como si fueran fortalezas. La tierra

repartida entre ellos era cultivada por los indios en una mezcla de vasallaje y esclavitud —el término para ello era *encomienda*. El rey de España *encomendaba* un pedazo de tierra con los indios que en él vivían a uno de sus conquistadores. El conquistador debía ocuparse como *encomendero* de la defensa y seguridad así como de la instrucción política y religiosa de los asignados. Obviamente debía ser recompensado por ello. Como contraprestación podía exigir pagos en nombre del Rey a los indios que tenía asignados: trabajo como esclavos, alimentos, oro. El *encomendero* tenía derecho de usufructo de por vida sobre la tierra, un derecho que se heredaba. El intelectual uruguayo Eduardo Galeano escribió en su libro *Las venas abiertas de América Latina*: «Desde 1536 los indios eran otorgados en encomienda, junto con su descendencia, por el término de dos vidas: la del encomendero y su heredero inmediato; desde 1629 el régimen se fue extendiendo, en la práctica. Se vendían las tierras con los indios adentro. En el siglo XVIII, los indios, los sobrevivientes, aseguraban la vida cómoda de muchas generaciones por venir.»

Así se crearon poco después de la conquista los grandes latifundios, que más tarde fueron expropiados parcialmente con las reformas agrarias de los gobiernos de Frei y Allende. El latifundismo impedía el desarrollo económico de las colonias: la tierra no se desarrollaba. Gracias al trabajo de los esclavos y a las grandes superficies de tierra se podían obtener beneficios fácilmente. Sin embargo, el hacendado no vivía en la hacienda, sino en la ciudad, donde llevaba una vida similar a la de la clase superior europea. «Los propietarios de la tierra vivían como reyes en sus terrenos», escribió el ministro de Economía Edward Boorsstein, «concedían a sus subordinados el permiso para el matrimonio y eran a menudo los padrinos en el bautizo de sus hijos. Repartían entre los herederos la herencia de los subordinados fallecidos, decidían en caso de disputa y juzgaban delitos. Muchas haciendas tenían celdas o calabozos para encerrar en ellos a los alborotadores.» Un testigo presencial llamado Willi Ule anotó en 1924: «Aquí en Chile organizan la explotación de la agricultura de forma distinta que nosotros. El cultivo y la cosecha no la lleva a cabo el mismo propietario, sino que la tie-

ra de labor se reparte entre los campesinos. Estos reciben también las semillas y a cambio deben cultivar y cosechar la tierra. El producto de la cosecha se lo tienen que entregar al propietario, que lo vende y reparte los beneficios con los campesinos. El propietario tiene derechos policiales para poder mantener el orden. Puede imponer castigos a los campesinos cuando desatiendan sus obligaciones.»

Aun así, Chile era entonces una de las colonias más pobres de España: no se había encontrado aquí ni oro ni plata. En cambio, la clase alta exportaba a las otras colonias más ricas productos agrícolas, como cereales, fruta y vino a Perú y Bolivia. La población española creció así de forma lenta —hacia 1800 Chile tenía 500.000 habitantes, pero de ellos únicamente 15.000 españoles, que vivían en las ciudades. Santiago era ya, con 40.000 habitantes, la ciudad más grande del país.

El antropólogo brasileño Darcy Ribeiro describió a los chilenos como un «pueblo nuevo, que tiene su origen en una mezcla de españoles e indios. La base étnica proviene de los araucanos, que fueron hechos prisioneros y quedaron embarazadas de españoles.» A fin de cuentas, a Chile no llegaron tantos inmigrantes como para «poder absorber» a la gran mayoría india o «poder sobreponerse a ella socialmente como casta subordinada.»

La nueva clase dominante chilena sufrió al no ser más que una lejana colonia del imperio mundial español. Ansiaba la independencia, entre otras cosas para poder comerciar mejor, por ejemplo con casas inglesas, que apoyadas por la corona británica, buscaban desarrollar su influencia en América. Además se conocía en toda América del Sur un ejemplo que animaba: las colonias norteamericanas se habían declarado independientes en 1776. Después de que España fuera derrotada por Inglaterra en 1805 en la batalla de Trafalgar y de que fuera ocupada en 1808 por Napoleón, se formaron en las colonias latinoamericanas *juntas* regionales que seguían reinando en nombre de la corona española. El 18 de septiembre de 1810 (este día es actualmente **fiesta nacional** en Chile) se formó en Santiago por primera vez un **gobierno** chileno, que en principio se sometía a la corona española, pero que proclamó en 1811 un Congreso Nacional y que promulgó

en 1812 una Constitución propia. A pesar de que España ganó las primeras batallas en la Guerra de Independencia latinoamericana, se tuvo que dar por vencida en 1817 y 1818 ante las tropas aliadas chilenas y argentinas.

El líder de las tropas chilenas era **Bernardo O'Higgins, un ejemplo de la típica mezcla del país: su madre era medio india y medio española, su padre irlandés.** O'Higgins fue en 1818 el **primer presidente** de Chile, pero tuvo que dejar su cargo en 1823 y huir al **exilio en Perú.** El motivo: su gusto por las reformas. Derogó los títulos nobiliarios y el mayorazgo (regulación del derecho sucesorio), favoreció las pequeñas posesiones de tierra, mejoró la enseñanza básica (instauró escuelas populares) y el sistema sanitario, y se enfrentó a la poderosa Iglesia católica al insistir en la libertad religiosa. Muchos de sus aliados liberales de la Guerra de Independencia le siguieron — entre ellos también tres hermanos: tres hermanos llamados Allende, que aparecerían en los libros de historia como los primeros de la familia. Gregorio Allende Garcés, el bisabuelo de Salvador Allende, así como sus hermanos Ramón y José María. Gregorio servía en la guardia personal del General O'Higgins, los otros dos, el bisabuelo y José María, en los denominados húsares de la muerte, un escuadrón liderado por Manuel Rodríguez, uno de los héroes más famosos de la guerra civil chilena.

Poco después de que O'Higgins hubiera muerto en Lima en 1842, Gregorio Allende Garcés regresó a Santiago. Se casó con Salomé Padín, la hija del Doctor Vicente Padín, que era entonces un famoso médico en Santiago y que había fundado siendo Decano de la Facultad de Medicina de la Universidad de Chile un conocido hospital. En 1845 nació su hijo Ramón Allende Padín, conocido como «el rojo Allende», abuelo del futuro presidente.

Probablemente hay dos motivos para que Ramón fuera apodado «el rojo Allende»: por un lado, a causa de sus concepciones políticas radicales, pero por otro lado a causa de su llamativo pelo rojo. Por desgracia sólo existen retratos en blanco y negro de su época. Casi siempre muestran a un hombre de apariencia seria, de **pelo liso y con**



*Ramón Allende Padín (1845-1884), abuelo de Salvador, fue llamado «Allende el rojo» por su color de pelo y su orientación política.*

una tupida barba oscura o con un cuidado bigote acompañado de patillas imponentes. Ramón Allende participó desde muy pronto en la política chilena. Estudió Medicina y a los veinte años publicó en 1865 una obra de medicina social que estudiaba por primera vez en Chile la relación entre higiene, pobreza y mortalidad por tifus. La inauguración de la primera maternidad de Santiago también tuvo lugar siguiendo su consejo.

Ramón Allende era una figura singular en la clase media-alta de Chile, que vivía muy acomodada y más bien a la expectativa. Si se da crédito a las descripciones conservadas de su persona, por desgracia casi siempre muy escuetas, tenía algo de luchador y de decidido poco habitual por su origen. Como médico era muy comprometido. Editó una revista de política sanitaria y trataba a sus pacientes con independencia de que le pudieran pagar o no; si les faltaba el dinero para las medicinas lo pagaba de su propio bolsillo. No le interesaban los valores materiales. Ramón era miembro del Partido Radical, lo representó durante ocho años como diputado en el Parlamento, luchó por los derechos civiles y por la separación de Estado e Iglesia. Quería la secularización de los cementerios y de los registros civiles y creó el primer colegio laico de Chile. La Iglesia lo excomulgó por ello, algo que el Gran Caballero de la Logia Masónica interpretó más bien como una anécdota.

Los masones jugaron un papel importante en América del Sur, especialmente durante la formación de los nuevos estados. Trajeron a su tierra las ideas de la Ilustración, de las revoluciones francesa y norteamericana, discutieron sobre ellas primero en sus sociedades secretas y más tarde las difundieron a través de los periódicos liberales. Los masones provocaron el malestar de la Iglesia desde su aparición, al pronunciarse siempre a favor de ideas anticlericales. Más tarde, Salvador Allende fue también maestro masón, igual que su abuelo Ramón y que su padre Salvador.

Ramón Allende abandonó su mandato parlamentario en 1879. El motivo: se alistó como voluntario a la guerra, la *Guerra del Pacífico*, que en la zona de habla germánica se hizo famosa como «guerra del salitre». Entre los paralelos 19 y 27 de latitud sur, en el desierto de

Atacama por tanto, entre los puertos chilenos de Arica (en la frontera con Perú) y Caldera, se extienden las reservas de salitre más importantes del mundo. El salitre es una sal que debe su formación al mar, se encuentra en el desierto y que puede ser utilizada doblemente —era por lo tanto una materia prima por la cual parece que valía la pena una guerra. Ya en el siglo XVI se sabía que el salitre se adecuaba magníficamente para la fabricación de la pólvora, y a comienzos del siglo XIX el explorador científico alemán Thaddaeus Peregrinus Haenke descubrió las enormes reservas de salitre del desierto. El salitre se convirtió en una materia prima codiciada, más demandada todavía cuando el físico Justus von Liebig descubrió que del nitrato de sodio se podía obtener abono artificial.

Esto atrajo a la gente al desierto del actual norte de Chile, a una de las regiones más secas e inhóspitas de la Tierra: Gravilla y rocas de colores, arena y tierra dura, en medio salados lagos blanquecinos, y en la distancia las cimas cubiertas de nieve de los Andes. «El desierto es un terreno turbulento, ondulado, accidentado, cubierto por una capa entre amarillenta y parda que el sol hace que brille y se ponga al rojo vivo, dando vida con un extraño esplendor de colores al paisaje muerto. En el desierto del salitre durante el día hace calor y por las noches hace más frío que en la costa», escribió en 1926 el científico alemán Otto Bürger.

Aún así surgieron aquí poblaciones —*oficinas*, como se llamaba a las ciudades del salitre. Sus nombres, como Esperanza o Santa Mónica, hablaban de grandes ilusiones e imploraban el apoyo celestial. Ya en 1830 abandonaron el entonces puerto peruano de Iquique los primeros barcos cargados con salitre para el antiguo mundo. Porque los campesinos europeos eran los principales compradores. Pedían a gritos abono artificial para aumentar sus ingresos y poder abastecer a una población en constante aumento. En 1840 se produjeron unas 75.000 toneladas, en 1870 eran ya más de 500.000 toneladas.

Entonces el desierto de Atacama aún no pertenecía a Chile. Iquique, que florecía gracias al salitre, era puerto peruano, y Antofagasta, otro importante puerto, pertenecía a Bolivia. Chile, Perú y Bolivia



habían acordado una estrategia común para la explotación del «oro blanco». Pero cuando los bolivianos se enteraron de la cantidad de dinero que se podía ganar con el salitre, cancelaron unilateralmente el contrato y empezaron a gravar con impuestos a una sociedad chilena en Antofagasta. Y cuando Perú anunció la nacionalización del salitre peruano —lo que entre otras cosas habría perjudicado a los chilenos— Chile buscó la confrontación y golpeó: sus tropas ocuparon Antofagasta en 1879 y de esta forma dieron comienzo a la «Guerra del salitre». A pesar de que el capitán Arturo Prat Chacón, hoy considerado héroe marino, perdió el 21 de mayo de 1879 la batalla naval de Iquique, Perú y Bolivia fueron derrotados definitivamente en 1883, Chile controlaba de inmediato el monopolio del salitre y contaba con dos nuevas provincias: Antofagasta y Tarapacá. Bolivia es desde entonces un estado interior, aunque se autorizó entonces a los bolivianos el uso de los puertos de Arica y Antofagasta.

La victoria elevó el orgullo nacional de los chilenos. Chile se convirtió en la principal potencia política y económica del Pacífico. «Por la razón o la fuerza» —el lema del escudo de la República había adquirido de pronto un significado muy concreto.

No obstante, Ramón Allende perteneció a los perdedores de la guerra. Regresó sin medios y con problemas de salud —la Logia Masónica le concedió un préstamo para que pudiera alimentar con él a su familia. Murió en 1884, sin llegar siquiera a los cuarenta años de edad, y fue enterrado con grandes honores. Dos sucesivos presidentes portaron su ataúd, José Manuel Balmaceda y Ramón Barros Luca, la oración fúnebre corrió a cargo de Enrique MacIver, a la sazón dirigente del Partido Radical.

Sin embargo, los principales ganadores de la guerra del salitre no fueron los chilenos, sino los ingleses, aunque también los alemanes, norteamericanos y españoles, ya que, como escribió Otto Bürger «de las minas de salitre pertenecían antes de la guerra [se refiere a la Primera Guerra Mundial] la mitad a los ingleses, un tercio a los chilenos, que trabajaban mucho con capital alemán, y el resto a los alemanes, norteamericanos y españoles».

El principal beneficiario de la disputa por el salitre fue John Thomas North, el rey sin corona del salitre, un antiguo mecánico que había llegado a Perú en 1865. Había obtenido de los peruanos la concesión del abastecimiento de agua de la provincia norteña de Tarapacá y comerció con el agua —el agua no sólo era importante para beber, sino también para extraer el salitre del mineral en bruto mediante cocción. Hacían falta de dos a tres litros para obtener un kilo de salitre. North apostó durante la guerra por una victoria chilena: prestó sus barcos a las tropas para que pudiesen poner pie a tierra en la costa peruana, y al mismo tiempo compró campos de salitre peruanos con dinero que tomó prestado de un banco chileno, los cuales —según la suerte de la guerra iba cayendo del lado chileno— eran cada vez más baratos. Otros empresarios ingleses actuaron igual que él, por lo que no resulta sorprendente que Inglaterra dominará el comercio exterior chileno entre 1890 y 1900: tres cuartas partes de todas las exportaciones chilenas iban a Inglaterra, y la mitad de los ingresos de Chile provenían de ahí; su comercio estaba orientado hacia Inglaterra con más fuerza aún que el de la India, que era una colonia. Las sociedades británicas amasaban el dinero. La «Liverpool Nitrate Company» de John Thomas North podía pagar unos dividendos del 40 por ciento a sus accionistas. Los comerciantes británicos mandaron construir encantados en Antofagasta una reproducción a escala del Big Ben, y la Plaza de Iquique también fue decorada con una torre de reloj. «Iquique tiene su propio rey. Se le llama el rey del desierto o, mejor aún, el rey del salitre. Su foto, en la que aparece una corona de rey, se vende en todas las tiendas. Se llama coronel North», escribió el viajero y diplomático ruso A. J. Jonin a finales del siglo XIX en su libro *Por América del Sur*.

Chile obtuvo un peso por cada quintal de salitre exportado en concepto de derecho de aduana. Esto era una limosna en comparación con las ganancias de North, pero aún así suficiente como para financiar con ello la mitad del Presupuesto del Estado.

Dos años después de la muerte de Ramón Allende llegó al poder un político con cuyas ideas habría estado muy de acuerdo «Allende el

rojo»: José Manuel Balmaceda venía de una rica familia de latifundistas, pero al contrario que sus antecesores en el cargo, no sólo tenía en mente el bienestar de su propia clase. Dedicó sus esfuerzos a una costosa política de educación, trató de diversificar la industria nacional, desarrolló la infraestructura pública y llegó a un acuerdo con Alemania para el primer y único préstamo que durante el siglo XIX Chile no recibió de Inglaterra —así de estrechas eran ya las relaciones comerciales con el reino. En 1888 Balmaceda empezó a no conceder a empresarios privados los derechos sobre las nuevas reservas de salitre descubiertas, sino que comenzó a fundar empresas estatales para la explotación de las reservas. E intentó nacionalizar el ferrocarril, que era imprescindible para el transporte del salitre a los puertos — el ferrocarril que hasta entonces había pertenecido a las empresas de John Thomas North.

North trató de actuar. El *Financial Times* escribió el 6 de febrero de 1889: «Una conversación de pocos minutos entre el ministro de Economía chileno y un hombre como Mr. North será suficiente.» Toda vez que North podía contar con apoyos relevantes, al fin y al cabo tenía en nómina como abogados a Enrique Maclver, el mentor del Partido Radical, y a Carlos Walker Martínez, el dirigente del Partido Conservador. Pero no fue suficiente. Balmaceda se atrevió a sus planes. North comenzó con su trabajo de lobby y sobornó a políticos y periodistas. El Parlamento retiró su confianza a Balmaceda, pero éste siguió gobernando apoyado en la Constitución. En 1891 comenzó la Guerra Civil. «North y sus colegas financiaron con holgura a los rebeldes y los barcos británicos de guerra bloquearon la costa de Chile, mientras en Londres la prensa bramaba contra Balmaceda, “dictador de la peor especie”, “carnicero» —según afirma Eduardo Galeano en su obra *Las venas abiertas de América Latina*.

La Guerra Civil se cobró unas 100.000 vidas humanas, y al final Balmaceda fue derrocado. Huyó a la embajada argentina, rechazó la oferta de ir al exilio y se suicidó el 19 de septiembre de 1891. Un Presidente que hizo política para el pueblo, se enfrentó al capital extranjero, fue derrocado y se mató a sí mismo —más tarde se convirtió en héroe nacional.

Para los liberales y los radicales, los seguidores de Balmaceda, comenzó un período complicado. Algunos fueron asesinados, otros tuvieron que huir al exilio, y muchos fueron expulsados de los cargos públicos. La familia Allende no se vio afectada por ello, ya que a pesar de que Salvador Allende Castro era miembro del Partido Radical, igual que su padre «Allende el rojo», no se entrometió en los acontecimientos políticos cotidianos. Era feliz como notario y Gran Caballero de la Logia Masónica, a él no lo guiaba la agitación de su padre. Tal vez porque su mujer, Laura Gossens Uribe, que venía de una familia cristiana muy estricta y era fiel a sus creencias católicas, participaba poco en los debates políticos. Tan solo en una ocasión se alegró o se enojó toda Latinoamérica con Salvador Allende: cuando, viviendo en Tacna, escribió un soneto dedicado al dictador peruano Augusto Bernardino Leguía (1862-1932). El himno le gustó al peruano, sobre todo porque por entonces figuraba en el orden del día político la no resuelta fijación de fronteras entre Chile y Perú, y ordenó que fuera publicado en todos los diarios peruanos. Cuando ya había aparecido, los chilenos se rieron de la vanidad del dictador: éste había pasado por alto que las iniciales de las líneas del poema daban como resultado, leídas una tras otra, la escasamente delicada expresión «Me cago en Leguía».

Salvador Allende Castro trabajaba a finales de los años noventa del siglo XIX como abogado, incluso a menudo como abogado de oficio. En la mayoría de los casos defendía ante el tribunal a clientes socialmente débiles y de esta forma obtuvo un conocimiento de primera mano acerca de la situación social de los chilenos.

Chile era un país dividido. Los barones del salitre, por ejemplo, ganaban millones, las capas inferiores de la sociedad, los así llamados *rotos*, vivían en cambio en la pobreza. La riqueza del salitre todavía puede ser admirada hoy en y alrededor de Iquique. En la plaza Prat, con su torre del reloj, se encuentra el fastuoso teatro neoclásico, construido con dinero del salitre, que fue inaugurado en 1890 como ópera. Tan solo unos kilómetros tierra adentro, a la altura de la cordillera costera, el visitante se encuentra con las abandonadas ciudades salitre-



*Mientras que el notario Salvador Allende Castro hizo que se hablara de él a raíz de un poema de burla sobre el dictador peruano Leguía, su mujer Laura Gossens, estrictamente católica, se mantuvo casi siempre alejada de la vida política.*

ras Humbertstone y Santa Laura. Estas dos ciudades fantasmas del desierto fueron fundadas en 1862 y 1872. El viento sopla hoy por entre las villas en ruinas de los encargados y arrastra arena y piedras hasta su piscina y los minúsculos alojamientos de los trabajadores. Las salitreras tenían dos caras: a los altos barones del salitre les ofrecían todo, a los trabajadores nada. El viajero alemán Edwin von Hase alabó con entusiasmo en 1907 los aposentos de los empleados de mayor categoría: «La casa en sí misma, construida especialmente para zonas tropicales, con alturas gigantes, habitaciones aireadas y frescas y amplias verandas, parecía desde lejos el palacio de un gobernador en nuestras colonias y tampoco le iba para nada a la zaga a uno de ellos en cuanto a comodidad y a lujo en su interior. Elegantes cortinas y muebles tapizados, cómodos sillones de cuero, buenos cuadros y una abundante biblioteca con todas las novedades en lengua alemana, española, inglesa y francesa, así como los periódicos y revistas actuales —todo estaba

ahí, incluso un billar y un piano, así como una pista de tenis y una bolera delante de la casa». Para los alojamientos de los trabajadores, en cambio, sólo encuentra estas palabras: «humildes barracas de hojalata». Las salitreras pertenecían de facto a los propietarios de las minas. Estos poseían las barracas de hojalata de los trabajadores, las pocas tiendas, los bares y las instalaciones para el tiempo libre. A los trabajadores se les satisfacía con vales, las *fichas*, que únicamente tenían validez en la correspondiente salitrera, mientras que carecían de valor fuera de ella, por ejemplo en otras ciudades del salitre o en Iquique. Los vales sólo podían cambiarse por dinero una vez al mes. De esta forma se garantizaba por medio de un sistema sencillo que los trabajadores devolvieran sus sueldos directamente al empleador.

Las huelgas y protestas de los trabajadores fueron desbaratadas, incluso mediante la violencia de las armas. Los militares mataron en 1903 a doscientas personas durante una manifestación en Santiago de pobres y trabajadores del ferrocarril; en 1905 los soldados también dispararon sobre los manifestantes en Santiago, pasados dos días se registraban unos trescientos cincuenta muertos y mil heridos. En 1907 tuvo lugar en la ciudad portuaria de Iquique una de las mayores masacres de la historia chilena: trabajadores en huelga habían venido a la ciudad con sus familias desde las salitreras y se habían reunido en la Plaza, cuando el ejército abrió fuego con sus ametralladoras: dos mil personas —niños, mujeres y hombres— murieron bajo la lluvia de balas. E incluso en febrero de 1921 las tropas mataron a balazos a trabajadores que se habían reunido en la mina de salitre San Gregorio de Antofagasta —posteriormente hubo que lamentar quinientos muertos.

El presidente era en aquel momento Arturo Alessandri Palma, llamado «el lobo de Tarapacá». Había sido elegido como candidato del Partido Radical y del Partido Liberal así como del Partido Socialista de los Trabajadores. Estos últimos, bajo el mandato de Luis Emilio Recabarren, estaban lógicamente decepcionados por que Alessandri, que durante la campaña electoral se había presentado con consignas contra las oligarquías, ahora, en el mejor de los casos, sólo llevaba a cabo reformas sociales poco decididas. El joven Salvador Allende

tenía sólo doce años cuando Alessandri tomó posesión de su cargo. Vivía con su tío en Santiago y veía a su padre únicamente durante las visitas de éste a la capital. El padre de Salvador conocía bien a Arturo Alessandri y se reunía regularmente con él. En una de esas visitas le preguntó si quería llevar a cabo las reformas prometidas. Alessandri debió reírse y dijo después: «Eres un romántico, Salvador, un poeta. Comprende que las promesas antes de las elecciones son una cosa, y que una cosa muy distinta es gobernar el pueblo desde la Moneda. Sólo desde fuera da la impresión de que el Presidente es todopoderoso, como si estuviera en disposición de vestir y alimentar a todos. ¡Pero ahí has calculado mal! Los *pelucones* [se refiere a los conservadores] son avaros, egoístas y vengativos. Intenta siquiera tocarlos y ya te están dejando fuera de La Moneda, a la intemperie, porque esta casa les pertenece. No por nada se llama “Moneda”, y ya sabes quién tiene el dinero.»

«¡Pero tu eres el león! ¡Actúa con osadía y decisión y el pueblo te apoyará! ¿O tienes miedo?»

«No, eso no, pero no quiero perder el poder.»

El poder, estar en la Moneda, esto es, en el Palacio del Gobierno —¿qué chileno no lo querría? En algunas biografías se encuentra la siguiente anécdota sobre el joven Salvador Allende, el posterior político que fue candidato en cuatro ocasiones a poder entrar finalmente en la Moneda: parece que Chicho, que entonces tenía ocho años de edad, rompió a llorar cuando la familia quiso visitar el palacio del Presidente en 1916. Parece que gritó que no, que no quería ir a la Moneda. Tampoco tenía el sueño de chilenos: no quería ser Presidente. Prefería ser un *huaso*, como se llamaba en Chile a los gauchos amantes de la libertad. ¿Qué es lo que no le interesaba entonces, la política o el poder, o las dos cosas?

Al menos lo primero cambió rápidamente cuando la familia se mudó en 1922 a Valparaíso y Chicho volvió de Santiago para ir al colegio en la ciudad portuaria. Salvador, que tenía catorce años, empezó a interesarse por la política, algo nada asombroso en la multicultural ciudad porteña. La puerta de Chile al mundo. Aquí llegaban antes las

nuevas ideas de ultramar y eran debatidas en las asociaciones internacionales. Sobre todo las noticias de Europa —los informes sobre el final de la guerra en 1918 y de la revolución en Rusia así como de otros revolucionarios y movimientos sociales europeos— dejaban a Chicho sin aliento. Su sed de conocimiento y su afán por discutir eran poco menos que insaciables.

Chicho mantenía relación de amistad con un zapatero italiano llamado Juan Demarchi. «Después de las clases en el instituto iba con los anarquistas», recuerda Salvador Allende más tarde, «para conversar con ellos. Él influyó con fuerza en mi desarrollo ideológico. A pesar de que tenía más de sesenta años, le gustaba hablar conmigo. Me enseñó a jugar al ajedrez, discutía conmigo sobre algunas cuestiones y me prestaba libros.» El joven Allende leyó así las obras de los pensadores socialistas, de los filósofos alemanes y sobre todo de los anarquistas rusos.

Dos cualidades que más tarde lo caracterizarían, ya las debía de poseer por entonces: los que lo conocían alababan una y otra vez su capacidad de concentración y su energía. Porque Chicho no sólo leía los libros que le daba el anarquista, y no sólo jugaba con él al ajedrez en la trastienda con entusiasmo, sino que también era dirigente del consejo de alumnos de su colegio y en 1924 aprobó con mención su reválida. El ambicioso joven fue al mismo tiempo campeón juvenil chileno de decatlón y natación. Las fotos muestran a un hombre joven casi siempre bien vestido, a menudo con un traje de tres piezas, con el pelo peinado de forma ordenada y severa hacia atrás, controlando con dificultad los salvajes rizos. En la mayoría de las fotos aparece sin gafas, a pesar de que ya las necesitaba por entonces.

Después de terminar el colegio, Salvador Allende se decidió primero a cumplir con el servicio militar. Habría tenido dos años hasta el llamamiento a filas, pero entonces tendría que haber interrumpido en cambio su carrera. Chicho quería estudiar Medicina —siguiendo así en parte la tradición de la familia—, y en concreto en la Universidad de Chile en Santiago, por aquel entonces la única Facultad de Medicina del país, que su bisabuelo ya había dirigido como decano.



*Entonces soñaba con ser un gaucho: Salvador Allende Gossens, llamado Chicho, a la tierna edad de diez años.*

Salvador fue así voluntariamente antes de tiempo a un regimiento de caballería —siempre había sido un jinete apasionado— en Viña del Mar, una ciudad vecina de Valparaíso y entonces igual que hoy la más famosa playa de Chile. La localidad fue fundada a mediados del siglo XIX en la viña de una familia rica. Con el desarrollo del sistema de transporte chileno la localidad se convirtió en ciudad, que ya a comienzos del siglo XX se transformó en un deseado punto de encuentro para los bañistas de la capital chilena.

El ejército chileno terminó de desarrollarse a finales del siglo XIX. Hasta entonces, el ejército era un tropel abigarrado de campesinos mal formados como soldados y los hijos de los latifundistas como oficiales. Es cierto que los chilenos se habían impuesto triunfalmente en la Guerra del Salitre, pero eso no había que agradecerse tanto a su fuerza, sino más bien a la debilidad de sus contrarios. Chile comprendió rápidamente después de la guerra que tenía que proteger sus fronteras y organizó un ejército moderno. Junto a esa función propia, el ejército se hizo cargo (y también hoy se sigue haciendo cargo) de otras tres tareas: construyó carreteras y vías de tren y abrió así el país al tráfico —el dictador Pinochet hizo que el ejército construyera durante los años ochenta del siglo XX la carretera Austral, la carretera desde Puerto Montt hasta Villa O'Higgins por Coyhaique, a través de una región, además, que hasta ese momento sólo era accesible por pocos sitios. Más allá, ejerció como tropa policial extraordinaria —por eso fue el ejército, no la policía, el que sofocó las huelgas y protestas en Iquique o Santiago a comienzos del siglo XX. Además fue y es la institución que, cuando es necesario, transmite una conciencia nacional agresiva.

Oficiales alemanes —es decir, prusianos— organizaron las fuerzas armadas chilenas, ya que la manera de hacer la guerra de los prusianos era considerada ejemplar en todo el mundo. Friedrich Wilhelm von Steuben había organizado las tropas norteamericanas con tanto éxito que éstas triunfaron frente a las inglesas. En la Guerra de Independencia latinoamericana habían luchado oficiales alemanes, y tras las victorias prusianas del siglo XIX —la última en 1870/71— Prusia quedaba

como la potencia militar destacada. Así, los chilenos contrataron en 1884 al primer oficial alemán para la Escuela Militar. En 1885 llegó al país Emil Körner, que introdujo el paso de ganso y unos uniformes que eran parecidos hasta la confusión a los prusianos, así como el casco de punta y las botas prusianas, aunque también estructuras jerárquicas de mando, la disciplina más estricta y la obediencia ciega.

Recién salido del colegio, muy disciplinado en su fuero interno pero cargado de ideas socialistas y anarquistas, el joven Allende tuvo que luchar bastante duro contra esa estructura. Era un soldado modélico en todo, un jinete extraordinario y un buen tirador. Pero fue arrestado por insubordinación al menos en una ocasión; había protestado contra el, en su opinión, injusto castigo a otro soldado.

Durante su etapa de militar Salvador Allende no estuvo activo políticamente, porque el ejército chileno se entendía como un espacio apolítico. Aunque entre los oficiales hubiese políticos muy comprometidos: el coronel Marmaduque Grove, por ejemplo, que más tarde fue cofundador del Partido Socialista. Había servido en el ejército, la marina y la fuerza aérea y había sido agregado militar en Londres y Berlín. No sólo estaba unido a la familia Allende a causa de sus mismas opiniones políticas, sino también por relaciones de parentesco: su hermano Eduardo estaba casado con Inés, la hermana mayor de Chicho.

Salvador Allende comenzó en el año 1926 su carrera de Medicina en Santiago: iba a necesitar hasta 1932 —más de la media, por tanto— hasta que la hubo concluido. Lo cual no se debió ni a una escasez de talento o de concentración ni a una falta de dedicación al trabajo, a que disfrutara en exceso de la vida de estudiante o a que tuviera que trabajar mucho al mismo tiempo para pagar la manutención y las tasas académicas. Se debió más bien a su recién descubierta pasión: la política.

Chile a mediados de los años veinte: El país estaba gobernado por un hombre, Carlos Ibáñez del Campo, que apenas lograba dar a su gobierno de un barniz democrático. Alessandri, el presidente electo de Chile, fue derrocado en septiembre de 1924 por una junta militar, que después sufrió peleas internas. Su dirigente —el citado Carlos

Ibáñez— volvió a instaurar a Alessandri como Presidente y ejerció en el nuevo gobierno el destacado cargo de ministro de Guerra. El país estaba profundamente dividido en lo social. Ibáñez fue elegido Presidente en 1927 con una mayoría del 98 por ciento de todos los votos —había sido el único candidato. Pero su presidencia no duró los seis años que la Constitución preveía expresamente.

A Carlos Ibáñez del Campo le gustaba cuando se le llamaba el «Mussolini del nuevo mundo». Utilizó todos los métodos de su referente para conservar el poder: Creó una policía uniformada que vigilaba y aterrorizaba a sus adversarios políticos, en especial a los socialistas y comunistas, y que reprimía huelgas y levantamientos. Desterró entonces a numerosos políticos de izquierdas y democráticos al archipiélago Juan Fernández, situado unos setecientos kilómetros delante de la costa del Pacífico. El amigo de Allende y hermano de su cuñado, el político socialista Marmaduque Grove, tuvo que escapar a Argentina.

Hubo unos cuantos intentos para derrocar a Ibáñez, uno de ellos encabezado por Marmaduque Grove. Grove aterrizó en Valparaíso llegando de Argentina en agosto de 1928 en un avión rojo, un Fokker, porque esperaba poder agitar a la guarnición de ese sitio en favor de un alzamiento contra el dictador. Pero fue detenido por los carabineros nada más aterrizar y desterrado sin mayor dilación a la isla de Pascua. Ahí también fue enviado su hermano Eduardo, el cuñado de Salvador Allende, y únicamente tras la caída de Ibáñez en 1931 pudieron regresar ambos a tierra firme.

El movimiento estudiantil también actuó contra la dictadura, y Salvador Allende se convirtió en uno de sus dirigentes más conocidos. Era presidente de la delegación de estudiantes de su facultad desde 1927, desde 1930 vicepresidente de la Federación de Estudiantes —la organización de todos los estudiantes del país— y miembro del Consejo Universitario. Al mismo tiempo encabezaba la organización estudiantil Avance. A ello hay que sumar la carrera, el trabajo como asistente de la cátedra de patología y anatomía y más tarde en la cátedra de estomatología, la posterior actividad en el servicio de salvamento y en una clínica psiquiátrica —realmente Chicho no podía quejarse de

aburrimiento. Toda vez que al anochecer daba cursos de medicina social en una escuela de cultura general para trabajadores y que la vida de estudiante tampoco se quedaba corta. Se reunía con los compañeros de estudios, salía mucho, era popular —como recuerdan sus amigos— porque podía ser muy cómico, gracioso, persuasivo y encantador. Su siempre elegante forma de vestir ya le valió entonces la fama de *pije* (golfo o dandy), una fama que nunca iba a perder (ni lo quiso). «Era burgués», recuerda la escritora Isabel Allende, que durante los años sesenta y setenta del siglo XX tuvo un estrecho contacto familiar con su tío. «Un socialista de aficiones burguesas. Le encantaba la ropa elegante, y cuando fue Presidente le preguntó una vez al embajador en Italia si le podía mandar un traje determinado.»

Carlos Jonquera, durante muchos años amigo de Allende, cuenta que Allende no tenía escasez de amigas. Su fama de dandy y hombre mujeriego fue usada más tarde en las campañas electorales, y después del golpe por los militares para presentarlo como un hombre de carácter débil. Pero Allende era ante todo sensible y apasionado. Contaba poco más de veinte años y mezclaba el romanticismo soñador con un espíritu de político ilustrado y absolutamente constante. Como casi todos los chilenos, leía los poemas de Pablo Neruda y también escribió algunos. En el poema «Angustias», escrito por él, dice:

Calma tus  
Miedos alocados  
Mi pobre corazón.  
Cuando sientas que te oprime  
La fría profundidad  
De la nieve eterna  
Y de las rocas.

Y hasta el mar infinito  
Que lucha a solas  
Con sus penas  
Y sollozando  
Entrega a la playa  
Sus mareas de lágrimas  
Y de olas.

El país cambió bajo el gobierno de Ibáñez. A finales de los años veinte del siglo XX fluía hacia el país cada vez más capital de Estados Unidos en lugar de británico. La Anaconda Copper Mining Company se convirtió pronto en la empresa del cobre más importante del país, la International Telephone and Telegraph Corporation (ITT) organizó un monopolio de las telecomunicaciones, y la compañía eléctrica chilena, que en realidad era una empresa estadounidense, obtuvo una concesión para el reparto de la electricidad de noventa y nueve años.

Sobre todo la minería del cobre sustituyó a la extracción del salitre como rama industrial más importante. El científico alemán Otto Bürger escribió en 1926: «El cobre, del cual Chile suministra el 13,3 por ciento de la demanda mundial, ya se obtenía durante la época colonial más temprana. Chile ha avanzado hasta el segundo puesto del mundo en producción de cobre gracias a las empresas norteamericanas de Chiquicamata, provincia de Antofagasta, así como de El Teniente, provincia de O'Higgins.»

Chile es hoy el mayor productor mundial de cobre. El metal rojo genera casi la mitad de todos los ingresos del país por exportaciones, y Chuquicamata, una pequeña ciudad en el desierto norteño, tiene la mina abierta de cobre más grande del mundo. En la ciudad minera viven quince mil personas —la misma cantidad que a mediados de los años veinte. Los mineros vivían entonces, según el viajero alemán Fritz Klute, «en casas de una planta de piedra gris, las más recientes con tres cuartitos y cocina, delante un camino de cemento. Aquí hay polvo por todas partes, y en tanto que no provenga directamente del suelo, es producido en abundancia en la fábrica al quebrantar el cobre.»

No ha cambiado mucho hasta hoy —tan sólo el tamaño de la mina, de las máquinas y de la producción. La mina se ha convertido entretanto en un enorme cráter rodeado de instalaciones industriales: mide cuatro kilómetros de largo, dos kilómetros de ancho y alrededor de setecientos metros de profundidad descendiendo en terrazas. A diario se vuelan aquí varios cientos de miles de toneladas de mineral, se fresan, se cargan en camiones gigantes, cuyas ruedas miden



cuatro metros de altura y que tienen capacidad para hasta doscientas veinticinco toneladas de mineral, son transportadas hacia arriba, trituradas, lavadas con productos químicos y finalmente son amontonadas en colinas artificiales. Al final quedan al año en torno al millón de toneladas de cobre puro (99,6%) además de otros valiosos minerales en cantidades menores —como productos residuales—, entre ellos oro y plata.

Chuquicamata se explota desde 1915. La compañía estadounidense Anaconda Copper Mining fundó la mina, que es explotada hoy por la empresa minera estatal CODELCO (Cooperación Nacional del Cobre) —y así también la ciudad en el desierto. «En la mina Chuquicamata», según Fritz Klute en 1925, «se invirtieron treinta millones de dólares antes de que siquiera proporcionara cobre. Hoy se obtiene al año en torno a las cien mil toneladas de cobre puro. De este modo las reservas son suficientes, si la producción se mantiene igual, para unos cien años, así que la inversión de capital es rentable.»

La crisis económica mundial de 1929 sacudió a Chile con dureza e hizo tambalear los cimientos del poder del dictador Ibáñez. Los precios del salitre y del cobre cayeron en picado a nivel mundial, las empresas cerraron y el desempleo subió. La consecuencia fueron protestas contra la dictadura. Se iniciaron en la Universidad de Santiago. Un estudiante fue asesinado por los carabineros, y numerosos líderes estudiantiles, entre ellos Salvador Allende, fueron detenidos. Pero la situación ya no podía ser controlada —Ibáñez parecía haber sobrepasado la cima de su poder. En julio de 1931 volvió a cargar con los carabineros contra los estudiantes rebeldes. Esta vez no murió ningún estudiante, pero las tropas no lograron tomar el edificio de la Universidad. Los estudiantes llamaron conjuntamente con algunos representantes de los trabajadores a la huelga general e Ibáñez huyó de la Moneda. Más tarde volvería de nuevo.

La alegría por la caída del dictador duró poco, porque su sucesor fue el ministro del Interior Juan Esteban Montero, al que las elecciones de octubre de 1931 también lo confirmaron en el cargo de Presidente. Montero dio continuidad a la política de Ibáñez; persiguió a

los rivales políticos de forma brutal y reprimió con las tropas las huelgas y los levantamientos en su contra. Cada vez más políticos se pronunciaban en contra del gobierno, no sólo desde la izquierda, sino también los liberales.

Salvador Allende también participaba en acciones políticas, pero se dedicaba con mayor empeño a su carrera. Su familia se encontraba en una situación precaria. El padre había enfermado gravemente de diabetes y se encontraba en el hospital. La familia sufría por ello problemas de dinero acuciantes. Chicho se entregó entonces al máximo para acabar cuanto antes con sus estudios. Durante la primera mitad del año 1932 absolvió todos los exámenes y posteriormente se trasladó de Santiago a Valparaíso con su familia; ahí quería escribir su proyecto final «Salud psíquica y criminalidad» y llevar a cabo las prácticas obligatorias en una clínica.

Eduardo Grove, el cuñado de Salvador Allende, y su hermano, el coronel Marmaduque Grove, habían regresado mientras tanto a Santiago desde su destierro en la isla de Pascua, y Grove había sido nombrado comandante de la base aérea El Bosque, cerca de Santiago. Desde ahí actuó contra el gobierno de Montero en diversos grupos radicales de izquierdas, hasta que el presidente dictó el 3 de junio de 1932 la orden de relevar de su puesto a Marmaduque Grove. Este se resistió a la orden y formó por su cuenta una «junta revolucionaria», en la que también intervino, entre otros, Carlos Dávila, que había sido embajador de Chile en Washington con Ibáñez. Grove marchó el 4 de junio con sus tropas hacia Santiago, ante el palacio gubernamental, la Moneda, y exigió a Montero que dimitiera. Montero se entregó a su suerte.

Grove fundó el 6 de junio de 1932 la «República Socialista de Chile», que sin embargo sólo tendría once días de vida. La junta aprobó todo tipo de leyes para la nacionalización de las empresas, no obstante ninguna de ellas se llevó a cabo hasta el 16 de junio, el día en que Carlos Dávila, que ya había sido excluido de la junta el 12 de junio, dio un golpe contra Grove. Aún así, las leyes eran importantes, ya que el gobierno de la Unidad Popular de Salvador Allende usó al-

gunas de ellas durante su mandato. El propio Dávila permaneció sólo cien días escasos en la Moneda como Presidente. El general Bartolomé Blanche lo derrocó el 13 de septiembre de 1932. A su vez, él cedió el poder el 2 de octubre de 1932 al presidente de la Corte Suprema de Chile, y éste decretó elecciones presidenciales para el 30 de octubre de 1932.

El gobierno de transición puso en libertad a todos los presos políticos y se encargó del correcto desarrollo de las elecciones, pero apoyó al conservador Arturo Alessandri Palma, el «león de Tarapacá». Alessandri obtuvo en las elecciones una ajustada mayoría absoluta y tomó posesión de su cargo en diciembre de 1932 —de esta forma se puso fin en Chile durante más de cuarenta años al período de los golpes, comenzando la época de las elecciones pacíficas, del funcionamiento de la democracia parlamentaria y del traspaso democrático del poder.

¿Y la familia Allende? ¿Dónde estuvo durante estas semanas y meses inciertos? Salvador Allende intentó —en la medida en que le quedaba tiempo— organizar para Grove apoyos en Valparaíso a la efímera «República Socialista» de once días. También apoyó a Grove en la campaña electoral a la Presidencia, que consiguió reunir el segundo mayor número de votos. Salvador Allende fue detenido mientras tanto, pero logró terminar su carrera a finales de 1932.

El año 1932 trajo una gran pérdida personal: falleció el padre de Salvador Allende. Décadas más tarde, durante su Presidencia, él mismo dijo sobre este año cargado de acontecimientos en Valparaíso: «En una reunión en la facultad de Derecho di un discurso en nombre de los estudiantes que no sólo llevó a mi detención, sino a la detención de algunos de mis familiares más cercanos; entre ellos estaban mi cuñado, un hermano de Marmaduke Grove y mi propio hermano, que ni siquiera había tomado parte en la lucha política. Como se deriva de ello, estábamos unidos con Grove por estrechos lazos familiares. Nos presentaron ante un tribunal militar que nos dejó en libertad. Aún así nos metieron en la cárcel y nuestro caso pasó a otro tribunal militar que inició una nueva investigación. Mi padre estaba enfermo, le habían amputado una pierna, pero en la otra pierna le apareció una

gangrena, de forma que su situación se volvió muy crítica. Mi hermano y yo recibimos autorización para ir a verlo. Cuando lo vi —como médico— me quedó claro que estaba muriéndose. Sólo pude intercambiar unas pocas palabras con él. Nos dijo a mi hermano y a mí que nos legaba el nombre impoluto de un hombre decente, y que eso valía más que los bienes materiales. Murió al día siguiente. Junto a su tumba decidí dedicarme a la lucha por la libertad del pueblo, a la liberación social de los necesitados, y creo haber cumplido mi promesa.»

Si realmente dijo estas teatrales palabras junto a la tumba de su padre no se puede comprobar hoy día. Pero Salvador Allende, así lo dicen numerosos amigos y rivales, tuvo desde muy temprano un sentido para los grandes gestos y escenificaciones. Así, parece que una vez tendió su brazo a unos amigos diciendo: «Tocadlo. Alguna vez será de mármol.»

## 2. Salvador —político y padre de familia

Pocas fotografías muestran a Salvador con bata blanca de médico, y en aquellas que existen, por culpa de la mascarilla y el gorrito blanco, la mayoría de las veces únicamente se le reconoce gracias a sus características gafas. Que existan tan pocas fotografías tiene su motivo: el joven médico tenía problemas a comienzos de los años treinta del siglo XX para ejercer su profesión. Se presentó a una plaza de médico auxiliar en el hospital municipal de Valparaíso que, sin embargo, le fue denegada. Cuatro veces recibió negativas a sus solicitudes para puestos similares, a pesar de que aparentemente no había otros candidatos. Es posible que el ilustre estamento médico no quisiera acoger al socialista persuadido. Pero es posible que Salvador Allende ni siquiera estuviera seguro de querer ser médico. ¿No era esto un contrasentido, curar al individuo cuando en la sociedad había tanto que estaba mal, que necesitaba de su actuación? ¿No debía apostar más fuerte por soluciones sociales, dedicarse por tanto más a la política que a la medicina? Salvador comenzó a trabajar finalmente en un puesto de ayudante de anatomía en el tanatorio municipal. Ahí hacía autopsias por las noches, por lo que durante el día le quedaba tiempo para la política. O para sus investigaciones sobre temas de medicina social, porque ese era el trabajo que le gustaba y el punto de encuentro de sus dos oficios: el de médico y el de político.

Salvador Allende se iba convirtiendo cada vez más en un político profesional. Se trataba casi de una evolución natural. Era dirigente de la Asociación Médica Chilena y publicó una revista de medicina social, pero el mayor esfuerzo lo dedicaba a su labor como dirigente del

Partido Socialista en Valparaíso. Este partido fue fundado el 19 de abril de 1933 como unión de diferentes y variopintas agrupaciones socialistas. Su dirigente fue el coronel Marmaduke Grove, el secretario general Óscar Schnake Vergara.

El Partido Socialista creció pronto; por un lado debido a que Grove hizo para él una propaganda impetuosa, y por otro lado porque a causa de la delicada situación social en Chile a mediados de los años treinta mucha gente tenía depositada sus esperanzas en el socialismo. Marmaduke Grove fue elegido senador por mayoría aplastante en las elecciones al Senado de 1934, y muchos esperaban ya que triunfara también en las elecciones presidenciales de 1938.

La segunda etapa en el poder de Alessandri entre 1932 y 1938 transcurrió con muchas contradicciones. Su objetivo era, también esta vez, llevar a cabo reformas sociales, aunque muchas de sus propuestas fueron bloqueadas en primera instancia por un parlamento mayoritariamente conservador. Alessandri se acercó más tarde a los partidos de derechas, de lo que algún analista político culpó a los partidos de izquierdas. Estos habrían exigido demasiadas cosas irrealizables. Alessandri aplastó de forma brutal las rebeliones y huelgas, y ello con ayuda de la denominada Milicia Republicana, una organización que al final contaba con unos cincuenta mil miembros. También formaba parte de esa milicia Jorge González de Marées, el dirigente del partido nazi chileno, formado principalmente por oriundos alemanes, que trabajaba en estrecha relación con la Alemania nazi y que era apoyado económicamente por ésta. La izquierda respondió a ello con la creación de la Milicia Socialista, una tropa de voluntarios de organización igualmente paramilitar, que debía salvaguardar las huelgas y manifestaciones. Salvador Allende fue su comandante en Valparaíso.

En enero de 1935 dieciocho mil trabajadores del ferrocarril fueron a la huelga en demanda de salarios más altos —su protesta fue aplastada por la fuerza militar. Más de mil trabajadores fueron detenidos. En julio se produjo un levantamiento de los campesinos en la provincia sureña de Cautín. Alessandri permitió que los carabineros también se desplegaran aquí, y más de cuatrocientos campesinos resultaron muer-

tos. El Presidente suspendió en respuesta los derechos fundamentales, proclamó el estado de excepción y mandó detener a dirigentes socialistas y comunistas. Entre ellos a Salvador Allende. Pero él no estuvo detenido mucho tiempo, a diferencia de muchos de sus correligionarios, sino que fue enviado al destierro a Caldera, un pequeño puerto de pescadores a unos 850 kilómetros al norte de Santiago, tal vez porque su padre tuvo amistad con Alessandri.

Caldera no era una ciudad fantasma, pero poco le faltaba. Una pequeña plaza, un puñado de calles, el puerto, desde el que se enviaba el cobre de la cercana ciudad industrial de Copiapó y en el que por las mañanas los pescadores desembarcaban su captura, así como unos miles de casas de adobe. Se querría pensar que Allende estaría aquí perdido, el joven e impetuoso médico que ahora tenía veintisiete años. Pero no lo estuvo. Tal vez hasta le vino bien para lo que más tarde se ensalzará una y otra vez en él: «Allende era un hombre que podía establecer contacto directo con todas las personas», dice en una conversación Arturo Girón, amigo y confidente suyo durante muchos años. «Podía hablar igual de bien con los campesinos y pescadores que con los políticos o los directivos internacionales. Los tomaba en serio y ellos se sentían tomados en serio.»

De esta forma, el exilio forzoso se convirtió en última instancia en una experiencia positiva para Allende. Por fin pudo trabajar de médico, fundó la organización local del Partido Socialista, ilegal al principio, y dio seminarios sobre política chilena en el edificio del colegio. Las autoridades ignoraban sus actos, y el comandante local del ejército chileno llegó a decir en una entrevista para el periódico *El Mercurio*: «El doctor Allende atiende a la población en lo que se refiere a la medicina, que le está agradecida por esta gran acción patriótica. Por lo demás, nos dejamos en paz el uno al otro y por eso nos llevamos de forma magnífica.»

Cuando Allende regresó en 1935 a Valparaíso, los partidos de izquierda planeaban ya su futura estrategia con vistas a las elecciones presidenciales de 1938. Una idea se iba extendiendo: presentarse en un amplio frente popular, como lo habían hecho en 1936 los partidos

de izquierdas en Francia y España. Los socialistas y comunistas se unieron rápidamente, pero el verdadero éxito sólo llegó cuando se les unió en 1937 el Partido Radical —una asociación de izquierdas de tendencia liberal. Porque sin esta unión las opciones de victoria de un candidato de izquierdas hubieran estado condenadas al fracaso. En la elección de 1938 participó todo el espectro político —desde los nazis pasando por los seguidores del ex-dictador Ibáñez, conservadores y liberales de derechas, demócratas, liberales de izquierdas hasta socialistas y comunistas. Una dispersión de las fuerzas de izquierdas habría sido fatal.

Pero Salvador Allende tenía que someterse a su primera campaña electoral personal antes de las elecciones presidenciales. Porque en 1937, en unas segundas elecciones a la casa de representantes —el parlamento chileno es un parlamento bicameral compuesto por una cámara de representantes y un senado—, el Partido Socialista lo situó como candidato por el distrito electoral que engloba a Valparaíso y Quillota, una ciudad industrial del interior a unos veinticinco kilómetros al noroeste de Valparaíso. Allende no era un orador tan brillante como Marmaduke Grove, que podía entusiasmar a la masa sin problemas; aparecía sereno pero enérgico y hablaba enfáticamente sobre los problemas de Chile y en especial sobre los de los *rotos*, como se llamaba, a diferencia de los ricos, a los miembros de la clase inferior. Salvador Allende hacía referencia a los déficits del gobierno existente, y al hacerlo no prometía demasiadas cosas —sobre todo no hacerlo todo mejor. Convencía a los votantes gracias a su historial consecuente: un médico joven que en vez de pensar en ganar dinero defiende sus convicciones y deja que le manden por ellas al destierro. Así fue elegido en 1937 por una gran mayoría a la cámara de representantes —la carrera como médico había concluido definitivamente, la de político acababa de conocer su primer momento destacado.

El Frente Popular no presentó a Marmaduke Grove en las elecciones de 1938, con cuya candidatura contaban todos los observadores políticos. Grove retiró su aspiración ante la asamblea de los cerca de mil doscientos delegados que debían elegir al candidato presiden-

cial. Apoyó en su lugar al radical moderado Pedro Aguirre Cerda, que fue elegido posteriormente por una gran mayoría.

Alessandri, el Presidente en ejercicio, que por mandato constitucional no podía presentarse de nuevo, deseaba ver como próximo Presidente a su ministro de Economía Gustavo Ross, un conocido banquero. Carlos Ibáñez también se presentó nuevamente a Presidente, esta vez especialmente con el apoyo de los nazis chilenos de González de Marées. Este último intentó todavía pocos días antes de las elecciones un pronunciamiento en contra del gobierno de Alessandri. Pero el golpe de estado fracasó estrepitosamente y Alessandri actuó con mano dura. Sesenta golpistas fueron fusilados de inmediato, González de Marées e Ibáñez quedaron detenidos. Ibáñez retiró su candidatura, de forma que el día de la elección sólo se presentaba Aguirre Cerda como candidato del Frente Popular contra Gustavo Ross, el candidato de la clase dirigente. Fue elegido Cerda, si bien con una mayoría muy escasa de tan solo unos cuantos miles de votos.

Aguirre Cerda se hizo cargo del gobierno a finales de 1938. Apenas tuvo tiempo para instalarse en la Moneda, porque el año 1939 deparó muchas turbulencias. En especial para Salvador Allende.

Uno de los terremotos más graves de la era moderna sacudió Chile el 25 de enero. El país está acostumbrado a los terremotos y las instalaciones estatales informan de más de quinientos temblores al año. Pero la mayoría de los seísmos no son peligrosos, sino simplemente pequeñas sacudidas imperceptibles para el ser humano. Sin embargo, en enero de 1939 dos grandes ciudades quedaron destrozadas junto a numerosas más pequeñas: la ciudad porteña de Concepción y Chillán. En pocos minutos hubo que lamentar miles de víctimas (las estimaciones oscilan entre 5.700 y 25.000), a ello hay que añadir que unas 70.000 personas perdieron su hogar y se quedaron literalmente con lo que llevaban puesto. El nuevo gobierno estuvo a punto de romperse a causa de ello, ya que no se encontraba en disposición de ayudar rápida y efectivamente. Toda vez que el inefable Carlos Ibáñez intentó aprovechar nuevamente el caos para adueñarse del poder por medios militares. Él y el general Ariosto Herrera lograron que el regimiento de ar-

tillería estacionado en el cuartel Tacna en Santiago marchara hasta la Moneda. Su ayudante Herrera exigió al Presidente que dimitiera y le ofreció poder abandonar en ese momento el país en un avión preparado. Allende y los ministros, que se habían congregado en la Moneda para defender al gobierno, escucharon con gran estima la respuesta del Presidente: «Dígale al general Herrera», dijo Aguirre Cerda, «que el Presidente de la República no se somete a un insurrecto y que ni se le pasa por la cabeza huir de la Moneda. Me gustaría aconsejar a don Ariosto que utilice él mismo el avión que me está esperando para abandonar el país mientras no sea demasiado tarde.» Parece que las palabras impresionaron especialmente a Allende, si se recuerda su posterior contestación a los golpistas.

El golpe contra Aguirre Cerda fracasó. Poco después, a finales de septiembre de 1939, éste reestructuró su gabinete. Salvador Allende se convirtió en ministro de Sanidad.

El terremoto fue un acontecimiento decisivo en la vida de Salvador Allende. Y no sólo porque vio cómo el Presidente se enfrentaba a la tentativa de golpe de estado y posteriormente se convertía en ministro. También su vida personal cambió a raíz del terremoto. Salvador Allende estaba esa noche en Santiago, donde asistía a un acto en la sede de los masones. Cuando tembló la tierra hizo lo que hicieron todos los demás: salió corriendo a la calle. La marquesina del próximo cine Santa Lucía se había derrumbado a causa del terremoto, y Salvador se acercó hasta ahí para observar el desperfecto. Se encontró con un conocido y su mujer, acompañados por una joven señorita. «Doctor Allende», le dijo el conocido, «¿puedo presentarles? Ella es Tencha Bussi.»

Hortensia Bussi Soto, conocida como Tencha. Nacida en 1905 en Valparaíso hija de un marino italiano y de una chilena, estudiante de Geografía e Historia en la Universidad de Chile en Santiago. Tencha era una mujer de pelo oscuro, guapa; la mayoría de las fotografías la muestran algo recatada, a menudo sonriendo con una ligera ironía, erguida, vestida casi siempre de forma impecable. Enrique Krauss, polí-

tico cristiano demócrata, hoy dirigente de su partido, durante años rival político de Allende y a pesar de ello un buen amigo suyo, describe así a Tencha: «Hoy es una bella señora mayor, entonces tuvo que ser una joven muy bonita.»

Salvador y Tencha se fueron pronto a vivir juntos —en principio sin estar casados, al número 26 de Victoria Subercaseaux 191, un pequeño apartamento repleto de libros, revistas y cuadros muy cercano al cerro Santa Lucía, en los confines del casco histórico de Santiago. Se casaron a finales de 1939. Sin embargo, ni hubo boda religiosa ni una gran fiesta.

No era momento para fiestas. La reconstrucción del sur requería de toda la fuerza del joven gobierno. Para ello se fundó la Corporación de Fomento (CORFO), que fue ratificada por una exigua mayoría en el parlamento —el gobierno estaba en minoría en ambas cámaras. La CORFO debía, por un lado coordinar la reconstrucción, y por otro lado poner en marcha medidas estructurales y de desarrollo a largo plazo. Allende colaboró también aquí, poniendo en marcha una serie de iniciativas legislativas en su ámbito, la política sanitaria y social, para mejorar la situación social de los chilenos. De esta forma fundó el Servicio Nacional de Salud, que facilitaba seguro médico a unos tres millones de chilenos (con una población de entonces 4,6 millones de personas). Otro programa ayudaba a las mujeres embarazadas, un tercero ofrecía desayuno gratis en el colegio a los niños. Y por si todo esto no fuera bastante, escribió también un libro sobre medicina social que fue publicado en 1940: *La Realidad Médico-Social Chilena*, que venía con la dedicatoria «Para Tencha, mi ayudante, compañera y amiga, con profunda ternura».

El 10 de enero de 1941 nació la primera hija de Salvador y Tencha, Carmen Paz Allende. Salvador repartía su escaso tiempo entre el trabajo y la familia, se dedicaba a ambos con igual y enorme intensidad. El Presidente Aguirre Cerda estaba enfermo de gravedad. Padecía una avanzada tuberculosis y dimitió decepcionado en noviembre de 1941. Es cierto que su gobierno había logrado algunas cosas: había construido escuelas y edificado viviendas baratas, había repartido algo

de tierra entre los campesinos pobres y había favorecido la agricultura, y además había fundado la agencia para el desarrollo CORFO, que había tenido bastante éxito en la política estructural. Pero el balance de Cerda era éste: «Prometí liberar a las personas de su miseria, mejorar su situación social, económica y moral. Dejando aparte algunas acciones inteligentes y constructivas de mis ministerios, hemos perdido mucho tiempo en debates interminables sin resolver los verdaderos problemas. Eso me duele mucho, porque creo que el pueblo, al que quiero mucho, piensa ahora que lo he engañado.»

Murió pocos días más tarde, y la disputa por la sucesión comenzó de inmediato. En medio de los acontecimientos estaba, como siempre, Carlos Ibáñez. Pero las elecciones las ganó el radical moderado Juan Antonio Ríos. Era el candidato de un Frente Popular que se iba descomponiendo cada vez más. Se había unido de nuevo con dificultad, debido en parte a que la situación internacional, después de que en junio de 1941 Alemania hubiera atacado a la Unión Soviética, hubiera suavizado los conflictos entre los respectivos grupos políticos, en especial entre las fracciones de los socialistas y los comunistas. Pero salvando el deseo de vencer a Ibáñez, no había mucho que mantuviera unida a la coalición —las posiciones políticas eran demasiado dispares. Allende quería una política mucho más radical que Ríos y finalmente extrajo sus conclusiones: dimitió en abril de 1942 de su cargo como ministro de Sanidad.

Mientras que Tencha daba clase en algunos colegios como profesora auxiliar, aceptaba posteriormente un puesto de bibliotecaria y Salvador trabajaba como vicepresidente de la Caja del Seguro Obligatorio, nació el 2 de agosto de 1942 una niña en la capital peruana Lima, la hija del diplomático chileno Tomás Allende y de su mujer doña Francisca Llona Barros. Tomás Allende era primo en primer grado de Salvador Allende, y fue también el padrino en el bautizo de la niña. El nombre de la pequeña: Isabel Allende. La más adelante escritora de fama mundial llamaba a su padrino siempre tío suyo.

Salvador y Tencha pudieron anunciar el 8 de septiembre de 1943 el nacimiento de su segunda hija. Se la bautizó con el nombre de Bea-

triz Jimena, pero desde el principio siempre fue llamada Tati. El 18 de enero de 1945 vino al mundo la tercera hija: Isabel. La hermana de Salvador, Laura, que estaba casada con el empresario Gastón Pascal, también tenía hijos: en 1940 nació su hija Denise, en 1944 su hijo Andrés.

Cuando nació su hija Isabel, Salvador Allende se encontraba en plena campaña electoral. Esta vez era candidato al senado por el Partido Socialista en el sur de Chile, la región que se extiende desde el sur de Valdivia hasta Tierra de Fuego. Una tierra dura, sobre todo en el sur profundo, sobre la que sopla un incesante viento helado. Aquí se extienden las estancias con los inmensos rebaños de ovejas, que hasta bien entrado el siglo XX hicieron millonarios a sus propietarios, que mandaban como reyes sobre grandes reinos. Una franja de tierra escasamente poblada, con una única ciudad de verdad: Punta Arenas, en el estrecho de Magallanes —con algunas grandes empresas de esquileo, mataderos e industrias cárnicas. Allende recorrió la Patagonia con abrigo de cuero, jersey gordo y zapatos negros; esta vez prescindió del traje elegante. No visitó a los estancieros, los propietarios de tierras y ganaderos, sino que habló con aquellos con los que ningún político había hablado antes: con los trabajadores y jornaleros. Habló de previsión sanitaria y casas duraderas de ladrillo, de sindicatos, salarios justos y reforma de la tierra. Aquí es donde Allende reunió sus votos y donde sorprendentemente fue elegido senador. Nadie lo había sospechado, porque las zonas más densamente pobladas en torno a Valdivia y Osorno así como al lago Llanquihue, que también pertenecían a la circunscripción, parecían bastiones seguros de los adversarios políticos de Allende. Aquí vivía la mayoría los descendientes de los alemanes que habían emigrado principalmente durante la segunda mitad del siglo XIX, que habían colonizado la tierra y que eran conservadores, al menos en política; además, muchos eran miembros del partido nazi chileno.

En estas elecciones también entró en el Senado junto a Allende el poeta Pablo Neruda. Fue candidato por el Partido Comunista en el norte de Chile y había exigido en su campaña electoral la nacionalización de los campos de salitre y de la minería de cobre.



Juan Antonio Ríos tampoco pudo completar su etapa en el cargo de Presidente. Dimitió, enfermo de cáncer, en enero de 1946 y murió el mes de junio siguiente. Otra vez fueron necesarias elecciones y los partidos de izquierdas se pusieron de acuerdo en torno a Gabriel González Videla. Pablo Neruda escribió para él el «Himno de campaña»:

Al norte los trabajadores  
De las minas del cobre  
Y al sur los del ferrocarril  
De un confín al otro de la patria  
El pueblo te llama, Gabriel.

González Videla fue elegido con una mayoría escasa, no con mayoría absoluta, seguido de cerca por Fernando Alessandri, el hijo del «león de Tarapacá», así como por Cruz Coke —el voto de los partidos de derechas estaba fragmentado. González Videla arrancó en el cargo con un programa ambicioso. Los comunistas obtuvieron por primera vez en un gobierno tres carteras ministeriales. Pero González Videla cambió de orientación en 1948, dos años más tarde, al comienzo de la Guerra Fría: prohibió por decreto el Partido Comunista, detuvo a sus militantes y los internó en campamentos levantados a toda prisa en los oasis del desierto del norte o en las diminutas islas del sur. González Videla interrumpió las relaciones diplomáticas con la Unión Soviética, porque estaba plenamente convencido —según algunos historiadores— de que la III Guerra Mundial estallaría durante los próximos tres meses y de que Chile debía estar en la vanguardia de la lucha contra el comunismo. Veinte mil personas se quedaron sin derechos civiles a causa de la llamada «Ley de Defensa de la Democracia», entre ellos el senador Pablo Neruda, que tuvo que huir a escondidas a la vecina Argentina. Desde ahí continuó el viaje hasta Francia con el pasaporte del escritor mexicano Miguel Ángel Asturias. La «ley maldita» —como la llamaban los opositores políticos— también la había votado en el parlamento el Partido Socialista, aunque no un grupo en torno a Salvador Allende, que acto seguido abandonó el partido junto a sus seguidores y fundó el Partido Socialista Popular.



*Papá Salvador con sus tres hijas Carmen Paz, Beatriz e Isabel, hacia 1950.*

Allende conservó su escaño de senador, pero pasó también mucho tiempo con su familia. Era un buen padre, le gustaba jugar y reír con sus hijas. Una foto lo muestra con las tres: Carmen Paz, Tatí e Isabel. Las niñas con cara seria, vestidas con los mismos abrigos de lana gordos y claros. La familia salía con frecuencia a pasear junta y en verano iba al mar con regularidad, aunque a menudo únicamente durante un breve, demasiado breve, fin de semana. Los Allende pasaban de vez en cuando el domingo en alguna playa cercana a Santiago, por ejemplo en Vina del Mar. Bañarse, pasear por la playa, algunos intentos de navegar a vela. «Salvador era un navegante miserable», recuerda Ramón Hudobro, «pero entusiasmado. Estuvo muchas veces a punto de volcar.» Más tarde hubo también una casa de vacaciones en Algarrobo, encima del mar, de manera que Allende se pudo dedicar más a menudo a su gran afición, la cual nunca llegó a dominar. Ahí mantuvo también largas conversaciones con los amigos y la familia. «Salvador

Allende tuvo siempre una relación muy estrecha con mi madre», dice Denise Pascal Allende, la hija de la hermana de Salvador, Laura, «tenían conversaciones durante horas. Además, siempre se interesaba por lo que hacíamos. Las fiestas familiares eran muy importantes para él, y así nos reuníamos al menos una vez al mes para una gran comida.» Después se daban largos paseos por delante del parque zoológico y subiendo al cerro San Cristóbal. A veces cogían el tren de cremallera, si el camino se hacía demasiado largo para las pequeñas piernas de las niñas. Y a veces también estaba presente la segunda Isabel, que le llamaba siempre *tío Salvador*.

Salvador Allende disfrutó de su vida, también de la familiar, y también su mujer Tencha la disfrutó, a pesar de que una y otra vez surgían rumores. No hay nada demostrado, pero tampoco nadie lo quiere negar, y la mayoría de sus amigos vivos sonríen cuando se les habla de ello: Salvador Allende ya no era por aquel entonces el más fiel de los maridos. «Era un hombre mujeriego», escribe Fernando Alegría, el biógrafo de Salvador, «estaba dispuesto a arriesgarlo todo para conseguir el amor de una mujer».

Y estaba preparándose para algo: para el período posterior a González Videla, que debía comenzar con las elecciones de 1952.

### 3. Los parientes de la «casa de los espíritus»

El hombre de resonante nombre Tomás Allende Pesce de Bilbaire era un primo del posterior presidente chileno, un miembro del cuerpo diplomático y, como escribió la filóloga argentina Celia Cortes Zapata, «un intelectual, un bohemio y un dandy». Los cabellos uniformes y peinados hacia detrás con pomada, casi siempre con un cigarrillo entre los dedos, hasta en la foto de boda, una sonrisa arrogante y burlesca en los labios —así se le conocía. Tomás era un miembro muy cultivado y conocido de la escena intelectual del Santiago de los años veinte y treinta del siglo XX. Al contrario que su primo Salvador, no discutía acerca del origen social de las enfermedades y sobre cómo se debería cambiar la sociedad, sino sobre literatura europea moderna, sobre André Gide, Franz Kafka o James Joyce. En su círculo se escribían poemas y se recitaban los de la nueva estrella emergente en el cielo poético chileno: las primeras obras de Pablo Neruda.

Tomás Allende se había casado en 1941 con Francisca Llona Barros, y los recién casados viajaron poco después a Perú, donde Tomás debía tomar cargo del puesto de secretario de la embajada chilena. Al mismo tiempo, aprovecharon el viaje por mar como viaje de novios, y esta fue probablemente, a pesar de todos los problemas —mareos y disputas— la mejor época en común del matrimonio. Porque en Lima pronto se comprobó que el matrimonio no era feliz. Tomás Allende no se comportó como un marido dedicado y fiel que se entregaba a sus obligaciones familiares; era —si se hace caso a su hija mayor, la escritora Isabel Allende, nacida el 2 de agosto de 1942— un «hombre escurrizado» y «un tipo cobarde».

El matrimonio vivió unido cuatro años con interrupciones, tres niños —Isabel y sus hermanos menores Francisco (Pancho) y Juan— nacieron durante ese tiempo. El padre abandonó después a la familia; dimitió de su cargo en la embajada y probablemente regresó a Chile. Los padres nunca volvieron a tener contacto con él, la madre sólo en una ocasión: con motivo de la anulación de su matrimonio, ya que hasta hoy no existe en Chile el divorcio. Tomás Allende únicamente aceptó la anulación con una condición: que no tuviera que hacerse cargo nunca de la manutención de sus hijos. «Nunca más vi a mi padre, no oí mencionar su nombre y nada sé de su aspecto físico; por lo tanto me resulta aún irónico que un día me llamaran para identificar su cadáver en la morgue», escribió Isabel más tarde en *Paula*. Y en una entrevista añadió: «No pude, porque nunca más lo había vuelto a ver.» El único contacto que tuvo la escritora con la familia de su padre carnal fue con el primo de aquel, Salvador Allende, que «nos apoyó por un sentido inquebrantable de la lealtad».

«Nosotros» eran Isabel, la madre y los hermanos; todos ellos volvieron en 1945 a Santiago. De la travesía se encargó el cónsul chileno en Lima, un hombre llamado Ramón Huidobro. Por entonces todavía casado y era padre de cuatro niños. Sin embargo, ocho años más tarde se convierte en el segundo esposo de Francisca Llona Barros y en padrastro de Isabel. Tal vez se pueda explicar así la lealtad de Salvador Allende hacia la familia. Era buen amigo del político.

«Nos conocimos en 1939», recuerda Ramón Huidobro, «y eso, porque Salvador tenía una forma de ser extraordinariamente abierta. Yo trabajaba entonces en el ministerio de Relaciones Exteriores y teníamos una cita con el Presidente. Estábamos esperando delante de su despacho y Salvador —entonces ministro de Sanidad— salió, vino hacia mí y dijo: “Y tú, ¿quién eres?” Dije quien era y contestó: “Estupendo, vamos a beber algo ahora mismo.” Así comenzó nuestra amistad, que se prolongaría hasta el 11 de septiembre de 1973. Era un hombre increíblemente simpático.»

Francisca Llona Barros se mudó con los niños a casa de sus padres, Agustín Llona Cuevas e Isabel Barros Moreira, a los que Isabel llama-



*Isabel Allende, más tarde escritora, con su madre Francisca Llona Barros Allende —poco después del nacimiento de su hermano Francisco.*

ba únicamente Tata y Memé. La casa de los abuelos era *la casa de los espíritus*, «un sitio sombrío», según Isabel Allende en una entrevista, «era enorme, ventosa y maravillosa». Pero los recuerdos tienden a la exageración, sobre todo los de la infancia. Si se contempla hoy la casa de la calle Suecia 81, no hay nada de especial que llame la atención. La calle Suecia, en el barrio Providencia, nada lejos por cierto de la calle Guardia Vieja en la que desde los últimos años cuarenta vivía Salvador Allende, es hoy una calle en la que hay una tasca pegada a un restaurante y una discoteca a un bar —un popular destino nocturno para la juventud de la clase media y alta.

«Crecí rodeada de adultos excéntricos. No fui lo que se diría una niña feliz, pero tenía el necesario cariño de mi madre y una increíble libertad intelectual. Aprendí a leer temprano, y los libros me acompañaron a lo largo de la infancia. Había tantos en casa que no se podían contar, ordenar o siquiera mantener limpios. Y yo tenía acceso a ellos, a todos, de forma que no puedo decir cuál me ha influido más.»

A Isabel le impresionó sobre todo la abuela. Sirvió de modelo para la mayoría de sus personajes femeninos, en especial para Clara en *La*

*casa de los espíritus*. Por desgracia murió pronto, y gran parte de lo que Isabel cuenta de ella lo califica como mezcla de lo vivido y lo inventado: las facultades parapsicológicas, por ejemplo, o también la capacidad para mover objetos sin tocarlos. Isabel denomina la relación que tenía con su abuelo de «confianza furiosa». No se ponían de acuerdo en casi nada, pero se contaban un sinnúmero de cosas con toda confianza.

Isabel Allende vivió ocho años en casa de sus abuelos; Isabel tenía once años cuando su madre se casó de nuevo y la familia salió de peregrinaje. Ramón Huidobro era diplomático y la consecuencia era una vida errante con muchos cambios de lugar. Por cierto, Isabel Allende no habla de él como de su padrastro, lo llamaba y lo llama *tío Ramón*. En presencia de terceros lo llama su padre. «Fue quien me formó. A él le debo mi sed de conocimientos intelectuales, mi curiosidad y mi disciplina», escribió más tarde, a lo que él añadió: «Tenía mucho talento. Siempre era la mejor de la clase, tanto en Chile como en el Líbano. Y ello sin ser demasiado egoísta; simplemente le resultaba fácil. Aprendía muy rápido.»



Tras dos breves estancias en Bolivia y diversos destinos en Europa, la familia viajó a mediados de los años cincuenta a Beirut. «En el Líbano vivimos tres años surrealistas», dice Isabel Allende al volver la mirada atrás, tres años en los que aprendió a conocer y a valorar a su padrastro y en los que se movió entre todas las culturas: vivía en un hogar chileno con un padrastro inteligente, de espíritu libre y que había sido estudiante jesuita, visitaba un colegio cuáquero que trataba de inculcar a sus alumnos rígidas ideas morales, virginidad y castidad, y todo ello en un país de mayoría árabe. A ello hay que añadir las experiencias de la lectura de *Las mil y una noches*, que leía a escondidas. En su libro *Paula* dice: «El contraste entre el puritanismo del colegio, que exaltaba el trabajo y no admitía ni las necesidades básicas del cuerpo ni los relámpagos de la imaginación, y el ocio creativo y la sensualidad arrolladora de esos libros me marcó definitivamente.»

Cuando estalló la guerra civil en el Líbano en 1958 y Beirut pasó de ser el «París del Este», una ciudad con ganas de vivir, cosmopolita, a la metrópoli de la guerra civil, los padres enviaron a Isabel de vuelta


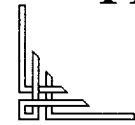
a Chile. Vivió de nuevo en casa del abuelo, los padres permanecieron todavía en el Líbano, e Isabel y su madre desarrollaron entonces la costumbre que han mantenido hasta la fecha: se escribían todos los días una carta, que ahora se envía por fax, no por correo.

Isabel terminó ese mismo año el colegio —recibía clases particulares— y conoció a su futuro marido. Miguel Frías tenía veinte años, era por tanto cinco años mayor que Isabel, y estudiaba Ingeniería. Provenía de una familia chilena-británica orgullosa de su origen británico. Isabel escribió más tarde que es posible que durante muchos años Miguel no supiera en qué país estaba creciendo, al haberse hecho mayor en un enclave perfectamente británico.

«La mayoría de los chilenos rechaza rotundamente una similitud con muchos pueblos asiáticos y africanos, pero también con los pueblos indoamericanos. Nos gusta pensar que somos los ingleses de la colorida América», afirmó el intelectual Jorge Ahumada en 1958. En Chile hay poco racismo declarado, pero mucho latente: por lo general, la clase alta tiene un aspecto europeo, y cuanto más se baja por la escala social (y sobre todo por la económica), los rasgos indios de los chilenos se hacen más reconocibles.



PARTE II



## 4. El largo camino hasta la Moneda

«Aquí descansa el futuro Presidente de Chile» —eso es lo que debía decir la inscripción en su tumba, bromeaba a menudo Salvador Allende a mediados de los sesenta. Al fin y al cabo ya se había presentado tres veces como candidato a la presidencia y había perdido las elecciones en cada ocasión. Los acontecimientos históricos cambian así a las personas: parece que a los ocho años Salvador Allende se había negado a entrar en la Moneda, y en 1952 era por primera vez candidato por el cargo de Presidente. Ahora quería conquistar la Moneda, por ambición personal.

«La primera campaña electoral fue la más importante», dijo su mujer Tencha mirando hacia atrás, «porque en ella pudo verse cómo cambiaba Salvador, un cambio que fue efectivo para el resto de su vida. La campaña fue la más revolucionaria y fue realmente heroica; fue la prueba en la que demostró que era un luchador querido y próximo al pueblo y que no sólo podía ganar en abstractas encuestas.»

Salvador Allende fue en 1952 el candidato natural de los partidos de izquierdas, que se habían unido en el Frente del Pueblo, ya que a fin de cuentas era el único senador del Partido Socialista, el partido más grande de la coalición. Pero la campaña de 1952 no supuso mucho más que una contribución a la formación personal de Salvador Allende y que a través de ella se sentara la primera piedra para posteriores campañas. Salvador Allende apenas alcanzó 52.000 votos —un resultado decepcionante hasta para él. El vencedor fue, por mayoría arrolladora, Carlos Ibáñez del Campo, ex-dictador, en varias ocasiones golpista fracasado y aventurero político, que siguiendo el ejemplo ar-

gentino de Juan Domingo Perón, se había transformado en un populista total. «Prometía el mundo entero: planificación económica, la centralización de los bancos, reforma agraria e impositiva, el control sobre las minas de cobre y acabar con la inflación. Pero nunca dijo cómo quería llevar a cabo esas promesas», escriben Simon Collier y William F. Sater en su *Historia de Chile 1808-1994*. Tampoco cumplió con ellas, primero porque no podía, segundo porque no quería, y tercero porque probablemente no podía o quería recordarlas. Uno de los ministros de Ibáñez, Pedro Fonseca, informó más tarde que durante la primera reunión del gabinete le comentó que habría que presentar un proyecto para la anulación de la «Ley de la Defensa de la Democracia». Ibáñez parece que preguntó por qué. «Porque Usted habló de ello durante la campaña electoral y porque figuraba en el programa de septiembre (el programa electoral).» La respuesta fue: «¿Qué programa de septiembre?» No por nada tenía Ibáñez 75 años en el momento de tomar posesión del cargo.

En 1953 Salvador Allende fue elegido nuevamente senador —esta vez en el norte del país, en Antofagasta y Tarapacá. Seguía siendo el único senador del Partido Socialista.

La familia se mudó fuera del centro de la ciudad. La nueva dirección en Providencia, uno de los mejores barrios de Santiago, era 392 Guardia Vieja, llamada así por el tango. El chalé de dos pisos con jardín quedaba en una calle estrecha, tranquila, sin tráfico, sin tiendas, sin nada extraordinario. En la planta de la calle se encontraban el despacho de Salvador, un salón, la cocina y un comedor, en la planta superior los dormitorios. Unas puertas corredizas llevaban del salón a la gran terraza. Seguramente el ambiente adecuado y tranquilo para Tencha, que estaba gravemente enferma. El diagnóstico: tuberculosis. Por de pronto ya no podía viajar con Salvador, se quedó en casa y trabó y cuidó nuevas amistades, como con Manuel Rojas, el ex-vagabundo, ex-obrero, ex-impresor, y por entonces periodista y escritor y más tarde profesor, que pocos años antes había publicado su libro *Hijo de ladrón*.

Entretanto, Salvador Allende y sus amigos políticos tenían puesta la vista en las elecciones de 1958. El gobierno de Ibáñez no podía so-

lucionar ninguno de los problemas de Chile —al contrario, cada vez más se convertía en uno. El país iba cayendo de un día para otro en una crisis cada vez más profunda, la pobreza crecía, la economía se paralizaba. Así, la oposición creía contar con buenas posibilidades de ganar las elecciones, en especial Allende y su coalición del frente popular, que esta vez era más sólida. En marzo de 1956 los partidos Socialista, Democrático y Comunista habían fundado ya el Frente de Acción Popular (FRAP).

Allende fue elegido candidato presidencial del FRAP, a pesar de que no desempeñaba un cargo destacado en su partido. Durante la campaña electoral Allende se encontraba en su elemento. Días largos, programas desbordantes, las citas más extravagantes, todo eso no parecía importarle. En el matadero de Valparaíso fue llevado a un lugar donde en aquel momento estaba siendo sacrificado un toro. Mientras que el capataz le cortaba la cabeza al animal, otro trabajador recogía en una vasija la sangre fresca. La condimentaron con pimientos, cebollas, ajo y sal, la revolviaron, y se la ofrecieron al visitante. Los ahí presentes, según su secretario, se dieron la vuelta repugnados, pero Allende miró brevemente dentro del cacharro, se lo colocó en la boca y dio un buen trago. Prueba superada ante los trabajadores del matadero, reconocido como un igual.

Se sentía a gusto entre los trabajadores del matadero, igual que entre los trabajadores del puerto o los *peones*, los jornaleros de las grandes posesiones. «Entablaba diálogo directo con todos, lo buscaba, era un prodigio de la comunicación», dice su sobrina Denise Pascal Allende. «Podía hablar con todos, siempre se podía hablar con él y era franco, también con los rivales políticos. Hasta bromeaba con ellos. Era aceptado por todos.» Y: «Era increíblemente curioso», informa su amigo Ramón Huidobro. «Una vez fuimos juntos en coche a la ciudad. Entonces pasamos por delante de una parada de autobús en la que una señora mayor esperaba de pie. Allende paró, bajó la ventanilla y dijo: “¿A dónde quiere ir?” La mujer respondió: “Al centro”. “Entonces súbase”. Durante todo el trayecto estuvo exprimiendo a la señora, luego lo sabía todo sobre ella y su familia y sobre cómo vivía.» Pero



Allende también podía observar con frialdad, responder con rapidez y agudeza, y sabía cuándo tenía que dar y tomar.

Era espontáneo —demasiado espontáneo a veces. Su secretario Osvaldo Puccio relata en sus memorias cómo en una ocasión fue provocado Salvador Allende por unos jóvenes. Cogió al primero y lo lanzó contra unos arbustos. Y el hijo de Puccio conoce además otras dos anécdotas que demuestran que las acciones de Allende no siempre eran del todo pensadas: a finales de los años cincuenta, en el decimoquinto cumpleaños de Carmen Paz Allende, un periódico sensacionalista escribió en un artículo que Carmen Paz había estado bailando toda la noche durante la fiesta de cumpleaños. Este artículo inventado habría hecho mucho daño a la chica, porque desde su niñez estaba parcialmente paralizada. Allende se enfadó tanto que —así se contaba más tarde— pegó al periodista.

Es más, cuatro años atrás, en agosto de 1952, pocas semanas antes de las elecciones en las que era por primera vez candidato al cargo de Presidente, Allende se había batido en duelo. Y además con su compañero de partido y amigo Raúl Rettig, aquel Rettig que durante los años noventa encabezó la Comisión de la Verdad sobre las violaciones de los derechos humanos durante la dictadura militar. Ambos políticos se sentaban entonces en el senado. Por supuesto que entonces el duelo estaba prohibido en Chile, como en casi todo el mundo. El 6 de agosto de 1952 los dos políticos se citaron al alba en Macul Alto, a las afueras de Santiago. Como armas habían elegido unas pistolas viejas

y, en un arrebato de cordura, unas con las que no se podía disparar con precisión. «Ambos desafiantes se encontraban ahí como estatuas: Rettig mirando hacia los Andes y Allende hacia Santiago. La bala de Chicho se perdió en algún lugar del paisaje, la de Rettig estuvo a punto de dar en el blanco. No alcanzó su objetivo por muy, muy poco; podría haber cambiado la historia», contó más tarde Carlos Jorquero, un amigo de Salvador Allende. Por cierto, el duelo no causó ningún deterioro a su amistad política y personal, Salvador Allende nombró más tarde a Raúl Rettig embajador en Brasil y le dio así uno de los puestos diplomáticos más importantes. Rettig desveló poco antes de

su muerte el motivo del duelo: no se trataba de opiniones políticas enfrentadas, sino de una mujer.

A Allende le encantaba representar, charlar en las recepciones vestido con un elegante traje. Pero también podía escuchar bien, y hasta tenía un oído abierto para ideas que parecían disparatadas. Si le convencían, estaba muy predispuesto a abordarlas. De esta forma surgió la idea de recabar los fondos electorales que faltaban para la campaña de 1958 a través de una campaña de donaciones bajo el lema «Un jornal por la victoria». Osvaldo Puccio informa sobre esta campaña, sobre la participación de amplios sectores de la población y de que hasta los comediantes y artistas de variedades de Santiago se habían unido para llevar a cabo una representación en el mayor teatro de la ciudad, la cual fue un gran éxito. Y también habla sobre otro acontecimiento:

Un día, dos mujeres llegaron a la oficina de Allende. Balbuceaban con cierta inseguridad y finalmente dijeron: «Nosotras también queremos donar dinero para la campaña electoral». Allende y Puccio esperaron, porque era obvio que faltaba algo por decir. Una de las mujeres titubeó y finalmente confesó que ella y su amiga eran prostitutas y que cada una quería donar los ingresos de un día en un acto de Allende. Una cuestión un tanto delicada. Allende en el burdel aceptando una donación, posiblemente acompañado por docenas de periodistas. No era factible. Finalmente se halló una solución: Puccio y José Toha, el posterior ministro del Interior de la Unidad Popular —un hombre largo, flaco, que, como lo describe acertadamente Fernando Alegría, parecía uno de los doce apóstoles —acudieron al acto. Vieron a las doscientas prostitutas que tenían sus esperanzas puestas en un gobierno del FRAP, escucharon numerosos discursos y finalmente aceptaron agradecidos el dinero en nombre de Salvador Allende.

El punto culminante de la campaña fue el viaje electoral de varias semanas. El FRAP había alquilado una vieja locomotora de vapor y viajaba por el país bajo el lema «A todo vapor por Allende». Allende iba a toda prisa de cita a cita y reunía cada vez más votos, lento pero seguro, a pesar de que en algunas reuniones en el campo se daban en-

cuestas decepcionantes. En ocasiones, de cien personas presentes sólo treinta levantaban la mano cuando se les preguntaba si votarían por Allende. ¿Por qué no los demás? No tenían derecho al voto porque no sabían leer ni escribir.

Posiblemente fuera este el motivo por el cual Allende perdió finalmente las elecciones. Es posible que además se debiera a que la Iglesia se inmiscuyó en la campaña electoral. Osvaldo Puccio cuenta que la madre de Allende, doña Laura, una señora estrictamente católica y muy anciana, había acudido a la confesión y el cura le había preguntado a quién iba a votar. Ella contestó: «A Salvador Allende», a lo que el cura parece que dijo que esa era una mala elección. Allende era comunista, iba a cerrar las iglesias, a encerrar a los curas, a violar a las monjas y a arrebatarle a las madres sus hijos. Doña Laura le respondió que eso era falso, que todo eso no iba a suceder. Salvador era un buen hijo. ¿Que cómo lo sabía? «Soy su madre.»

El candidato del FRAP obtuvo finalmente 356.000 votos, unos 33.000 menos que el ganador de las elecciones Jorge Alessandri, el hijo de Arturo Alessandri, el león de Tarapacá. El cristiano demócrata Eduardo Frei consiguió 255.000 votos (la facción burguesa estaba dividida, lo que habría aumentado considerablemente las posibilidades de Allende). Los votos que le faltaron a Allende los obtuvo probablemente Antonio Zamorano, un antiguo cura y candidato a última hora, el cual — así lo sospechan muchos observadores— únicamente fue lanzado a la carrera para quitar votos a Allende mediante consignas demagógicas en el vértice izquierdo del abanico electoral.

«Al analizar la historia nunca se debe decir *qué hubiera pasado si*», opina Osvaldo Puccio Huidobro, activo él mismo en la política chilena. «Pero es un interesante juego de suposiciones pensar cómo se habría desarrollado Latinoamérica si Allende hubiera ganado las elecciones de 1958. Su programa era entonces considerablemente menos radical que el de la Unidad Popular en 1970; eran ideas muy socialdemócratas. Entonces Cuba todavía no era un país socialista, entonces aún no había enfrentamientos de sistema en el continente latinoamericano. Tal vez hubiese sido una oportunidad para enfilar una vía dife-

rente hacia el desarrollo en Latinoamérica, una que se orientara políticamente en los estados del norte de Europa y que le habría ahorrado al continente las amargas experiencias de las dictaduras de los años sesenta y ochenta.»

La situación política en Latinoamérica había cambiado radicalmente en enero de 1959: los guerrilleros en torno a Fidel Castro y Che Guevara habían entrado victoriosos en la capital cubana La Habana. Habían derrocado al dictador Batista y comenzaron a construir un estado socialista en Cuba.

Un estado socialista en Latinoamérica, el patio trasero de Estados Unidos, en su área de influencia más próxima. La reacción del gobierno americano fue rápida y fue dura: los Estados Unidos rompieron las relaciones económicas después de que Cuba se incautara de las refinerías de petróleo norteamericanas a mediados de los años sesenta. Las relaciones políticas se enfriaron y finalmente se helaron después de que un desembarco de cubanos exiliados apoyados por los servicios secretos estadounidenses que debía derrocar al gobierno de Castro fracasara en 1961 en la llamada Bahía de Cochinos. Después de esto Cuba se fue apoyando política y económicamente cada vez más en los estados del bloque del Este.

Estados Unidos intentó aislar internacionalmente a Cuba. En principio alinearon a todos los estados de América en torno a su postura, y en enero de 1962 consiguieron excluir a Cuba de la Organización de Estados Americanos (OEA). En 1961 habían fundado la Alianza para el Progreso en una reunión en la localidad costera uruguayana de Punta del Este. El gobierno de Kennedy quería fomentar con este acuerdo el desarrollo social y económico de América del Sur —y anticiparse a nuevas revoluciones. En contrapartida por las ayudas financieras esperaba que se rompieran las relaciones diplomáticas con Cuba. El gobierno chileno de Jorge Alessandri saludó la Alianza para el Progreso y aceptó un plan para la estabilización y el desarrollo de la economía, que fue desarrollado en su mayor parte por expertos en economía norteamericanos y por el Fondo Monetario Internacional.

La política estadounidense respecto de Latinoamérica se basaba desde 1823 en la doctrina Monroe: evitar injerencias no americanas en los Estados Unidos y contemplarlas como actos no amistosos. La doctrina la amplió en 1904 el presidente Roosevelt hacia una función de policía sobre los estados latinoamericanos. En 1954 se aprobó durante la X Conferencia Interamericana en Caracas (Venezuela) una *Declaration of Solidarity*, un típico documento de la guerra fría. En ella se definía al comunismo como el sistema político de una potencia ubicada fuera del continente. Decía además que «el dominio o control de instituciones políticas en cualquier Estado americano por parte del movimiento comunista internacional supone una amenaza para la soberanía y la independencia política de los Estados americanos que pone en peligro la paz en América». Hablando en claro: un estado socialista en América del Norte o del Sur amenaza a los demás estados y pone en peligro la paz del continente.

Salvador Allende visitó Cuba justo después de la revolución y ahí se reunió, entre otros, con Che Guevara. No se ha contado mucho de esa reunión, excepto que Salvador Allende, a pesar de que apoyaba la vía cubana, advirtió al mismo tiempo que la vía chilena hacia el socialismo tendría un aspecto diferente. Pasaba por elecciones generales democráticas. En cada elección se había estado un poco más cerca de la meta y alguna vez se vencería. Eso era exactamente un punto central de la concepción política de Allende: sin hacerle reproches a los demás, rechaza para sí mismo la conquista del poder a través de la fuerza de las armas. Siempre apostaba por lograr la mayoría. No quería conquistar el poder junto a un puñado de armados para posteriormente transformar el país, ya por entonces se trataba de convencer a las personas —debían decantarse libremente a favor de sus propuestas, las mejores, una estrategia que se oponía diametralmente a la de Che Guevara, que con guerrilleros quería trasladar los movimientos revolucionarios a otros países.

El gobierno de Alessandri luchaba en Chile con grandes dificultades desde su toma de posesión. La economía cojebaba, los mineros del carbón en el sur de Chile estaban en huelga, y en mayo de 1960 se

produjo uno de los terremotos más desoladores de la historia de Chile. Numerosos volcanes entraron en erupción, muchos cientos de personas fallecieron, Valdivia y otras ciudades quedaron completamente destruidas. Osvaldo Puccio, que viajó de inmediato al sur con Allende, describe los destrozos: «En Puerto Saavedra [cerca de Valdivia] ocurrió algo horrible. El terremoto fue seguido de un maremoto, y este fue aún peor. El mar inundó las orillas. Luego volvió hacia atrás, pero poco después regresó con una furia aún más grande. Se produjo una marea horrorosa. La gente huyó a las montañas. Cuando las masas de agua retrocedieron espumando, se llevaron por delante gran parte de la ciudad. La ciudad parecía después un trozo de pan al que se le había dado un bocado. Desde las montañas parecía que la ciudad estaba entera; sólo que en un sitio faltaba un trozo redondo. Ahí ya no quedaba ninguna calle, ninguna casa. Todavía se podía reconocer dónde había habido calles. Por todas partes arena y escombros. Murieron innumerables personas. Los supervivientes sólo tenían lo que llevaban puesto.»

El gobierno apenas pudo hacer frente a las consecuencias del desastre. En las elecciones municipales de 1962 ganó la izquierda y el cambio político flotaba literalmente en el aire. El parlamento aprobó finalmente una reforma legal; ésta permitía participar en las elecciones a los analfabetos. En lugar de 1,12 millones de electores, como había en 1958, en las elecciones de 1964 tenían derecho a voto 2,92 millones de personas, más del doble.

En estos años Salvador Allende estaba cada vez más seguro de ganar alguna vez las elecciones presidenciales. Entretanto tenía más de cincuenta años; era, así lo describió su biógrafo Fernando Alegría, «robusto, aunque no gordo. Sus cejas son fuertes y su penetrante mirada parece algo irónica. Habla con calma, pero sus consonantes son potentes, sacuden sus bien construidas frases. Formula una pregunta tras otra. Quiere siempre todos los detalles sobre la política actual, no importa si nacional o internacional. No emite juicios de valor, sino que parece almacenar toda la información para más tarde. Sus manos gruesas, fuertes, con pelos rojizos, llaman la atención. Curva las cejas, observa divirtiéndose y ríe de forma explosiva.»

«Me aburría casi siempre. En Chile no se habla de otra cosa. Todavía no tenía veinte años y no quería estar hablando siempre de política. Mis primas eran diferentes. Toda la familia estaba obsesionada con la política. Es posible que me hiciera así de apolítica como rebelión.» Así recuerda la escritora Isabel Allende los finales de los años cincuenta y los comienzos de los sesenta. Tras terminar con diecisiete años el colegio en 1958 no se decidió a estudiar, su idea era más bien la de casarse en algún momento, tener hijos y ser un ama de casa. «Me educaron para ser ama de casa, no para ejercer una profesión.» Por eso aceptó una plaza de secretaria en la oficina en Santiago de la Food and Agricultural Organization (FAO) de Naciones Unidas, no por convencimiento y más por casualidad. Mientras iba pasando lentamente y con sufrimiento por los diferentes departamentos, y llegó finalmente al puesto de prensa («ahí dos periodistas me enseñaron a escribir en español, que apenas sabía. Había tenido una educación muy irregular en francés, inglés y también algo en español»), sus primas, las hijas de Salvador Allende, ya habían enfilado caminos profesionales concretos: la mayor, Carmen Paz, que de niña había estado mucho tiempo enferma, se hizo educadora, Tati, la segunda hija, estudió Medicina, siguiendo casi una tradición familiar, e Isabel, la hija más joven, Sociología. Tati era la que se interesaba especialmente por la política.

Salvador Allende fue padrino de boda de su «sobrina» Isabel, que con diecinueve años se casó con su prometido Miguel Frías para — como escribió más tarde — no tener que seguir a sus padres a Suiza, ya que su padrastro Ramón había sido enviado ahí como representante de Chile ante Naciones Unidas. Comenzó al mismo tiempo su carrera periodística, casi de casualidad. Ya trabajaba en el departamento de prensa de la FAO, y la televisión estatal, con sede en Santiago, había concedido a su jefe quince minutos de emisión para informar sobre el trabajo de la organización. «Mi jefe no pudo ir a un programa en directo», contó ella. «Llamé a la emisora para hacérselo saber, y el redactor del programa me dijo que lo sentía, pero que alguien de la organización tenía que estar en el estudio a las quince horas para hacer el programa, que no tenía otro material para llenar ese espacio de

tiempo. Yo tenía una película italiana sobre la campaña de alimentación de Naciones Unidas y lo preparé rápidamente. Añadí texto —según lo que se me iba ocurriendo para las imágenes— y acudí con él a la emisora. El material fue emitido, pero no tenía ni idea de lo bien que lo había hecho. Entonces era bastante atrevida. Una semana después me ofrecieron una emisión semanal y así comenzó mi carrera periodística.»

Isabel Allende estaba hecha un mar de dudas: entre su interesante trabajo en la FAO y su deseo de seguir como esposa, en especial después de que en octubre de 1963 naciera su hija Paula. La solución la halló en el extranjero. Su marido Miguel Frías había recibido una beca para estudiar Ingeniería en Bruselas, y a partir de ese momento Isabel iba a vivir a caballo entre Ginebra, donde vivían su madre y su padrastro, y Bruselas. En Bruselas completó su formación periodística, el tiempo restante lo aprovecharon ella y su marido para hacer largos viajes por Europa.

La familia volvió a Chile en 1965, justo cuando tomó posesión el gobierno cristiano demócrata de Eduardo Frei Montalvo. Salvador Allende había perdido también su tercera campaña electoral a la presidencia.

La victoria del cristianodemócrata liberal Frei había sido convincente. Logró aglutinar en torno a él 1,4 millones de votos (56,1 por ciento), Allende un millón escaso (38,9 por ciento) y el tercer candidato, el conservador Julio Durán, 130.000 votos (5 por ciento). Nadie imaginaba que Allende se recuperaría otra vez de esta derrota. Tampoco parecía muy luchador. Salvador Allende recogió sus papeles personales en la oficina electoral, los descargó en casa, en su atestado despacho, y viajó a la casa de vacaciones de la familia en Algarrobo, un pequeño pueblo al sur de Valparaíso. Ahí era feliz, tenía, como decía, la playa para él solo, y eso era cierto: su vecino en Algarrobo había sido Eduardo Frei, que ahora ya no tenía tiempo para pasar ahí el verano. Frei y Allende tenían, a pesar de sus diferentes concepciones políticas, una profunda amistad. Sólo posteriormente la pondría en peligro la política, y finalmente la destruiría.

Las formas de los cristianodemócratas no habían sido muy elegantes durante la campaña de las elecciones de 1964. Apostaban, por un lado, por un programa de reformas fuerte y proclamas en parte izquierdistas (uno de los eslóganes de la campaña de Frei era «Revolución y libertad»), y por otro lado por la demagogia burda. Allende fue difamado como un comunista que iba a traer el miedo y el terror a la patria. Eso funcionó especialmente con la burguesía.

Sus temores a una revolución los llevó a escena el dramaturgo chileno Egon Wolff. Su obra *Los invasores* se estrenó en 1963 y es, según el escritor Antonio Skármeta, «una iluminadora inmersión en la conciencia de la burguesía y su visión del proletariado». La casa del acaudalado industrial Lucas Meyer es asaltada por una horda de mendigos que quieren instaurar en la parcela una especie de comunidad socialista. Meyer se da cuenta de que no tiene ningún tipo de relación con el mundo exterior, de que no tiene ninguna posibilidad de sobornar a los pobres, de que de nada sirve dialogar. Finalmente tiene que aceptar que su riqueza se ha forjado a través de la explotación, no a través de su propio trabajo. La familia del industrial al completo está desesperada —hasta que de pronto un grito de Meyer pone fin a todo. Se cambia de escena: Meyer aparece en pijama sobre el escenario. El espectador se entera de que todo ha sido sólo una pesadilla, de que todo se había desarrollado en el mundo imaginario del protagonista. Pero cuando los Meyer se congratulan y el público respira con alivio, se oye un cristal roto y se ve cómo muchas personas intentan entrar en la casa. ¿Los mendigos?

Pero el punto de partida para la victoria en las elecciones de los cristiano demócratas había sido otro: en la segunda vuelta de las elecciones a la cámara de representantes en marzo de 1964, el candidato de la coalición electoral de izquierdas FRAP en la circunscripción de Curicó había alcanzado sorprendentemente la mayoría, y eso en un distrito rural y conservador. Los conservadores y los cristianodemócratas se habían arrebatado mutuamente los votos —y si este resultado se extrapolaba a la elección presidencial, esto podía significar que Frei y Durán llegarían a un tercio escaso de los votos cada uno y que Allende

ganaría las elecciones con una mayoría relativa— lo que finalmente ocurrió en 1970. Por eso la derecha, que veía pocas posibilidades de victoria para sus candidatos, volvió a apelar en 1964 a elegir al *mal menor*, es decir, a Frei.

El FRAP de Allende tampoco pudo esta vez con otra cosa: el apoyo masivo que recibió Frei para la campaña electoral desde el extranjero. Muy importantes fueron los 2,6 millones de dólares que llegaron desde Estados Unidos. Este dinero provenía de la caja del servicio secreto americano, la Central Intelligence Agency (CIA), y el propio Frei desconocía su origen. Además, en el informe *Covert Action in Chile 1963-1973*, escrito para el senado estadounidense, se dice sobre la campaña electoral: «Más de la mitad de la campaña de los candidatos cristianodemócratas fue financiada por Estados Unidos. Junto al dinero donado, la CIA puso en marcha una masiva campaña anticomunista. Para ello se usaron prensa, radio, películas, folletos, carteles, envíos de correo, pintadas y octavillas. Era una *campaña del miedo* que descansaba sobre todo en imágenes de tanques soviéticos y tropas de intervención cubanas y que iba dirigida especialmente a las mujeres. En la primera semana de propaganda intensiva, un grupo financiado por la CIA emitía veinte anuncios de radio al día en las emisoras de radio de Santiago y a través de cuarenta y cuatro emisoras de provincias, además de doce minutos de noticias que eran emitidas tres veces al día por tres emisoras de Santiago y veinticuatro estaciones de provincias.»

«Aquella propaganda [anticomunista] ponía los pelos de punta», escribió Pablo Neruda en sus memorias tituladas *Confieso que he vivido*. «Las monjas serían fusiladas; los niños morirían ensartados en bayonetas por barbudos parecidos a Fidel; las niñas serían separadas de sus padres y enviadas a Siberia». EL FRAP, la coalición del frente popular de Allende, era comparado todo el rato con Rusia, de forma más original posiblemente en un cartel impreso por los cristianodemócratas: «¡Gol de Chile! Repetimos en las elecciones la victoria del Mundial. Chile 2: Rusia 1.» En el campeonato del mundo de fútbol de 1962 en Chile, los chilenos habían batido al equipo de la Unión So-



*Salvador Allende, aquí con su hija Beatriz y su mujer Tencha durante un acto electoral en septiembre de 1964, se había presentado tres veces sin éxito a las elecciones, hasta que en 1970 fue elegido Presidente.*

viética por dos goles a uno, y en las papeletas electorales aparecía delante de Frei (es decir, de Chile) el número dos, delante de Allende (es decir, de Rusia), el número uno.

Es posible que a finales de 1964 Allende planeara su retorno, en su casa de vacaciones en la playa del Pacífico, cerca del lugar de residencia del poeta Pablo Neruda. Probablemente repasó su campaña electoral y reflexionó por qué había fracasado. Pero es posible que sólo necesitara un corto período de descanso. La campaña electoral, que duró hasta septiembre, había sido agotadora, y no se había permitido ningún día libre. Ni siquiera cuando en agosto de 1964 murió su madre.

Sin embargo, en las elecciones de 1964 algo quedó claro: Chile había cambiado. La izquierda unida ya podía contar con un tercio de

los votos, y había sido elegido Presidente un hombre cuyo programa preveía nacionalizaciones y una reforma de la tierra y cuyo lema era «Revolución y libertad». En todas partes se debatía sobre la revolución, en Chile se percibía el cambio en todas partes.

Pero donde menos en la política oficial del gobierno. El Partido Demócrata Cristiano era bastante heterogéneo, aunaba a industriales, banqueros y hombres de negocios, liberales en la mayoría de los casos, con trabajadores de las minas del cobre; sin embargo, el bloque mayoritario venía de la clase media. Esta heterogeneidad se reflejó en el gobierno de Frei: había ministros de tendencia conservadora, aunque también estaba el ministro de Agricultura Jacques Chonchol, que no obstante dejaría pronto su cargo y que más tarde serviría como ministro de Agricultura en el gobierno de la Unidad Popular.

El mayor proyecto del gobierno de Frei era la denominada chilениzación del cobre. Las minas de cobre chilenas estaban todas en manos extranjeras (casi exclusivamente estadounidenses). Chile corría por tanto con los costes (infraestructura, contaminación) de la explotación del cobre, pero los beneficios se marchaban al extranjero. Al tesoro público chileno sólo entraban unos ingresos mínimos vía impuestos. El Frente Popular se había presentado desde siempre con la exigencia de nacionalización de las minas, sin embargo Frei hablaba de la chilениzación —lo que significaba que el Estado compraría a través de la Corporación Nacional del Cobre (CODELCO) el 51 por ciento, es decir, la mayoría de las acciones de las empresas existentes. Es así que, por ejemplo, Chile pagó en 1967 a Bramen Cooper, la filial de Kennecott, ochenta millones de dólares por el 51 por ciento de la participación en la mina de cobre El Teniente en Rancagua. Para Kennecott era un buen negocio, ya que el valor nominal de toda la empresa era de 67 millones de dólares. Poco realista y bajo, según Kennecott, pero los impuestos que había tenido que pagar la empresa en los años anteriores se habían calculado siempre en base al valor nominal bajo. Además, Braden mantuvo el control sobre la dirección de la mina, la empresa negociaba los contratos con los trabajadores, compraba material y maquinaria, decidía sobre las inversiones necesarias y también

vendía finalmente el cobre. Chile era por tanto el dueño mayoritario según el acuerdo negociado, pero el control lo seguían ejerciendo los antiguos dueños. El gobierno llegó en 1969 a un acuerdo similar con el consorcio del cobre Anaconda, al que pertenecían las minas en Chuquicamata y El Salvador.

En un plano de política interior estos acuerdos fueron polémicos. Para los conservadores, Frei era el que estaba entregando Chile a los socialistas, para los izquierdistas sus reformas eran un simple engaño. Esto no es del todo cierto. La reforma agraria, por muchos descalificada como «reforma decorativa», no logró abolir en Chile las grandes posesiones —los críticos llegaban a decir que los latifundistas se deshacían de tierras que de todas formas no podían explotar a cambio de elevadas indemnizaciones estatales—, pero al menos supuso tierra propia para unas treinta mil familias, y también la reforma escolar mejoró la educación general del pueblo. Sobre todo Estados Unidos quería un éxito del gobierno de Frei, ya que querían convertir a Chile en el país modelo de la Alianza del Progreso. Pero la economía de Chile, dependiente de créditos internacionales, cojeaba. En el ecuador de la presidencia de Frei casi una cuarta parte de los chilenos estaba en el paro y los electores se le escapaban de forma lenta pero inexorable.

## 5. Sueños y acontecimientos revolucionarios

La segunda mitad de los años sesenta del siglo XX fue la época de los sueños y de los acontecimientos revolucionarios en América del Sur. No podían obviarse la desigualdad social entre los países industriales desarrollados y los países en vías de desarrollo ni las relaciones de dependencia. La Iglesia se solidarizaba con los pobres, aunque el Vaticano condenara oficialmente la Teología de la Liberación, y en muchos países de Latinoamérica surgieron movimientos guerrilleros que querían llevar sus países al socialismo, siguiendo el ejemplo de Cuba. Mientras tanto, Che Guevara había dejado ahí su puesto de ministro de Industria, para apoyar en la selva boliviana a la guerrilla en su lucha contra la dictadura militar del general René Barrientos Ortuño. A principios de los años sesenta, Raúl Sendic había sembrado en Uruguay junto a algunos correligionarios la semilla del posterior movimiento guerrillero urbano Tupamaro. Este tuvo una gran capacidad de atracción en Chile, ya que, al igual que Uruguay, era un país más bien urbano.

También en Chile se radicalizó la juventud, sobre todo los estudiantes. En 1965 se fundó en la Universidad de Concepción el Movimiento de la Izquierda Revolucionaria (MIR). Uno de los miembros fundadores fue Andrés Pascal Allende, el hijo de Laura, la hermana de Salvador. Andrés tenía entonces poco más de veinte años, pero tenía ya un agitado pasado político. Había sido expulsado del colegio por supuesta indisciplina, terminó entonces sus estudios en otra escuela —y ahí sus profesores, unos curas norteamericanos, lo confrontaron con una realidad chilena que hasta entonces le era desconocida. En

una entrevista lo recuerda: «En los meses de invierno íbamos a un barrio de pobres en las afueras de Santiago y repartíamos alimentos donados. Había ahí un trabajador que se burlaba todo el rato de nosotros, era comunista y trabajaba en la recogida de basuras. Un día se me acercó y dijo, “Espérame mañana a las seis de la mañana en la esquina, ahí te recogeré con el camión.” Y entonces me enseñó lo que era Chile, cómo la gente vivía de la basura, habían construido en los vertederos auténticas cuevas en las que revolían la basura, la separaban y pescaban algo comestible. Y no eran uno o dos, eran cientos de personas con niños pequeños.»

Esto era a finales de los años cincuenta, a comienzos de los años sesenta Andrés Pascal Allende se hallaba en Cuba y trabajaba en una propiedad agrícola nacionalizada. Regresó entusiasmado con la revolución cubana e ingresó en el Partido Socialista (PS). Comenzó a estudiar Sociología, igual que su prima Isabel Allende, además de Historia, y ambos, además de Tati, que estudiaba Medicina, estaban activos en el grupo de estudiantes del PS. Pero Andrés Pascal fundó con unos amigos una organización dentro del Partido Socialista, el Movimiento Socialista Revolucionario, una agrupación que apostaba poco por la representación parlamentaria y las reformas. En 1963 salió finalmente del PS, lo que para él, como dijo, «significaba también una ruptura con la familia, porque mi tío era el candidato presidencial», y se unió a la así llamada Vanguardia Revolucionaria Marxista.

Los miembros de la Vanguardia Revolucionaria Marxista estaban entre los que fundaron en 1965 el MIR. En un principio, este movimiento no era otra cosa que un grupo de *agit-prop* con diferentes corrientes, afirma Andrés Pascal Allende mirando hacia atrás, sólo a partir de 1967 se decantaron por el radicalismo. Su amigo Miguel Enríquez fue elegido entonces secretario general de la asociación. Él mismo era también, en un principio, miembro de la élite directiva, pero más tarde trabajó principalmente como agitador en los poblados pobres de Santiago. En una entrevista dijo: «Mi madre [Laura Allende] era diputada del Partido Socialista y sentía mucha simpatía hacia nosotros. Al principio nos ayudó, nos enviaba jóvenes del PS. Por eso

empecé a trabajar en el barrio de mi madre, que era el segundo distrito más grande de Santiago, y ahí reclutamos a muchos compañeros.»

«Entonces todos hablaban de revolución», recuerda Osvaldo Puccio Huidobro. «La palabra era un lugar común —incluso en el partido conservador nacional. El sentimiento era sencillamente de admiración hacia los revolucionarios. Recuerdo bien que el 8 de octubre de 1967, cuando fue asesinado Che Guevara, Tati Allende vino corriendo a nuestra casa desde el hospital en el que estaba haciendo su año de prácticas. Había salido corriendo del hospital con su bata blanca de médico, vino a nuestra casa, se sentó en mi habitación y estuvo llorando el resto del día.»

En su congreso de noviembre de 1967 en Chillán, el Partido Socialista se definió marxista-leninista y habló asimismo de revolución, a pesar de que dirigentes del partido como Salvador Allende seguían apostando por las elecciones democráticas.

Criticado por la izquierda radical, hostigado desde la derecha —en esa época Salvador Allende trataba de llevarse bien con todo el mundo, y así estaba en la situación en la que probablemente se encontraba más a gusto. Había sido elegido en 1966 presidente del Senado, y desde este puesto trabajó para llevar a cabo reformas, lo que fue criticado por la izquierda radical, como por ejemplo el MIR. En cualquier caso, la derecha reclamaba a cada momento su dimisión: fuera porque había volado a Cuba en julio de 1967 para una conferencia de solidaridad, porque voló junto a su hija Tati en 1968 a Moscú para asistir ahí a las festividades del 50 aniversario de la Revolución de Octubre, o porque no se distanciaba del MIR y de los guerrilleros de otros estados latinoamericanos. Tras la muerte de Che Guevara en octubre de 1967, cinco de sus combatientes cruzaron meses más tarde la frontera y llegaron a Chile, pidiendo ahí asilo político. Este no les fue concedido, pero Allende se encargó de que pudieran llegar a La Habana vía París. Para ello negoció con el gobierno francés y se metió entonces en un avión con los guerrilleros que los llevó a Tahití pasando por la isla de Pascua. Desde ahí pudieron seguir volando sin obstáculos hasta París. El viaje no hubiera podido hacerse de otra forma, ya que de



otro modo siempre hubiera sido necesario hacer escala en algún país latinoamericano que hubiera extraditado a los cinco a Bolivia.

El cantautor chileno Víctor Jara describió el ambiente político en su país a mediados de los años sesenta en su canción *Te recuerdo Amanda*:

Te recuerdo Amanda  
la calle mojada  
corriendo a la fábrica  
donde trabajaba Manuel.  
La sonrisa ancha,  
la lluvia en el pelo,  
no importaba nada,  
ibas a encontrarte con él.

Son cinco minutos,  
la vida es eterna en cinco minutos.  
Suenan las sirenas  
de vuelta al trabajo  
y tu caminando lo iluminas todo.  
Los cinco minutos  
te hacen florecer.

Que partió a la sierra,  
que nunca hizo daño  
y en cinco minutos  
quedó destrozado.  
Suenan las sirenas  
de vuelta al trabajo.  
Muchos no volvieron,  
tampoco Manuel.

Muchos cantantes y escritores, pintores y publicistas cantaron, escribieron y pensaron políticamente —y los cantautores pronto tomaron parte en los debates políticos. Esto fue impulsado por cuatro artistas en torno a los cuales enseguida se juntaron multitudes: Violeta Parra, sus hijos Isabel y Ángel, así como Víctor Jara. Ángel e Isabel habían abierto en 1965 en la calle Carmen, una estrecha calle al sur del centro de Santiago, la Peña de los Parras, una especie de taberna

en la que se podía comer bien y, ante todo, barato, y en la que actuaban amigos suyos. La Peña se convirtió en la cuna de la nueva canción chilena.

Joan Jara, la viuda de Víctor Jara, recuerda una de sus primeras noches en ella: «En el aire sofocante, lleno de humo, apretujada en uno de los incómodos bancos de madera, había que tener un entusiasmo verdadero para aguantar tres o cuatro horas de música. Los que recitaban estaban sentados en una pequeña tarima de madera en el paso entre dos habitaciones que se había logrado echando abajo la pared. La iluminación consistía en un pequeño foco. El efecto era impresionante, y a pesar de la atmósfera descuidada y del abundante vino, se notaba respeto y atención por parte del público.»

En otros países de Latinoamérica también había ejemplos a seguir en cuanto a la música deseada: en Uruguay se había hecho famoso con canciones políticas Daniel Viglietti, en Argentina Atahualpa Yupanqui. Se escuchaban con atención las canciones folk de Estados Unidos y al mismo tiempo se volvía a los instrumentos tradicionales de los países andinos —a las flautas pequeñas, la *queña* y la *zampoña*, o al *charango*, un instrumento de cuerda cuya caja es el caparazón de un armadillo. Había solistas como Rolando Alarcón, Héctor Pávez, Patricio Manns o también Violeta Parra y Víctor Jara, había grupos como Inti-Illimani o Quilapayún. La mayoría de estos artistas políticamente explícitos ya habían apoyado la campaña electoral de Allende en 1964.

Al mismo tiempo, a pesar de la euforia revolucionaria entre los intelectuales, Chile seguía siendo un país profundamente anclado en principios tradicionales. «El ambiente de responsabilidad, de costumbres estrictas, la forma de pensar burguesa y las normas sociales inamovibles eran asfixiantes en aquella época en Chile», narra Isabel Allende en *Paula*. Ella misma había sido madre por segunda vez en 1966, esta vez de un hijo llamado Nicolás. En 1967 empezó a trabajar en la revista *Paula*, una publicación en la que la redactora jefe Delia Vergara le había reservado «un espacio para la divulgación de sus ideas feministas» al lado de los usuales reportajes sobre moda. En él escribía



*Nicolás y Paula, los dos hijos de la escritora Isabel Allende, en el año 1969.*

una columna ligeramente humorística. A finales de 1967 causó revuelo con una entrevista que hizo: la conversación con una esposa «infiel» acerca de los motivos de sus aventuras. Ella recuerda: «Llegaron miles de cartas a la redacción, muchas de organizaciones religiosas y de conocidas personalidades de la derecha política que estaban indignadas por el mal ejemplo de semejante desvergüenza».

La revista *Paula* era la primera publicación de Chile en la que se informaba sobre divorcio, interrupción del embarazo, sexo y drogas, pero también sobre corrupción en el seno del gobierno. Los últimos años sesenta fueron, gracias a su trabajo, una época frenética para Isabel Allende. Informaba sobre los marginados sociales, conducía un coche viejo pintado llamativamente, parecía una mezcla entre emancipada y hippie y llevaba, además, como dijo en una entrevista, «una vida

perfectamente burguesa: esposa fiel y ama de casa, madre de dos niños, la que cumplía con todas las reglas.»

A finales de los años sesenta Chile resultaba difícil de catalogar: el país estaba dividido en muchos aspectos. En Santiago se vivía bien si se pertenecía a la capa alta y se vivía en el centro o en Providencia, el barrio residencial de los ricos. Si se observan imágenes de esa época, la vida se asemejaba a la de cualquier otra metrópoli del mundo, la misma moda, los mismos cortes de pelo extraños, los mismos coches, el mismo lujo. Sin embargo, más allá del centro de la ciudad, en los poblados pobres que se asientan como anillos anuales en torno a las capitales de Latinoamérica, o en los territorios desérticos del norte, en los que la mayoría de las personas trabajaban en las minas, así como en las boscosas regiones del sur profundo de Chile, ahí donde los pescadores capturaban merluzas, cultivaban erizos de mar y marisco y los campesinos cosechaban sus diminutos campos o las grandes posesiones de los terratenientes, la vida se diferenciaba mucho de la del así llamado primer mundo.

Algunos datos sobre la situación social en Chile a finales de los años sesenta ilustran la división de la sociedad: de los cerca de 9,5 millones de chilenos, unos tres millones vivían en Santiago, y de ellos a su vez unas 600.000 personas (veinte por ciento) en las poblaciones, los barrios marginales de chabolas. El desempleo a nivel nacional era escasamente del diez por ciento. En torno a 1,5 millones de niños estaban entonces mal alimentados, 600.000 sufrían retrasos en su desarrollo porque no tenían suficiente para comer. La tasa de mortalidad infantil era del 10 por ciento a nivel nacional, pero en algunas partes del 30 por ciento. 25.000 niños fallecían anualmente durante su primer año de vida a consecuencia de enfermedades relacionadas con la nutrición. Una quinta parte de todos los niños venía al mundo sin ningún tipo de ayuda médica. A pesar de la reforma escolar, en el campo iban al colegio solamente alrededor de la mitad de los niños, por lo que un buen porcentaje de los chilenos eran analfabetos.

Así apenas sorprendía que una parte de los chilenos apoyase a los partidos de izquierda, pero otra parte mostrase incomprensión hacia

estos movimientos, ya que desde su enclave de Santiago apenas percibía esa realidad. Además, esta última parte mostró escasa simpatía por las huelgas espontáneas y levantamientos, y se alegró de que fueran reprimidas con violencia.

Dos ejemplos: el 11 de marzo de 1966 unos soldados dispararon sobre trabajadores en huelga en la mina «El Salvador» de Anaconda. Los trabajadores, acompañados por sus mujeres e hijos, se habían negado a abandonar un local sindical. Seis hombres y tres mujeres murieron por los disparos y otras treinta y siete personas resultaron heridas. El 9 de marzo de 1969 doscientos cincuenta policías de un comando de intervención móvil intentaron evacuar un pedazo de tierra llamado Pampa Irigoín, a pocos kilómetros de la ciudad de Puerto Montt. Unas cien familias de trabajadores del campo habían ocupado el terreno improductivo para levantar ahí un pequeño poblado de modestas cabañas. Los policías lanzaron bombas de gas lacrimógeno y posteriormente abrieron fuego indiscriminado: siete hombres fallecieron por los disparos, un bebé se ahogó con el gas lacrimógeno. Varias docenas de personas resultaron heridas por los disparos.

Muchos votantes y simpatizantes del gobierno cristianodemócrata se dieron cuenta durante la presidencia de Frei de que el lema «Revolución en libertad» no era más que una frase. De esta forma, el apoyo comenzó a desmoronarse y el partido perdió en las elecciones parlamentarias y locales. Parte del ala izquierda del partido se separó junto a Jacques Chonchol. Fundaron el MAPU (Movimiento de Acción Popular Unitaria; al mismo tiempo, *mapu* significa tierra en el idioma de los indios mapuche), que más tarde se uniría a la Unidad Popular.

Por otro lado, los grupos radicales se radicalizaban más. Así, el MIR, en el que jugaba un papel destacado Andrés Pascal Allende, comenzó con las denominadas acciones directas: sus miembros iban al campo y corrían las vallas en beneficio de los pequeños agricultores y de los sin tierra, ocupaban junto a ellos grandes propiedades o terrenos improductivos en la periferia de las ciudades para fundar ahí poblados, como había ocurrido en Pampa Irigoín. A ello hay que sumar los asaltos a bancos —«expropiaciones», como se decía en el argot del

MIR. Por un lado, porque la organización necesitaba el dinero, por otra parte porque quería darse una imagen de Robin Hood. De esta forma, una parte del botín se entregaba a los movimientos sociales.

El camino del MIR se dirigía lentamente hacia la ilegalidad. Si creemos a Andrés Pascal Allende, la situación era todavía «apacible». «Íbamos diez en un viejísimo taxi, todos de forma ilegal. Llegaron la policía y una patrulla de civil, pararon y echaron un vistazo a ese montón de chicos, y naturalmente se dieron cuenta de a quién tenían ante sí. Primero no nos prestaron atención, luego nos dieron el alto con las metralletas y nosotros nos bajamos pistola en mano. Nos miramos a los ojos, nos saludamos y nos subimos al coche sin decir nada y continuamos nuestro camino. Nadie quería tener problemas con el otro.» Osvaldo Puccio, el secretario de Allende, relata cómo escondió en su casa con el conocimiento de Allende, a Andrés Pascal Allende, buscado por la policía, y a otros miembros del MIR, mientras que Salvador Allende mantenía ahí al mismo tiempo conversaciones con el ministro de Economía del gobierno de Frei, el cristianodemócrata Enrique Krauss. Por contra, Andrés Pascal Allende mantenía que Salvador Allende no sabía que él había estado presente al mismo tiempo.

Salvador Allende había sido elegido senador nuevamente en 1969 —esta vez en el sur del país, y había demostrado así que su carrera política aún no había concluido con su derrota electoral de 1964. También era seguro que esta vez los partidos de izquierda iban a presentarse juntos. ¿Pero con Allende como candidato? ¿No había tenido tres oportunidades y había sido incapaz de aprovechar ninguna? ¿No lo veían los electores como un perdedor? Allende fue ratificado como candidato a la presidencia por su partido por un estrecho margen, y a finales de 1969 la izquierda tenía a tres posibles candidatos: Jacques Chonchol, el dirigente del MAPU, Salvador Allende y Pablo Neruda. El poeta de fama mundial había sido propuesto por su partido, el Partido Comunista.

Al final sí fue Allende —Neruda se retiró gustosa y voluntariamente, y Chonchol después de haber visto que no era capaz de lograr la mayoría dentro de la coalición. Volodia Teitelboim, entonces secreta-

rio general del Partido Comunista, dijo más tarde: «Allende era muy, muy popular en Chile. No tenía siempre el apoyo incondicional de su propio partido, pero era ciertamente el candidato del pueblo.» Por parte de los conservadores se presentó el anciano ex-presidente Jorge Alessandri, por parte de los cristianodemócratas Radomiro Tomic, que había sido embajador en Washington durante el período del gobierno de Frei. Tomic, que políticamente se situaba más a la izquierda que Frei, había intentado forjar una alianza entre los cristianodemócratas y los partidos de izquierdas desde hacía tiempo —él mismo la llamaba Unidad Popular, un término que fue tomado más tarde por la izquierda para su alianza.

A finales de 1969 ocurrió algo que nadie en Chile hubiera creído posible: un intento de golpe por parte del ejército. «Todos los países vecinos eran gobernados por militares, pero los chilenos consideraban inmune contra el virus a su democracia», escriben Simon Collier y William F. Sater en su historia de Chile. En octubre, bajo la dirección del general Roberto Viaux, se alzó un regimiento en Tacna, cerca de la capital Santiago. Frei fue apoyado de inmediato por todos los partidos y el golpe fracasó. El acontecimiento más relevante fue la nueva ordenación de la jerarquía de generales en Chile: el comandante en jefe del ejército fue el general René Schneider, que junto a su suplente, el general Carlos Prats, habían proclamado en público su lealtad a cualquier gobierno elegido democráticamente —sin importar su forma. Esta proclama, la denominada doctrina Schneider, era importante en caso de una eventual victoria de la coalición de izquierdas —el candidato de los conservadores Jorge Alessandri ya había explicado de antemano que en caso de una victoria de la Unidad Popular esperaba que el ejército diera un golpe.

La campaña electoral no se diferenció demasiado de la del año 1964. Hubo nuevos intentos de atizar una campaña de miedo contra Allende, pero esta vez no tanto por parte de los cristianodemócratas. Esta vez llegaba dinero del extranjero —de nuevo hubo ayudas financieras de la CIA— para el candidato presidencial conservador Jorge Alessandri, porque todo apuntaba a una decisión entre Allende y Alessandri.

La campaña de la Unidad Popular (UP) estaba bien organizada. En todo el país había más de diez mil comités de apoyo (Comités de la Unidad Popular, CUP) que pegaban carteles, pintaban en las paredes y repartían octavillas. «Cada barrio, cada oficina, cada fábrica, universidad y colegio tenía su propio CUP», recuerda Joan Jara. «A veces incluso más de uno. En La Faena, por ejemplo, un poblado de chabolas muy pobre en las afueras de la ciudad de Santiago, había treinta y ocho —la Unidad Popular tenía tantos seguidores que por poco cada calle hubiera formado su propio comité.» El objetivo de estos CUP era acercar el programa de la UP a los electores. Ésta había aprobado *Las primeras 40 medidas del gobierno popular*, que debían ser puestas en práctica inmediatamente después de las elecciones. Prometían, por ejemplo, tratamiento médico gratis en los hospitales o medio litro de leche gratis para cada niño en edad escolar.

Salvador Allende también estaba en contacto durante la campaña electoral desde diciembre de 1969 con su organización —así lo escribe Andrés Pascal Allende en una retrospectiva de la historia del MIR. A través de su hija Tati, en concreto, que no sólo era la prima favorita de Andrés Pascal Allende, sino que políticamente también era la más cercana a él. Era amiga del secretario general del MIR Miguel Enríquez y había trabajado antes con otros grupos radicales de izquierda —como la guerrilla en Bolivia. Tati estableció el contacto con Salvador Allende, y tres meses antes de las elecciones hubo una reunión en el escondrijo del MIR en un barrio pobre de Santiago. Salvador Allende quería que la organización no llevase a cabo «expropiaciones» de bancos ni otros tipos de acciones ilegales. El MIR aceptó, y en esa reunión surgió al mismo tiempo la idea de que Salvador Allende, que había sido amenazado reiteradamente, necesitaba una tropa para su propia protección ante atentados. Fueron miembros del MIR los que formaron entonces el denominado Grupo Amigos Personales (GAP), la guardia personal de Allende.

La campaña comenzó con un *shock* para el propio Salvador: sufrió un ataque al corazón, pero sólo permitió que fuera tratado brevemente.

te y después cumplió un programa inmenso de viajes y discursos, discursos y viajes. Fue apoyado y acompañado por su secretario Osvaldo Puccio, su hija Tati —y por Miria Contreras, conocida como Payita. Era más que una secretaria, era también —y esto era un secreto a voces— su amante. «Desde que conocí a Allende, tenía una amante», dijo Osvaldo Puccio Huidobro. «Eso lo sabía todo el mundo, no era algo que se escondiera. Empezó probablemente en 1952 y se mantuvo durante todos los años. Eran relaciones que también incluían a otras personas. Creo que, por ejemplo, Tati tenía una relación más intensa con Miria Contreras que con su propia madre.»

El matrimonio con Tencha, sin embargo, no se había convertido únicamente en un matrimonio de imagen. Ella y Salvador habían llegado de alguna forma a un acuerdo para llevar sus relaciones. Ni Tencha ni Payita hablaban en público sobre su relación, pero también dentro del círculo de amistades se callaba: Tencha era una mujer muy considerada por todos los amigos y nadie hacía comentarios al respecto a su espalda, ni siquiera tras la muerte de Salvador. Por supuesto que había rumores, pero para la opinión pública también era un asunto menor de lo que se podría haber supuesto. Al igual que el periódico *Clarín* especulaba con la supuesta homosexualidad de Alessandri, siempre volvía a surgir algún comentario sobre las aventuras de Allende —pero sin perjudicarle seriamente. «Salvador Allende amaba a su mujer», opinaba más tarde plenamente convencido Ramón Huidobro. «Se hablaba mucho de su infidelidad, pero mucho menos sobre lo mucho que, a pesar de todo, la amaba. Una separación nunca se le hubiera pasado por la imaginación.» Sus círculos de amistades estaban separados —los amigos de Salvador eran otros que los de Tencha. Sin embargo, Tencha también participó activamente en la campaña. Daba mítines en estadios, en plazas y en teatros junto a Laura, la hermana de Salvador. Sólo que pocas veces junto a Salvador.

También los artistas tomaron parte en la campaña electoral, en esta ocasión más que en 1964. Sergio Ortega escribió el himno de campaña *Venceremos*, así como el lema *El pueblo unido jamás será vencido*. Cada aparición iba acompañada de grupos de música, y en los míti-

nes actuaron Víctor Jara, Sergio Ortega y los grupos Inti-Illimani y Quilapayún, por citar a los más famosos.

Isabel Allende observaba la campaña —no se involucró, «en la medida en que por entonces podías no involucrarte en política en Chile. Mi marido era cristianodemócrata y yo era socialista», dice en una entrevista, «y llegamos al acuerdo de que colgaríamos en una ventana de la casa un cartel en apoyo de Salvador Allende y en otra uno en apoyo de Eduardo Frei. Mis suegros eran aún más conservadores que mi marido —apoyaban a Alessandri. Así que acordamos que, cuando vinieran de visita, no hablaríamos de política. Pero naturalmente, cada vez que venían, discutíamos por eso.»

En realidad Salvador Allende tenía que haber vivido en Punta Arenas, en el estrecho de Magallanes, ya que entonces era senador por el sur del país. Muy complicado y costoso en tiempo —Punta Arenas queda a unos 2.500 kilómetros al sur de Santiago. Allende tendría que haber volado el día anterior de las elecciones, haber votado y luego haber vuelto a Santiago, a fin de cuentas quería estar en la capital el día decisivo de su vida. En Chile el voto es obligatorio, así que Salvador Allende fue a la comisaría la mañana del 4 de septiembre de 1970, el día de las elecciones, y explicó que no estaba en condiciones de emitir su voto. Esto quedó registrado y Allende había cumplido así con su obligación electoral. Sin embargo, él mismo no había votado.

No le hizo falta su propio voto. Acabó recibiendo los de 1.075.616 chilenos (el 36,3 por ciento de todos los que tenían derecho a voto) y así los de casi 40.000 chilenos más que los que habían votado a Jorge Alessandri (34,9 por ciento). Radomiro Tomic fue votado por unos 825.000 chilenos (27,8 por ciento). Allende lo había conseguido al cuarto intento. No había alcanzado la mayoría absoluta de los votos, pero sí la relativa. Eso bastaba para ser Presidente.

Durante la noche electoral nadie durmió en Santiago. Los seguidores de la Unión Popular festejaban en las calles, Allende dio un improvisado discurso de victoria, sorprendentemente sencillo y modesto,

Tomic envió un telegrama en el que felicitaba a Salvador Allende y los seguidores del conservador Alessandri pensaban qué opciones tenían aún para evitar la toma de posesión del cargo por parte de Allende. En los barrios más ricos, los atemorizados seguidores de Alessandri escondían su dinero en efectivo y las joyas en el sótano y se preparaban para levantarse temprano al día siguiente para retirar su dinero del banco. «Mi suegro fue uno de los primeros que el día después de las elecciones», escribió Isabel Allende, «se plantaron delante de los bancos para retirar su dinero, tenía intención de escapar al extranjero en cuanto aterrizaran las hordas cubanas o la dictadura soviética comenzara a fusilar ciudadanos». No era el único que había sucumbido a esa propaganda: en el transcurso de los diez días después de las elecciones, el Banco Central puso a disposición de los bancos privados 780 millones de escudos (unos 80 millones de dólares), para que estos pudieran pagar el dinero a sus ahorradores. Enormes cantidades de dinero y de valores salieron del país.

Cuando en Chile ningún candidato obtiene la mayoría absoluta en las elecciones presidenciales, es el Parlamento quien elige al Presidente. Tradicionalmente se limitaba a confirmar al ganador de las elecciones, al menos en las elecciones anteriores siempre había sido así —excepto en las de Frei, ya que éste había logrado la mayoría absoluta. Esta vez no parecía tan sencillo. El día después de las elecciones se produjeron las primeras propuestas en contra, por ejemplo la de Alessandri: el Parlamento debía elegirle a él. Posteriormente dimitiría y dejaría libre el camino para nuevas elecciones.

Allende estaba de excelente humor. Ofrecía entrevistas sobre temas divertidos («¿Cómo se imagina las elecciones en el año 3000?» «¡Probablemente sin mi candidatura!») y serios («Ante todo, debemos volver a tomar posesión de nuestros recursos que siguen perteneciendo al capital extranjero, sobre todo al de Estados Unidos: el cobre, el hierro y el salitre», en una entrevista con un reportero del *New York Times*), y no dudaba de que se sentía como el ganador legal de las elecciones y como el Presidente elegido por el pueblo, al que el Parlamento tan solo tenía que ratificar.

Las conversaciones con los cristianodemócratas ayudaron lo suyo para afianzar la posición de Allende. Los cristianodemócratas exigían de Allende una garantía de respeto a algunos puntos de la Constitución: nada de censura, libertad de opinión, no disolución de los colegios privados, mantenimiento de la autonomía de las escuelas superiores —puntos todos que firmó Allende. Así, parecía que a mediados de octubre nada se podía oponer a su elección. El propio Alessandri hizo un llamamiento a sus seguidores para votar a Allende.

Pero las fuerzas de ultraderecha todavía mantenían una esperanza: un golpe del ejército. No obstante, su comandante en jefe, el general Schneider, había explicado en 1969 que el ejército estaba únicamente para defender la Constitución y que no se iba a inmiscuir en la política cotidiana. Por tanto, con él no se podía llevar a cabo un golpe. De esta forma, el 19 y el 20 de octubre unos criminales contratados por el general Viaux trataron de secuestrar a Schneider. El primer intento salió mal, porque Schneider no utilizó su vehículo oficial, en el segundo intento varios coches obligaron a parar al Mercedes de Schneider. Dos secuestradores abrieron por la fuerza la puerta trasera, pero en contra de lo esperado, Schneider sacó su pistola y se puso en guardia. Hubo disparos, el general fue alcanzado varias veces y murió tres días más tarde en el hospital. Las armas de los asesinos habían sido introducidas en el país por la CIA, el servicio secreto americano, que también ofreció apoyo logístico para el intento de secuestro. En el año 2000, treinta años después, se descubrió que los autores habían recibido 35.000 dólares de las arcas de la CIA.

Pero Salvador Allende fue elegido Presidente el 24 de octubre de 1970 por 153 votos contra 35, y el 3 de noviembre de 1970 tomó posesión de su cargo.

## 6. El presidente del pueblo

«El presidente Allende nombró al tío Ramón embajador en Argentina, y así fue cómo mi madre pasó a encargarse de un edificio monumental que se encontraba sobre la única colina de Buenos Aires, que tenía numerosos salones, un comedor para 48 invitados, dos bibliotecas, 23 servicios y un número indeterminado de alfombras y obras de arte procedentes de gobiernos anteriores, un lujo difícil de explicar para la Unidad Popular, que quería ser un ejemplo de sobriedad y de sencillez.»

El tío Ramón, que había recibido el importante puesto diplomático, era Ramón Huidobro, el padrastro de Isabel Allende. Ella misma se quedó en Santiago y vivió ahí los tres años de gobierno de la Unidad Popular. Tres años inestables, marcados por una sensación de novedad, de alegría por el futuro y de utopías, pero también plagados de problemas, de complicaciones en el día a día y de profundas incertidumbres.

Allende había ganado las elecciones pero no a la mayoría de los chilenos. Gobernaba un país dividido —un tercio de los chilenos lo celebraban con entusiasmo, otro tercio lo rechazaba con vehemencia y a un tercio le era más o menos indiferente.

Él lo sabía y poco podía hacer para cambiarlo. Porque también él se encontraba entre dos tierras. La Unidad Popular no era un bloque uniforme fácil de mantener unido. Dentro de ella convivían diferentes tendencias ideológicas. Desde moderados liberales de izquierdas y comunistas, que advertían que no había que excederse y que recordaban que el gobierno tenía un mandato de seis años de duración para llevar

a cabo su programa, hasta la extrema izquierda, que se situaba cerca del MIR y que acuciaba para la inmediata puesta en marcha de los proyectos de reforma.

Pero es posible que se tratara del Presidente adecuado precisamente por eso. A fin de cuentas era lo que se conoce como un «político de raza», un hombre curtido en discusiones, que había tomado posesión de su primer cargo ministerial hacía más de treinta años. De sesenta y dos años y salud robusta. Un hombre repleto de energía, que viajaba por el país, daba discursos, se reunía con el adversario político, discutía y que, a pesar de todo, tenía tiempo para su familia y sus amigos. Lo dice Osvaldo Puccio Huidobro: «Mi padre me contó una vez cómo Allende le preguntó a las diez de la noche lo que iba a hacer. Habían estado ocupados desde las siete de la mañana. Fue un día duro y mi padre dijo: “Me voy a casa a dormir.” Acto seguido, Allende sonrió y dijo: “Ves, Osvaldo, yo ahora todavía voy a salir con mi mujer.” Ese era el motivo por el cual él era el Presidente y mi padre su secretario.»

«He de decir que Salvador cambió tras las elecciones», recuerda Hortensia Bussi de Allende. «No es que el poder lo corrompiera, ni mucho menos. [...] Es cierto que se encontró rodeado por sorpresa de problemas muy serios, toda la responsabilidad descansaba sobre sus hombros y los problemas iban en aumento. Estaba absorbido total y completamente por su actividad. Estaba más tenso, preocupado, y es indudable que perdió la calma y la serenidad de épocas anteriores. Pero no perdió su humor. Salvador seguía reaccionando con rapidez ante una broma, y a él mismo le gustaba gastar bromas. Pero esos momentos de distensión eran cada vez más escasos. Su humor se tornaba cada vez más polémico. Sus respuestas, que antes habían sido con tacto e irónicas, ahora eran ásperas y secas.»

Parecía como si presintiera que le quedaba poco tiempo y que hasta con las palabras tenía que ser parco. Sus juicios eran cada vez más profundos. Yo estaba entusiasmada por ello, pero al mismo tiempo me dolía ese ensimismamiento de la personalidad de Salvador. Estaba convencida de que había crecido como hombre de Estado, pero como



*Pese a que Salvador Allende no fue el esposo más fiel,  
Tencha se llevó bien con él.*



persona había perdido su antigua templanza. Decía cada vez más a menudo: “¡Tiempo! ¡Tiempo! Necesito más tiempo para hacer todo esto.” Era fuerte y enérgico. Creo que en toda su vida no estuvo acatarrado una sola vez. Cuando andaba, a muchos les costaba seguirle el paso, aunque fueran más jóvenes.»

La UP se puso a trabajar rápidamente en los puntos más importantes de su programa: los salarios mínimos aumentaron un 66 por ciento, se mejoró la atención sanitaria, se congelaron los alquileres. Todos los niños menores de quince años recibían gratis en el colegio medio litro de leche diario —la mortalidad infantil descendió más de un veinte por ciento hasta agosto de 1971. Y el partido llevó al Congreso el 11 de julio de 1971 una propuesta que fue aprobada por unanimidad —tanto por la UP como por los cristianodemócratas e incluso por los nacionalistas de derechas. En ella se afirmaba que «el Estado tiene el derecho pleno, exclusivo e inalienable sobre todas las minas de carbón, reservas de guano, arenas minerales, minas de sal, yacimientos de carbón, petróleo y gas natural así como de otros productos del subsuelo.» Hablando en claro, de esta forma se nacionalizaba toda la industria del cobre, hierro, acero y salitre, una cuestión clave para el gobierno de Allende, motivo por el cual se declaró festivo el 11 de julio, el «Día de la Dignidad Nacional».

Salvador Allende explicó el 4 de diciembre de 1972 en un discurso ante la Asamblea General de Naciones Unidas por qué Chile expropiaba sin indemnización a las empresas del cobre. «Hemos nacionalizado las riquezas básicas. Hemos nacionalizado el cobre. Lo hemos hecho por decisión unánime del Parlamento, donde los partidos de gobierno están en minoría. Queremos que todo el mundo lo entienda claramente: no hemos confiscado las empresas extranjeras de la minería del cobre. Eso sí, de acuerdo con disposiciones constitucionales, reparamos una injusticia histórica, al deducir de la indemnización las utilidades por ellas percibidas más allá de un 12% anual, a partir de 1955.» Siguió exponiendo que la tasa de beneficio de algunas empresas había sido superior al 20 por ciento, la de otras superior al 50 por ciento, en algunos casos incluso superior al 100 por ciento, mientras

que las mismas empresas se tenían que contentar en otros países con ganancias del tres o del cinco por ciento. Por ello se había fijado el 12 por ciento como un beneficio razonable. «Estas mismas empresas, que explotaron el cobre chileno durante muchos años, sólo en los últimos cuarenta y dos años se llevaron, en ese lapso, más de cuatro mil millones de dólares de utilidad, en circunstancias que su inversión inicial no subió de treinta millones. Un simple y doloroso ejemplo, un agudo contraste: en mi país hay seiscientos mil niños que jamás podrán gozar de la vida en términos normalmente humanos, porque en sus primeros ocho meses de existencia no recibieron la cantidad elemental de proteínas. Cuatro mil millones de dólares transformarían totalmente a Chile. Sólo parte de esa suma aseguraría proteínas para siempre a todos los niños de mi patria.»

La reforma agraria iniciada por el presidente cristianodemócrata Frei fue seguida por el gobierno de la UP. Durante el primer año de gobierno expropió más de un millón de hectáreas de tierra. Para estar mejor informado sobre el proceso de reforma agraria, el ministro de Agricultura de Jacques Chonchol fue trasladado a Temuco, en el sur del país.

Isabel Allende seguía trabajando para la revista *Paula*, escribía sus columnas, «escribía sobre cosas sin importancia y hacía cosas disparatadas en televisión», como ella misma reconoció, y de esta forma se hizo bastante popular. Su única incursión en el periodismo político finalizó tras un primer y breve intento. Debía preguntar para su revista a Salvador Allende, al Presidente, lo que opinaba sobre la navidad. Para ello Isabel habló con su tío en una de sus visitas a casa de sus padres. Su respuesta fue corta y breve: «No me preguntes huevadas, hija.»

Es por eso que Isabel se volcó con más ímpetu en el teatro que en el periodismo político. Escribió una obra de teatro titulada *El embajador*, su primer trabajo literario. La obra habla de un diplomático en un país latinoamericano no especificado, que es capturado por una guerrilla y que pasa un año con sus secuestradores recluido en un zulo.

Largas conversaciones entre los secuestradores y la víctima hacen que al final ambas partes se entiendan mutuamente y que se aproximen emocionalmente. Isabel mostró la obra terminada a su tía, la actriz Malú Gatica, que se encargó de contactar con un grupo teatral. Que al final la obra fuera un éxito y que recibiera críticas bastante buenas no fue mérito suyo, según reconoció más tarde con sinceridad. A los actores les dio la primera versión de la obra, tras la primera reunión escribió rápidamente una segunda y durante los ensayos mejoró numerosos fallos e incoherencias.

Posteriormente fue el turno de dos trabajos por encargo para representaciones de un estilo más cercano a la comedia y el cabaret. Una de ellas fue estrenada tras el golpe de 1973. En este proyecto Isabel trabajó con el *Ballet de gordas*, un grupo de danza de unas cuantas mujeres obesas. «Lo que me pareció interesante», dijo más tarde en una entrevista, «fue que muchas personas vieron algunas de estas escenas como una crítica de la nueva situación política.»

El gobierno de Allende también tuvo sus críticos. El país estaba dividido en fracciones irreconciliables —los unos apoyaban a la Unidad Popular, los otros odiaban a ese gobierno y hacían todo lo posible para desviarlo de su cauce. La inflación aumentó y el abastecimiento de la población era cada vez peor —algo que los unos interpretaban como un sabotaje y los otros como la demostración de que el socialismo de Allende no podía funcionar.

Es posible que ambas cosas fueran ciertas. El gobierno cometió errores políticos. Creó puestos de trabajo improductivos, aumentó una y otra vez los sueldos, aceleró la inflación y contempló cómo se ocupaban tierras ilegalmente. Hasta intentó dialogar con aquellos que planeaban su caída violenta. El escritor chileno Antonio Skármeta, que se exilió en Alemania tras el golpe y fue embajador de Chile en Berlín, escribió en 1980 en una colaboración para una radio: «Si se puede calificar de utópico el proceso político que desencadenó la Unidad Popular, es porque no sólo profundizó en la democracia, sino que la llevó al extremo. Porque no sólo tuvo lugar una redistribución de la riqueza na-

cional a costa de los ricos y de los monopolios, no sólo se nacionalizaron el cobre, las riquezas básicas y los bancos, sino que al mismo tiempo se llevaron a la práctica los derechos humanos y las libertades individuales de una forma que nunca se había hecho en la historia del país. En la práctica esto significaba un debilitamiento, por no decir un “abuso” del aparato represivo del gobierno. No existe ningún régimen que tenga estabilidad como poder sin recurrir a un cierto nivel de represión: en las democracias occidentales se usa, cuando menos, para castigar actuaciones que han sido declaradas como acto punible por parte de la sociedad. Por contra, parecía que la intención de Allende y de la gran mayoría de su partido era castigar mediante una praxis democrática lo más expansiva posible los cuentos y mentiras que los reaccionarios habían inculcado a la clase media en los cuales los marxistas eran unos tiranos monstruosos e “invasores”. Existía tal grado de libertad, que el terrorismo de derechas que preparaba el golpe parecía quedar prácticamente impune vista su dimensión.»

Mientras que las amas de casa de las clases media y superior golpeaban sus cacerolas en las manifestaciones para denunciar el deficiente abastecimiento —una protesta que fue ridiculizada a menudo en canciones burlescas, ya que la clase superior tenía poco de lo que quejarse—, se daban otras formas de protesta más preocupantes, como es el caso de los atentados terroristas a cargo del grupo Patria y Libertad. De pronto pudieron encontrarse en Santiago pintadas en las fachadas y los muros que no eran de apoyo a la Unidad Popular. En ellas sólo aparecían tres amenazantes palabras: *Djakarta ya viene* —un recuerdo del golpe militar de 1965 en Indonesia, durante el cual murieron unos trescientos mil miembros del Partido Comunista.

El cantante Víctor Jara describió la situación política en Chile en su canción *Vientos del pueblo*:

De nuevo quieren manchar  
mi tierra con sangre obrera,  
los que hablan de libertad  
y tienen las manos negras,  
los que quieren dividir

a la madre de sus hijos  
y quieren reconstruir  
la cruz que arrastra Cristo.

Quieren ocultar la infamia  
que legaron desde siglos  
pero el color de asesinos  
no borrarán de su cara.  
Ya fueron miles y miles  
los que entregaron su sangre  
y en caudales generosos  
multiplicaron sus panes.

Ahora quiero vivir  
junto a mi hijo y mi hermano  
la primavera que todos  
vamos construyendo a diario.  
No me asusta la amenaza,  
patrones de la miseria,  
la estrella de la esperanza  
continuará siendo nuestra.

Vientos del pueblo me llaman,  
vientos del pueblo me llevan,  
me esparcen el corazón  
y me avientan la garganta.  
Así cantará el poeta  
mientras el alma me suene  
por los caminos del pueblo  
desde ahora y para siempre.

Los desórdenes, huelgas y actos de sabotaje contra el gobierno electo recibieron apoyo desde el extranjero. Hoy está demostrado que la CIA, el servicio secreto americano, jugó una parte activa en la preparación del golpe y la desestabilización del gobierno de Allende. Henry Kissinger, en aquel tiempo consejero de seguridad del Presidente americano Richard Nixon, había dicho antes de que Allende fuera elegido: «No sé por qué tenemos que estar aquí parados viendo cómo el país se hace comunista únicamente por culpa de la falta de responsabilidad de su propia población.» Y John McCone, antiguo director de la CIA,

que entonces todavía era consejero del servicio secreto y uno de los directores del conglomerado Internacional Telephone and Telegraph (ITT), se reunió con el jefe de la CIA Richard Helms antes de las elecciones. El 15 de septiembre de 1970, once días después de las elecciones pero mes y medio antes de la toma de posesión de Allende, se produjo finalmente una reunión en la Casa Blanca. Los participantes fueron el presidente Nixon, su consejero de seguridad Kissinger, el director de la CIA Helms y el fiscal general de Estados Unidos John Mitchell. Las notas que tomó Helms eran claras:

Es una oportunidad de 1:10, ¡pero salvad Chile!  
Vale la pena gastar dinero  
Sin preocupación por los riesgos  
Sin involucrar a la embajada  
10.000.000 de dólares disponibles, más si hace falta  
Trabajo a tiempo completo —para los mejores hombres que tengamos  
Plan de combate  
Apretar la economía hasta que grite  
48 horas para el plan de acción

El Comité de Inteligencia del Senado, un comité del Senado estadounidense, que publicó estas notas en una delicada investigación sobre las implicaciones de la CIA en el golpe de 1973, llegó a la siguiente conclusión: «El presidente Nixon informó al director de la CIA Richard Helms de que un gobierno de Allende en Chile no era aceptable para Estados Unidos, y ordenó jugar a la CIA un papel directo en la preparación de un golpe de estado militar en Chile para evitar la toma del poder por parte de Allende.»

Como ya se ha visto, la CIA falló en primera instancia, lo que no supuso que el servicio secreto estadounidense cesara en su actividad. «Apretar la economía hasta que grite» —esto lo logró el gobierno estadounidense. Hizo valer sus influencias para que Chile no recibiera más créditos del Banco Mundial y del Banco Interamericano de Desarrollo ni de los grandes bancos internacionales. Apoyó las quejas de las grandes empresas del cobre contra el gobierno chileno, lo que provocó que el cobre chileno ya no fuera tan demandado y que en algunos

puertos internacionales se confiscaran cargamentos de cobre de Chile. Financió a los grupos opositores en el país, a periódicos y revistas, y también a los camioneros y a los pequeños empresarios, cuyas huelgas hicieron que los problemas de abastecimiento en Chile fueran cada vez mayores.

A pesar de ello, la Unidad Popular no perdió apoyo durante todo su tiempo en el gobierno. Reunió con regularidad a cientos de miles de personas en las calles durante las manifestaciones y en las elecciones alcanzó a menudo un resultado mejor de lo esperado.

Con razón podía plantarse Allende afirmar que no iba a dimitir. Durante la despedida de Fidel Castro —el Presidente cubano estuvo en Chile de visita durante tres meses a finales de 1971— dijo: «Yo les digo a ustedes, compañeros, compañeros de tantos años, se lo digo con calma, con absoluta tranquilidad: yo no tengo pasta de apóstol ni tengo pasta de Mesías, no tengo condiciones de mártir, soy un luchador social que cumple una tarea, la tarea que el pueblo me ha dado; pero que lo entiendan aquellos que quieren retrotraer la historia y desconocer a la voluntad mayoritaria de Chile: sin tener carne de mártir, no daré un paso atrás; que lo sepan: dejaré La Moneda cuando cumpla el mandato que el pueblo me diera.

Han de saberlo, han de escucharlo y comprenderlo: defenderé esta revolución chilena y defenderé el gobierno popular porque es el mandato que el pueblo me ha entregado. No tengo otra alternativa. Sólo acribillándome a balazos podrán impedir mi voluntad, que es hacer cumplir el programa del pueblo.»

«Era muy consciente de su papel», dice en una entrevista la escritora Isabel Allende. «Sabía que era el primer Presidente socialista que había sido elegido en elecciones realmente democráticas. Sabía que no tenía la mayoría. Sabía que tenía en su contra al poder económico del país y que Estados Unidos iba a sabotear todo lo que intentara. No tenía miedo, y de tenerlo, al menos nunca lo demostraba.»

Mientras tanto Salvador Allende se había mudado. De la Guardia Vieja a la avenida Tomás Moro, y no porque ahora se hallase más cercano a las utopías, tal como afirmaban algunos observado-

res, sino porque sabía que, a pesar de la citada ausencia de miedo, su seguridad en Guardia Vieja ya no estaba garantizada. Su casa en la avenida Tomás Moro quedaba bien protegida detrás de unos altos muros, no era visible desde el exterior y en la parcela había además unas pequeñas cabañas en las que vivían los guardaespaldas de Allende.

Isabel Allende recuerda en su libro *Paula* un encontronazo con estos guardaespaldas. Allende quería enseñarles a disparar a su padrastro y a ella. «Yo [...] agarré el fusil como si fuera un paraguas, lo moví torpemente y sin fijarme lo apunté a su cabeza, de inmediato se materializó en el aire uno de esos guardias, me saltó encima y rodamos por el suelo.»

Por entonces ella era ya una conocida periodista, y en el invierno de 1973 el poeta Pablo Neruda la invitó a visitarlo en su casa de Isla Negra, al sur de Valparaíso. Ahí vivía, entrado en años, famoso —dos años antes había recibido el premio Nobel de literatura—, pero, por desgracia, enfermo, y dictaba sus memorias. Hacía unos meses que había abandonado su puesto de embajador en París. Como muchos gobiernos con anterioridad, la Unidad Popular envió también a artistas como diplomáticos a otros países, el escritor Manuel Rojas fue nombrado así poco antes de muerte embajador en Bulgaria.

Isabel y el poeta hablaron largo y tendido sobre Chile y de política. Cuando quiso comenzar la entrevista, la miro sorprendido y se río. «¿Pero qué entrevista?»

«Bueno, por eso he venido, ¿no?»

«¿Conmigo? ¡Jamás permitiré que se me someta a semejante tortura!», dijo sonriendo. «Usted debe ser la peor periodista de este país, hija mía. Es incapaz de ser objetiva, se pone a sí misma siempre en el epicentro y sospecho que miente bastante, y cuando no tiene novedades, las inventa. ¿Por qué no se dedica mejor a escribir novelas? En la literatura estas carencias son auténticas virtudes.»

Pero aún iban a pasar más de ocho años hasta que Isabel se pusiera a trabajar en su primer manuscrito de una novela.

Chile parecía a finales de 1972 y comienzos de 1973 un país al borde de una guerra civil. Los terroristas de derechas sabotaban cualquier abastecimiento, quemaban cosechas, mataban ganado y paralizaban la infraestructura con huelgas sistemáticas. Salvador Allende sufrió un amago de ataque al corazón, que sin embargo fue silenciado para no animar a nadie a intentar dar un golpe de estado. Isabel Allende describe en *Paula* el aspecto de Santiago: «Por las noches Santiago tenía el aspecto de una ciudad devastada por un cataclismo, las calles permanecían oscuras y casi vacías porque pocos se atrevían a circular a pie, la locomoción colectiva funcionaba a medias por las huelgas y la gasolina estaba racionada. En el centro ardían fogatas de los *compañeros*, como se llamaban los partidarios del Gobierno, que durante la noche custodiaban edificios y calles. Brigadas de jóvenes comunistas pintaban murales panfletarios en los muros y grupos de extrema derecha circulaban en automóviles de vidrios oscuros disparando a ciegas.»

Los rivales de Allende no lograron su objetivo en las elecciones parlamentarias de marzo de 1973: una mayoría de dos tercios, que hubiera permitido poner en marcha un proceso de destitución de su cargo en contra el Presidente. Al contrario: por primera vez en la historia de Chile, el partido del Presidente había aumentado los votos en las elecciones a mitad de su mandato. De esta forma no existía ninguna posibilidad de derrocar al gobierno por la vía parlamentaria. Entretanto, Allende había intentado una y otra vez iniciar conversaciones con los cristianodemócratas para ampliar la base de su gobierno. Sin éxito, porque a lo largo de los años se habían producido muchas rencillas entre ambos partidos.

Antonio Skármeta habla de una oportunidad perdida: «En 1971 hubo elecciones por el fallecimiento de un diputado centrista de la Democracia Cristiana. Allende era partidario de no presentar ningún candidato propio en estas elecciones, sino de respetar el derecho de los cristianodemócratas al escaño del difunto y apoyarlo en la votación. Pero con ese comportamiento, las fuerzas del centro se habrían visto enfrentadas a las de la derecha. La mayoría de las fuerzas que apoyaban a Allende consiguieron que la izquierda presentara un candidato

propio, sabiendo con certeza que una decisión así provocaría que las fuerzas de centro se aliaran con las reaccionarias. “Vamos a ganar, Presidente, confíe en ello”, decían los que querían presentar un candidato de izquierdas. Allende, que pensaba en todo el país más allá de la izquierda, respondió: “Ganemos o perdamos, estas elecciones las hemos perdido ya.” Lo que demuestra que discernía con una ejemplar visión a largo plazo el peligro que surgiría de una alianza consolidada entre la derecha fascista y el centro.»

El análisis de Skármeta puede que sea correcto a posteriori, pero en ese preciso momento muchos de los consejeros de Allende pensaban de otra forma. También sus hijas. Su mujer Tencha recordaba más tarde: «Estaba muy unido a sus hijas, inusualmente mucho. Las quería, y como político estaba especialmente entusiasmado con ellas. Lógicamente había de vez en cuando alguna discusión entre ellos. [...] En opinión de nuestras hijas, todo lo que se hizo debió haberse hecho de forma más decidida, más rápida y más radical. Así, nuestras hijas no aprobaban, por ejemplo, la ampliación de la plataforma política. Decían que era una pérdida de tiempo, que las reformas tenían que llevarse a cabo y ya está. Debían realizarse sin demora.»

Sobre todo Tati opinaba así —ella tenía las mejores relaciones con la izquierda radical, en especial con el MIR, en el que estaba activo su primo Andrés Pascal Allende. El MIR había sido rescatado de la ilegalidad por una amnistía a comienzos de la legislatura de Allende. La línea de la organización estaba clara: avanzar sin compromisos, había que lograr de inmediato el auténtico poder del pueblo y también armar al pueblo, para que en caso de un golpe se pudiera enfrentar al ejército. No se dieron cuenta de que un procedimiento de ese tipo no hubiera estado legitimado democráticamente: la sociedad chilena estaba dividida, y la Unidad Popular era, al comienzo de su legislatura, un gobierno en minoría, que tan solo tenía a poco más de un tercio de los chilenos tras de sí.

Sin embargo, Salvador Allende lo sabía. «El Presidente es una persona muy dubitativa», escribió el periódico francés *Le Monde*, «pero en última instancia lo decide todo. Aunque la lucha se haya enconado,

sigue siendo respetado por sus rivales. Sus amigos valoran en él que sepa combinar la paciencia con un estricto ejercicio del poder. Tanto es así que es probable que nunca un Presidente chileno haya hecho un uso semejante de sus prerrogativas de poder como este —a pesar de su aspecto bondadoso— socialista, que aunque aboga por una limitación de los poderes extraordinarios del jefe del Estado, sabe aprovechar a la vez con gran habilidad la tendencia de los chilenos a una forma presidencial de gobierno.»

Durante el invierno de 1973 la situación se encrespó cada vez más: el 29 de junio se produjo un primer levantamiento del ejército, que fue reprimido. Constantemente circulaban rumores sobre un golpe, se estaba esperando literalmente la actuación del ejército. «Durante todo el mes que precedió al golpe de estado del 11 de septiembre estuvimos constantemente en guardia», dijo Tati Allende. «No había un solo día sin rumores sobre golpes militares y preparativos para un cambio de régimen.» Osvaldo Puccio Huidobro llegó a afirmar: «Hasta deseábamos el golpe. No aguantábamos la presión y creíamos, dentro de nuestra ingenuidad sin límites, que todo transcurriría como sucedió en España en 1936 —un levantamiento del ejército, después la guerra civil. Lo que pasa es que creíamos que esta vez ganarían los buenos, o sea, nosotros.»

El comandante en jefe seguía siendo el general Carlos Prats, un demostrado constitucionalista y seguidor de la doctrina Schneider. Pero el círculo se iba cerrando lentamente. Prats se convirtió cada vez más en el blanco de las manifestaciones y sus generales le instaban a dimitir, porque ya no confiaban en sus órdenes. «Todos sabían lo que iba a ocurrir, como en una tragedia griega clásica. Todos dicen que no quieren que ocurra y todos saben exactamente lo que hace falta para desencadenar la catástrofe», le dijo el liberal de izquierdas de la Democracia Cristiana Radomiro Tomic al general Prats en agosto de 1973. Los cristianodemócratas, mientras tanto, opinaban en su mayoría que únicamente una intervención del ejército podía devolver la calma y el orden a Chile. También la mayoría de los periódicos y las revistas solicitaban, con gran despliegue tipográfico, la intervención del ejército.



*Salvador Allende estaba seguro de la lealtad de Augusto Pinochet cuando el 21 de agosto lo nombró Comandante en Jefe del Ejército chileno.*

El general presentó su dimisión el 21 de agosto. Al mismo tiempo propuso a su sucesor, un hombre que creía que sería leal al gobierno: el general Augusto Pinochet. «Salvador Allende tenía siempre mucha confianza en sus colaboradores», recuerda Ramón Huidobro. «Por eso aceptó de inmediato cuando el general Prats le propuso a Pinochet como comandante en jefe. Eso le costó la vida.»

El presidente Salvador Allende, confiado en el apoyo de la población, se reunió el 7 de septiembre con algunos generales, entre ellos Augusto Pinochet, y propuso llevar a cabo en las próximas semanas una consulta popular sobre el futuro de su gobierno. También dijo la fecha en la que quería hacer público su propósito: el 11 de septiembre de 1973.

## 7. El golpe

El 9 de septiembre de 1973, el domingo anterior al golpe, puede reconstruirse con facilidad: Allende comió al mediodía con su hermana Laura, que como él era miembro del Partido Socialista y diputada en el Parlamento. Pero no hablaron de política, como mucho de que Andrés, el hijo de Laura, había vuelto a pasar a la clandestinidad y que no había ningún tipo de noticias de él. Es posible que los dos hermanos hablaran de asuntos personales, porque Laura hacía poco tiempo que había sido dada de alta del hospital. Tenía cáncer, y su última operación no había sido la primera. Y también en esta ocasión los diagnósticos eran todo menos que alentadores.

La tarde estuvo repleta de trabajo, y por la noche Allende se reunió con viejos amigos. «De repente estaba toda la pandilla reunida —todos los viejos amigos que se conocían de la campaña electoral de 1952», recuerda Osvaldo Puccio Huidobro. «Era casi como si todos hubieran tenido una premonición. Se reunieron en la cabaña de mi padre en las afueras de la ciudad, los viejos amigotes, algunos hacía tiempo que ya no tenían un puesto en el gobierno. El ambiente era sorprendentemente distendido, fue como una gran fiesta de despedida. Esto no se dijo, pero fue muy alegre y jugaron hasta muy tarde a la rayuela. Si fuese a rodar una película sobre los prolegómenos del golpe, en todo caso incluiría esa noche.»

El 10 de septiembre no se puede reproducir con tanta exactitud. El 11 de septiembre, «el día del golpe militar amaneció con un sol radiante, poco usual en la tímida primavera que despuntaba». Así comienza el capítulo 13 del libro de Isabel Allende *La casa de los espíri-*

*tus*, la novela que originó su fama mundial. Ese día, el último de su vida, a Salvador Allende lo despertaron por teléfono a las 6.20 y recibió la noticia de que en Valparaíso se había alzado la flota y que exigía su dimisión. Intentó llamar de inmediato al general Pinochet y a los otros mandos superiores de las fuerzas armadas —pero no pudo contactar con nadie, ni en sus teléfonos oficiales ni privados.

Informó a la mayoría de los miembros del gabinete y a algunos amigos y se desplazó a la Moneda, donde llegó sobre las 7.20 horas. Desde ahí intentó llamar al ministro de Defensa Orlando Letelier. Este tampoco respondió —ya había sido capturado por los golpistas. Allende, que ya podía estar seguro de que éste era el golpe que todos habían estado esperando desde hacía tiempo, dio una breve alocución radiofónica en la que anunció que no iba a dimitir. Los golpistas hablaron por primera vez a las 7.50 horas. Se dirigieron directamente a la población a través de la emisora Radio Agricultura. En un comunicado preparado se decía:

«Teniendo presente:

Primero: la gravísima crisis económica, social y moral que está destruyendo el país. Segundo: la incapacidad del gobierno para adoptar las medidas que permitan detener el proceso y desarrollo del caos.

Tercero: el constante incremento de los grupos armados paramilitares, organizados y entrenados por los partidos políticos de la Unidad Popular, que llevarán al pueblo de Chile a una inevitable guerra civil; las Fuerzas Armadas y Carabineros de Chile declaran:

Primero: que el Señor Presidente de la República debe proceder a la inmediata entrega de su alto cargo a las Fuerzas Armadas y Carabineros de Chile.

Segundo: que las Fuerzas Armadas y el cuerpo de Carabineros de Chile están unidos para iniciar la histórica y responsable misión de luchar por la liberación de la patria del yugo marxista y la restauración del orden y la institucionalidad.

Tercero: los trabajadores de Chile pueden tener la seguridad que las conquistas económicas y sociales que han alcanzado hasta la fecha, no sufrirán modificaciones en lo fundamental.

Cuarto: la prensa radiodifusora y canales de televisión adictos a la Unidad Popular deben suspender sus actividades informativas a partir de este instante. De lo contrario, recibirán castigo aéreo y terrestre.

Quinto: el pueblo de Santiago debe permanecer en sus casas, a fin de evitar víctimas inocentes.»

Firmaban el general Augusto Pinochet, el almirante José Toribio Merino, el general Gustavo Leigh y el general César Mendoza. Los tres primeros golpistas fueron durante mucho tiempo agregados militares y de la Marina en Washington y Londres.

En la Moneda se habían reunido mientras tanto unas cincuenta personas. Salvador Allende, sus hijas Isabel y Tati, la última en el octavo mes de gestación, además de algunos ministros de su gabinete, su médico Arturo Jirón, su secretario Osvaldo Puccio, el hijo de éste, Miria Contreras, y miembros de su guardia personal GAP y diecisiete policías de la escolta oficial del Presidente del Estado.

Allende recibió a las 8.15 la primera llamada de los golpistas. El general Baza exigía que dimitiera, había un avión preparado para sacarlo del país, a donde quisiera. Allende lo rechazó indignado, era el presidente legal de Chile y no abandonaría nunca el palacio presidencial. Los golpistas contestaron a través de la radio: exigieron de nuevo la dimisión de Allende, en caso contrario bombardearían la Moneda con el Ejército del Aire. Pero de momento reinaba la calma — sólo que cada vez más tanques y vehículos con tropas pasaban por delante del edificio gubernamental. Allende aparentaba serenidad y tranquilidad, aunque ya sabía que esa tentativa golpista tendría éxito. Es posible que ya hubiera esperado ese día —todo sucedía como en su imaginación, ahora sólo tenía que actuar como se lo había propuesto.

A las 9.40 Allende reunió a todos los que se habían quedado con él en el palacio. Invitó a todas las mujeres a abandonar la Moneda —sus hijas y su amante se negaron. Entonces llamó a casa en la avenida Tomás Moro. Tencha debía dirigirse de inmediato a la embajada mexicana. La llamada se produjo justo a tiempo — poco después de que abandonara la residencia, ésta fue atacada por bombarderos. Sal



vador Allende se ocupó casi obsesivamente por la seguridad de su mujer durante todo el tiempo que permaneció en la Moneda —esto lo afirmaron posteriormente algunos testigos. Carlos Jorquera, uno de los amigos más íntimos de Allende y que estuvo en el palacio presidencial hasta el final, afirma: «Allende me dijo que amaba más y más a Tencha y que sus sentimientos hacia sus hijas y nietos eran aún más fuertes.»

Allende dio su último discurso por teléfono. La emisora comunista Magallanes era la única que todavía estaba en funcionamiento, todas las demás ya habían sido silenciadas. Allende habló clara y comprensiblemente y muy sereno —sus palabras se podían oír bien, a pesar de que la calidad de la emisión era más que miserable. Habló sin interrupciones, a pesar de que la alocución fue completamente improvisada. Es posible que durante los últimos años hubiera imaginado a menudo esta situación y por ello sabía exactamente lo que decir:

«¡Compatriotas!

Seguramente, ésta será la última oportunidad en que pueda dirigirme a ustedes.

[...]

Quiero agradecerles la lealtad que siempre tuvieron, la confianza que depositaron en un hombre que sólo fue intérprete de grandes anhelos de justicia que empeñó su palabra en que respetaría la Constitución y la Ley, y así lo hizo.

[...]

Tengo fe en Chile y su destino. Superarán otros hombres el momento gris y amargo, donde la traición pretende imponerse. Sigán ustedes sabiendo que, mucho más temprano que tarde, se abrirán las grandes alamedas por donde pase el hombre libre, para construir una sociedad mejor.

¡Viva Chile, viva el pueblo, vivan los trabajadores! Éstas son mis últimas palabras, teniendo la certeza de que el sacrificio no será en vano. Tengo la certeza de que, por lo menos, habrá una sanción moral que castigará la felonía, la cobardía y la traición.»



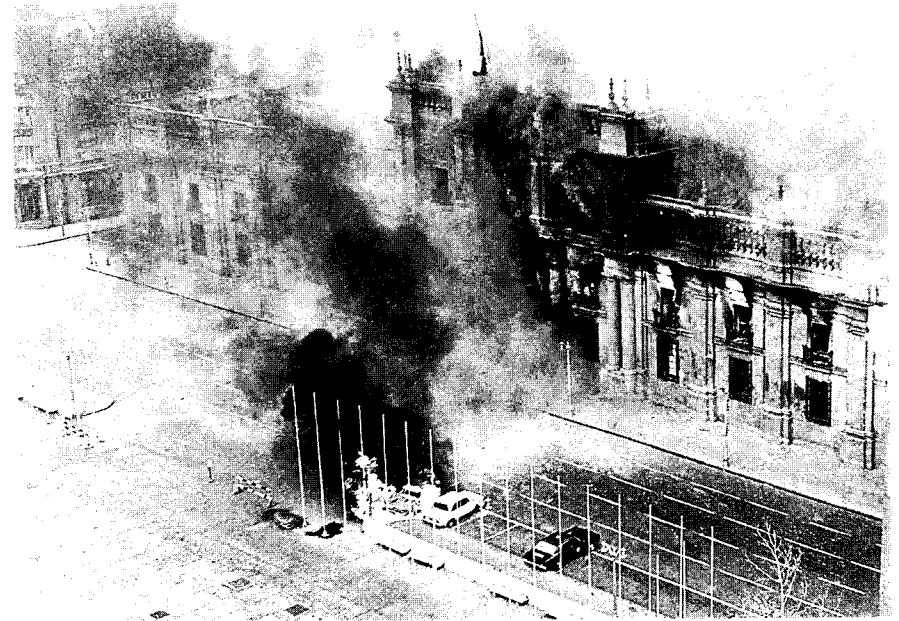
*«El último día de Allende.» El Presidente del Estado armado y sus guardaespaldas buscan un lugar adecuado para la defensa en el palacio presidencial La Moneda.*

Allende llevó durante su discurso un casco de acero en la cabeza —así lo escribió más tarde su secretario Osvaldo Puccio— y una metrallera bajo el brazo —un fusil que le había regalado Fidel Castro. Así aparece también en las últimas fotografías: rodeado de guardaespaldas armados, un casco de acero sobre la cabeza que parece que le resbala por la frente y que es sostenido por las gafas, un fusil bajo el brazo. Lleva, como siempre, una americana, esta vez con un jersey estampado por debajo. Hacía fresco en Santiago esa mañana de primavera, a pesar del sol radiante.

Disparos de ametralladoras y de lanzagranadas impactaron en la Moneda. Una nueva llamada de los golpistas: si Allende no se rinde hasta las once, bombardearían la sede del gobierno desde el aire. Allende rechazó esa orden, pero solicitó un alto el fuego de diez minutos. Entonces ordenó a sus hijas que abandonaran la Moneda: las mu

jeros salieron rápidamente por una salida lateral acompañadas por algunos colaboradores y consiguieron ponerse a buen recaudo pasando inadvertidas para la guardia. Entonces preguntó a los policías dispuestos por el Estado para su seguridad si no querían irse también. Juan Seone, uno de los policías, relata: «Nos dio las gracias por el trabajo que le habíamos prestado. Nos liberaba oficialmente de su servicio, podíamos irnos, era nuestra decisión personal. Los diecisiete policías nos quedamos; pero todos teníamos bastante miedo. La defensa de la Moneda no era una batalla heroica, como muchas veces ha sido descrita. No creo en la heroicidad —con una pistola y un puñado de metralletas no se consigue gran cosa contra tanques y aviones. Pero quedarse fue, en cierta manera, un acto de honor y orgullo.» Seone fue capturado tras el golpe, al igual que todos aquellos policías, pero poco después fue puesto de nuevo en libertad. Abandonó el país en 1974 y regresó de nuevo a Chile en 1982. Arturo Jirón, amigo y médico de Allende, lo recuerda así: «La mayoría de nosotros ni siquiera sabíamos cómo se sostenía un arma. Teníamos un miedo espantoso, pero nos quedamos por principios.»

A las once comenzó el bombardeo de la Moneda. «La primera bomba impactó en el techo de cristal del patio interior de la sede de la Presidencia. El segundo y tercer artefactos cayeron, según parece, en la secretaría general del Gobierno y en las oficinas del Presidente de la República. El siguiente impacto tuvo lugar a veinticinco metros de distancia de nosotros y destrozó el Salón Rojo y el Salón Toesca. Justo después de las bombas explosivas debieron de lanzar bombas incendiarias, porque enseguida se produjo un gran incendio en el centro de la Moneda.» Hasta aquí Osvaldo Puccio en sus memorias. El periodista americano Steven Yolen, que se encontraba en Santiago para la agencia de noticias UPI, describió así los acontecimientos: «Acabo de pasar las seis horas más largas de mi vida. A veces he pensado que iban ser las últimas. Este reportaje lo escribo tumbado bocabajo debajo de una mesa. La lluvia de balazos fue por momentos tan espesa que la oficina quedó inundada por una espesa nube de humo, de forma que no podíamos ver de un lado al otro. Pero eso no fue nada en compara-



*Hacia el mediodía del 11 de septiembre de 1973, los golpistas rodean con tanques el palacio gubernamental La Moneda y lo someten a bombardeos con proyectiles desde el aire.*

ción con el bombardeo del palacio presidencial, que se encuentra a unos cientos de metros de nuestra oficina. Cazabombarderos de la Fuerza Aérea volaron directamente por encima de los tejados y lanzaron al menos veinticuatro pesadas bombas explosivas. Cada vez que uno de nosotros trataba de echar un vistazo hacia fuera, recibía disparos de los soldados. El suelo de la oficina está cubierto de cristales rotos, cascotes de pared y cientos de proyectiles.»

Sobre las 13.30 comenzó el último ataque del ejército sobre la Moneda. La infantería asaltó el edificio. Disparos, murieron atacantes y defensores. Allende se retiró con un pequeño grupo al Salón Independencia. Más disparos, más muertos, fueron evacuados algunos defensores. Un nuevo requerimiento para entregarse. Allende pidió a los últimos amigos que estaban con él que le dejaran. «El Presidente», según

Miria Contreras, «nos reunió en el pasillo. Dijo que debíamos bajar tranquilamente y dejar ahí todas las armas, cascos y máscaras de gas. Él se quedaría con algunos miembros de la GAP.» Fueron evacuados. A las 14.20, los soldados asaltaron el Salón Independencia disparando sin control. Allende estaba sentado en una butaca. Estaba muerto.

## Sobre Salvador Allende

«En un momento afortunado llegó la noticia: Allende surgía como candidato posible de la entera Unidad Popular. [...] Conocía al candidato. [...] La resistencia de Allende dejaba atrás a la de todos sus acompañantes. Tenía un arte digno del mismísimo Churchill: se dormía cuando le daba la gana. A veces íbamos por las infinitas tierras áridas del norte de Chile. Allende dormía profundamente en los rincones del automóvil. De pronto surgía un pequeño punto rojo en el camino: al acercarnos se convertía en un grupo de quince o veinte hombres con sus mujeres, sus niños y sus banderas. Se detenía el coche. Allende se restregaba los ojos para enfrentarse al sol vertical y el pequeño grupo que cantaba. Se les unía y entonaba con ellos el himno nacional. Después les hablaba, vivo, rápido y elocuente. Regresaba al coche y continuábamos recorriendo los larguísimos caminos de Chile. Allende volvía a sumergirse en el sueño sin el menor esfuerzo. Cada veinticinco minutos se repetía la escena: grupo, banderas, canto, discurso y regreso al sueño.

Enfrentándose a inmensas manifestaciones de miles y miles de chilenos; cambiando de automóvil a tren, de tren a avión, de avión a barco, de barco a caballo; Allende cumplió sin vacilar las jornadas de aquellos meses agotadores. Atrás se quedaban fatigados casi todos los miembros de su comitiva. Más tarde, ya presidente hecho y derecho de Chile, su implacable eficiencia causó entre sus colaboradores cuatro o cinco infartos.»

Pablo Neruda en *Confieso que he vivido*

«¿Quién era Salvador Allende? No lo sé y será pretencioso de mi parte intentar descubrirlo, se requieren muchos volúmenes para dar una idea de su compleja personalidad, su difícil gestión y el papel que ocupa en la historia. Por años lo consideré un tío más en una familia numerosa, único representante de mi padre; fue después de su muerte, al salir de Chile, cuando comprendí su dimensión legendaria. En privado fue buen amigo de sus amigos, leal hasta la impru-

dencia, no podía concebir una traición y le costó mucho darse cuenta cuando fue traicionado. Recuerdo la rapidez de sus respuestas y su sentido del humor. Había sido derrotado en un par de campañas y era todavía joven cuando una periodista le preguntó qué le gustaría ver en su epitafio y él replicó al instante: *Aquí yace el futuro presidente de Chile*. Me parece que sus rasgos más notorios fueron integridad, intuición, valentía y carisma; seguía sus corazonadas, que rara vez le fallaban, no retrocedía ante el riesgo y era capaz de seducir tanto a las masas como a los individuos. Se comentaba que podía manipular cualquier situación a su favor, por eso el día del golpe militar los generales no se atrevieron a enfrentarlo en persona y prefirieron comunicarse con él por teléfono y a través de mensajes. Asumió el cargo de Presidente con tal dignidad que parecía arrogante, tenía gestos ampulosos de tribuno y una manera de caminar característica, muy erguido, sacando pecho y casi en la punta de los pies, como un gallo de pelea. Descansaba muy poco por la noche, sólo tres o cuatro horas, solía ver el amanecer leyendo o jugando al ajedrez con sus más fieles amigos, pero podía dormir durante pocos minutos, por lo general en el automóvil, y despertaba fresco. Era un hombre refinado, amante de perros de raza, objetos de arte, ropa elegante y mujeres fuertes. Cuidaba mucho su salud, era prudente con la comida y el alcohol. Sus enemigos lo acusaban de rajadiablo y llevaban minuciosa cuenta de sus gustos burgueses, amoríos, chaquetas de gamuza y corbatas de seda.»

Isabel Allende en *Paula*

«Al contrario de tantos políticos que sólo han sido vistos en la prensa o en la televisión, o escuchados por la radio, Allende hacía política dentro de las casas, de casa en casa, en contacto directo y cálido con la gente, como lo que era en realidad: un médico de familia. Su comprensión del ser humano unido a un instinto casi animal del oficio político llegaba a suscitar sentimientos contradictorios nada fáciles de resolver. Siendo ya presidente, un hombre desfiló frente a él en una manifestación llevando una pancarta insólita: “Este es un go-

bierno de mierda, pero es mi gobierno”; Allende se levantó, lo aplaudió, y descendió para estrecharle la mano.

En nuestro largo recorrido del país no encontramos un lugar donde no hubiera un rastro suyo. Siempre había alguien a quien le había estrechado la mano, alguien a quien le había apadrinado un hijo, alguien a quien le había curado una tos pernicioso con una infusión de hojas de su patio, o le había conseguido un empleo, o le había ganado una partida de ajedrez. Cualquier cosa que él hubiera tocado se conserva como una reliquia. Donde menos lo esperábamos nos señalaban una silla mejor conservada que las otras: “Ahí se sentó una vez”. O nos mostraban cualquier chuchería artesanal: “Nos la regaló él”. Una muchacha de diecinueve años, que ya tenía un hijo y estaba embarazada otra vez, nos dijo: “Yo siempre le enseño a mi hijo quién fue el presidente, aunque apenas lo conocía, porque yo tenía sólo nueve años cuando se fue”. Le preguntamos qué recuerdos conservaba de él, y dijo: “Yo estaba con mi padre, y vi que hablaba en un balcón agitando un pañuelo blanco”.

En una casa donde había una imagen de la Virgen del Carmen, le preguntamos a la dueña si había sido allendista, y nos contestó: “No lo fui: lo soy”. Entonces quitó el cuadro de la Virgen, y detrás había un retrato de Allende.»

Gabriel García Márquez en  
*Aventura de Miguel Littín. Clandestino en Chile*

## 8. El mito y las víctimas

**D**urante muchos años se discutió si Allende se suicidó o si fue fusilado por los soldados. A muchos chilenos les daba igual: un hombre rodeado de gente armada y que se mata a sí mismo, ¿es realmente un suicida? Les preocupaba más que los generales hubieran matado la democracia chilena.

«La democracia debe bañarse en sangre de vez en cuando para que pueda persistir.» Así habló el general golpista Augusto Pinochet tras el golpe de estado. Los militares hablaron después de la muerte de Allende de suicidio; esto era casi un argumento más para pensar que lo habían matado. Se habló de la heroica resistencia en la Moneda, Allende casi parecía un héroe de leyenda, un Roldán moderno que había luchado en pie hasta el final contra los traidores. Fidel Castro dio un discurso el 28 de septiembre de 1973 en el que dijo: «El Presidente, junto a algunos de sus camaradas [...], se ha hecho fuerte. Hasta que llega a un lugar por el que avanzan los fascistas, recibe un disparo en el vientre que le produce tal dolor que hace que se caiga hacia delante, pero no deja de pelear. Apoyado en un sillón sigue disparando a los fascistas, que se encuentran a pocos metros, hasta que un segundo disparo en el tronco lo derriba, y ya moribundo, es acribillado a balazos.»

Es posible que así mueran los héroes de las leyendas medievales o de los himnos revolucionarios modernos, pero Allende no murió así: se suicidó —en Chile casi nadie lo cuestiona hoy día. Arturo Jirón, amigo y uno de los médicos personales de Allende, que estuvo hasta el último momento con él en la Moneda y a quien Isabel Allende debe

la descripción del golpe en *La casa de los espíritus* (el personaje del médico Jaime está inspirado en él), lo dice claramente: «Sí, fue un suicidio.» Para él no se puede poner en duda si Allende fue un héroe. Lo fue. Eso no se mide en base a si se mató a sí mismo o si fue asesinado, lo decisivo fue que había rechazado abandonar la Moneda y coger el avión hacia el exilio (al parecer había incluso un plan para derribar el avión de Allende). Fue consecuente con sus convicciones.

Oswaldo Puccio Huidobro, compañero en la batalla de la Moneda, más tarde exiliado en Alemania y que hoy tiene un cargo en el Partido Socialista, desvela los motivos por los que entonces se negaba taxativamente toda idea de suicidio: «Había una confusión considerable. En una de las primeras entrevistas en México, Tencha todavía había hablado de suicidio, pero poco más tarde de asesinato. Y luego vino ese discurso de Castro, en el que éste hablaba de asesinato y confirmaba así más o menos la línea oficial. Para Castro había dos motivos por los que Allende no se hubiera podido suicidar: en primer lugar, los comunistas son más papistas que el Papa en el tema del suicidio. Los revolucionarios no se matan a sí mismos. Eso es pecado. Por otro lado, desconocía la tradición chilena. En este país, el suicidio no tiene nada de vergonzoso, al contrario. Uno de nuestros más grandes presidentes, Balmaceda, que fue un ejemplo para Allende en muchas cosas, se mató a sí mismo.»

Además, Allende era muy consciente de que ese día era un momento clave de su carrera política. El suicidio era su triunfo personal sobre los generales, les demostraba de esta manera que moralmente era superior. Eligió la muerte libre y, de esa forma, la inmortalidad —inmortalidad para sí mismo y para su causa. De haber aceptado la oferta de los militares y haberse exiliado, es posible que hubiera caído en el olvido pocos años más tarde, al igual que su idea de la vía democrática hacia el socialismo y el golpe de estado.

Los supervivientes de la Moneda fueron sacados a la calle. En cintas de película se muestra lo que ocurrió: fueron agredidos y se les obligó a tumbarse en fila sobre los adoquines. Bocabajo, con las manos cruzadas sobre la nuca. Un tanque que se encontraba en las inme-



*Tras el golpe: Enrollado en un poncho boliviano, el cadáver de Allende es sacado fuera del destrozado palacio presidencial. El Presidente es enterrado a espaldas de la opinión pública.*

daciones se acercó rodando, con una de las cadenas de malla orientadas directamente hacia las cabezas de las personas que yacían sobre el suelo. Se acercó rodando más aún, se detuvo, se giró, volvió a dar la vuelta y rodó de nuevo en la dirección de las cabezas. Por fin se detuvo. El cadáver de Salvador Allende lo sacaron de la Moneda unos soldados armados, la camilla estaba cubierta por una manta rayada, una especie de poncho.

Salvador Allende fue enterrado en Valparaíso. «Monté en el avión. Vi el ataúd, sobre el que había una manta de campo», relató más tarde Tencha Allende: «El avión aterrizó en la base aérea de Quinteros. En la base fue desembarcado el ataúd. Pedí poder ver y tocar a mi marido, pero no me fue permitido. Seguimos en dos vehículos al coche fúnebre hasta el cementerio de Santa Inés. La gente nos miraba sorprendida. Pedí insistentemente de nuevo ver a mi marido. Otra vez no me

lo permitieron, aunque entonces abrieron el ataúd y pude ver la mortaja que lo cubría. Lloré. Un oficial que me acompañaba dijo en voz alta: “Salvador Allende no puede ser enterrado en este anonimato, al menos habría que decir el nombre de la persona que recibe sepultura.” Acto seguido, cogí algunas flores y las lancé sobre el ataúd, que ya estaba cubierto de tierra, y dije: “Te dejamos aquí, Salvador Allende, Presidente de la República.” Salvador fue enterrado en el mausoleo familiar de Marmaduque Grove, junto a su hermana Inés Grove de Allende. Ella había muerto de cáncer poco antes del golpe. Ningún nombre hacía referencia a ello, tampoco se indicaba la fecha del fallecimiento. Aún así, la tumba estuvo decorada con flores frescas durante años.»

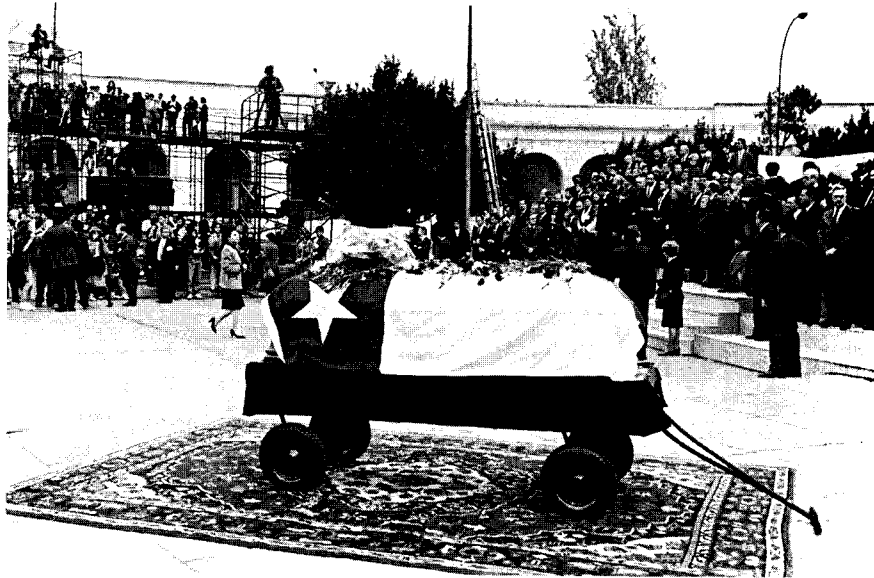
Mientras la Moneda era bombardeada, los aviones y helicópteros atacaron también los barrios de Santiago en los que la UP tenía mayor apoyo. Decenas de miles de personas fueron detenidas, internadas y torturadas en el Estadio Nacional de Santiago, millares fueron asesinadas sin juicio y enterradas en fosas comunes. No está claro cuánta gente fue asesinada durante los primeros días. «Fue el día del golpe», relata más tarde a la revista *Stern* Gonzalo Martínez, un comerciante de productos de alimentación de Santiago: «Una unidad de soldados asaltó los poblados del barrio Barracas. Echaron abajo a patadas las puertas de las casas de madera, sacaron a los habitantes a culatazos y rebuscaron en las casas. A dieciséis hombres les encontraron armas. Unos soldados llevaron a los hombres al río cercano, el Mapocho, los situaron entre la maleza y abrieron fuego. Algunos saltaron al torrente y se dejaron llevar como si estuvieran muertos. Pero los soldados no se dejaron engañar. Siguieron disparando con sus fusiles. No escapó nadie.» Testigos presentes en el estadio informaron posteriormente de torturas bestiales a cargo del ejército: palizas, patadas, culatazos, electrochoques, violaciones, personas asesinadas a tiros o muertas a golpes, otros que se tiraron desde las tribunas porque ya no soportaban más el dolor. Entre los muertos se encontraba el cantante Víctor Jara. Fue detenido y trasladado al Estadio Nacional. Los militares lo torturaron. Le rompieron las manos, le pegaron y después lo fusilaron. «Víctor tenía numerosas cic-

trices en el pecho», dijo más tarde su viuda. «Eran impactos de bala. Su cadera derecha estaba destrozada, era un agujero muy profundo. Creo que de una ametralladora. Su ropa estaba rasgada, la cara ensangrentada. Estaba tirado en un largo pasillo, junto a él muertos y más muertos. Eran cada vez más.» Víctor Jara escribió en el Estadio Nacional su última canción, en la que dice al final:

¡Canto que mal me sales  
cuando tengo que cantar el espanto!  
Espanto como el que vivo  
como el que muero, espanto.  
De verme entre tantos y tantos  
momentos del infinito  
en que el silencio y el grito  
son las metas de este canto.  
Lo que veo nunca vi  
lo que he sentido y que siento  
hará brotar el momento...

«El terror se veía enseguida», recuerda la escritora Isabel Allende. «Las personas desaparecían, eran transportadas en grandes vehículos militares. La Universidad fue cerrada y en las calles había soldados por todas partes que reunían libros y los quemaban.»

Durante las semanas siguientes al golpe, todos los días bajaban flotando cadáveres por el río Mapocho, que pasa por el centro de Santiago, y a diario aparecían más asesinados en las calles. «En el Mapocho [...] se siguen pescando cadáveres», se leía en el *Tagesspiegel* de Berlín el 13 de octubre de 1973, «no son cadáveres de los primeros días después del golpe, sino con heridas frescas de bala». Las personas desaparecían sin dejar rastro, otras eran enterradas en fosas comunes, otras eran trasladadas a centros de tortura como la Colonia Dignidad o, como casi todos los cargos de la Unidad Popular, a uno de los campos de concentración instalados por el ejército en el desierto del norte y en las islas de la Patagonia. De pronto aparecían helicópteros en algún sitio, los cargaban con personas y las arrojaban al mar desde el helicóptero. El Parlamento había sido disuelto de inmediato, al igual que



*Después del final de la dictadura de Pinochet, el antiguo Presidente Salvador Allende fue enterrado oficialmente el 4 de septiembre de 1990 en Santiago de Chile.*

todos los órganos electos de la administración local. Estaba vigente el derecho de guerra, con toque de queda nocturno, prohibición de reuniones, censura en los medios y detenciones arbitrarias. Todo aquel que pareciera sospechoso era detenido, y cualquiera podía serlo: vestimenta inadecuada, corte de pelo impropio, un grupo de más de dos personas, alguien que hablara con un extranjero...

Tras el golpe, miles de personas buscaron enseguida refugio en las embajadas extranjeras. Isabel Allende escribió: «El terror dio comienzo precisamente ese martes al amanecer, pero algunos no lo experimentaron hasta unos cuantos días más tarde, otros tardaron mucho en querer reconocerlo, y un puñado de privilegiados lo pudo pasar por alto durante diecisiete años a pesar de todos los hechos conocidos, y lo niegan hasta la fecha.»

También fue víctima del golpe el poeta y premio Nobel Pablo Neruda. Vivió el golpe desde su casa de Isla Negra, a una distancia de

unas dos horas en coche de la capital, justo cuando estaba terminando sus memorias. En la última página dice: «Escribo estas rápidas líneas para mis memorias a sólo tres días de los hechos incalificables que llevaron a la muerte a mi gran compañero el presidente Allende.» Y una página antes se lee: «Chile tiene una larga historia civil con pocas revoluciones y muchos gobiernos estables, conservadores y mediocres. Muchos presidentes chicos y sólo dos presidentes grandes: Balmaceda y Allende.»

Neruda estaba muy enfermo y el 18 de septiembre, tres días más tarde, fue trasladado con fiebre alta a un hospital de Santiago. Pero ahí no podían ayudarlo. Todo estaba destrozado por el golpe, faltaban antibióticos y personal sanitario. Neruda decidió aceptar la oferta del Presidente mexicano Echeverría para viajar en un avión especial a México después de enterarse de que sus casas en Valparaíso y Santiago habían sido arrasadas por el ejército. El 23 de septiembre, doce días después del golpe, falleció de un fallo cardíaco. Yacía amortajado entre las ruinas de su asolada casa. Su entierro se convirtió en la primera (y única) manifestación contra los golpistas.

Muchos políticos democráticos del ámbito conservador y cristianodemócrata esperaban que el ejército sólo derrocará el gobierno y que luego se retirara a los cuarteles. Por eso Frei no sólo había pedido el golpe de los militares, sino que lo había celebrado. «Los acontecimientos en Chile son la causa del caos de la economía y de la administración, una causa de los actos de violencia armada y de la crisis moral a la que nos ha abocado el gobierno depuesto y que habían sumido al pueblo chileno en el temor y la desesperación», decía una declaración del Partido Cristiano Demócrata del día posterior al golpe. Los dirigentes del partido confiaban en que el poder estaría pronto en manos civiles, que habría nuevas elecciones y que Chile enlazaría con la situación de mediados de los años sesenta del siglo XX: un gobierno liberal, democrático, tal vez cristianodemócrata. Pero en contra de lo que los políticos habían supuesto, los militares tenían su propio plan. El dictador Augusto Pinochet escribió con desprecio en su libro *El día decisivo*, 11 de septiembre 1973: «Se me informa que un destacado



político ha llamado esta mañana al Cuartel General de la Segunda División del Ejército y ha dicho: “¡Al habla XX: si me necesitan, pueden llamarme al siguiente número de teléfono...!”

Una hora más tarde, el político repite su llamada: “Al habla XX. Les quería comunicar que salgo de casa. Si me necesitan, me pueden localizar en el siguiente número de teléfono...”

Tras la segunda información, tan solo le digo al capitán que agradezca la llamada y que le diga al político que no siga ofreciendo sus servicios, que ya no hacían falta. Se ve que este caballero creía que le íbamos a ofrecer el gobierno.»



## PARTE III

## 9. Los Allende en el exilio

Ramón Huidobro actuó de forma rápida y consecuente: hizo ondear la bandera chilena a media asta e informó a la dictadura militar de que había dimitido como embajador de Chile en Argentina. Para el padastro de Isabel Allende terminaba así una dilatada carrera en el cuerpo diplomático. Él y su mujer abandonaron la residencia chilena, y desde ese momento vivieron como ciudadanos corrientes en Buenos Aires, en buena relación de amistad con el general Carlos Prats, que tras su dimisión también se había marchado a Argentina. Casi como ciudadanos corrientes, ya que se encontraban constantemente en peligro, aunque entonces aún no lo sabían. Un año más tarde resultó evidente.

Si la familia Allende ya vivía bastante desperdigada antes del golpe, mucho más después del mismo. El corazón, el epicentro de la familia —Chile— le había sido arrebatado. Hortensia había escapado con las dos hijas a la embajada mexicana, Isabel Allende seguía viviendo en Santiago, Laura, la hermana más joven de Salvador, fue detenida por los militares como presunta terrorista. Denise Pascal Allende, la hija de Laura, siguió, al igual que ella, en Chile, su hijo Andrés Pascal Allende vivía ya antes del golpe con un pie en la ilegalidad, y después del mismo pasó a la clandestinidad total. La mayor parte de los amigos habían sido detenidos, asesinados o habían logrado escapar a alguna embajada. «Hasta el golpe, vivía junto a mi compañera y su hija en casa de mi madre», dijo más tarde Andrés Pascal Allende en una entrevista. «Pero después, mi familia nunca volvió a encontrarse hasta pasado un tiempo, en el exilio.»

Hortensia Bussi de Allende se marchó con sus hijas en primera instancia a México. Ella, Carmen Paz e Isabel permanecieron ahí, con breves interrupciones, hasta su regreso a Chile en el año 1989, Tati se marchó a Cuba —a fin de cuentas estaba casada con un trabajador de la embajada cubana en Santiago de Chile. Las cuatro mujeres trabajaron en el movimiento de solidaridad con Chile. Dieron entrevistas y ruedas de prensa, se reunieron con diversos jefes de Estado y trabajaron junto a diversas organizaciones internacionales para informar sobre las violaciones de los Derechos Humanos en su patria y para aislar a la dictadura militar chilena.

El golpe había convertido en cuestión de pocas horas a miles de personas en enemigos del Estado, en perseguidos políticos. Muchos intentaron salir del país de inmediato, otros muchos tras haber sido detenidos, tal vez torturados, y puestos de nuevo en libertad. Las fronteras del país se cerraron justo después del golpe, los aeropuertos, puertos y pasos de carretera hacia Perú, Bolivia y Argentina quedaron bajo un férreo control. Por ello únicamente quedaban dos opciones para abandonar Chile: de forma ilegal, a través de uno de los puertos andinos hacia Argentina o Bolivia o bien a través del desierto hacia Perú, o la huida a la embajada en Santiago de otro Estado. En todos los caminos había que enfrentarse a dificultades. La huida por los intransitables puertos hacia los Estados vecinos era peligrosa, y además no estaba garantizado que esos países no devolvieran a los fugitivos de inmediato. Acceder a las embajadas tampoco era sencillo. Muchas cerraron sus puertas a los que buscaban asilo, y aunque otras las abrían, las dejaban vigiladas por la Policía. Además no estaba claro cuánto tiempo había que permanecer en la embajada hasta que el gobierno militar, tras largas negociaciones, asegurara a los refugiados una salida libre al extranjero. A las legaciones sólo les gustaba dar asilo a personajes famosos como políticos, periodistas, artistas o intelectuales; sin embargo, un desconocido tenía dificultades hasta para acceder a las dependencias de la representación.

El comportamiento político de los distintos países fue muy diferente: Suecia mantuvo la política más favorable a los refugiados entre

los países occidentales. Su legación acogió a cientos de solicitantes de asilo y se esforzó por sacarlos rápidamente del país. Francia e Italia actuaron de forma parecida. Los Estados Unidos negaron la acogida de refugiados, otros muchos países europeos se mantuvieron a la expectativa en un primer momento. Entre ellos la República Federal de Alemania. La embajada alemana en Santiago, así como la residencia privada del embajador, estuvieron ocupadas durante octubre y noviembre de 1973 por más de cien personas, que tuvieron que aguantar ahí varias semanas en medio de unas estrecheces angustiosas, hasta que, tras largos interrogatorios, pudieron viajar a Alemania.

La embajada mexicana abrió sus puertas a los refugiados inmediatamente después del golpe. Cientos de personas encontraron ahí un refugio. Isabel narra en *Paula* cómo intentó llevar a un perseguido político a la embajada: «Decidí evitar rodeos y me dirigí a la Embajada de Argentina, estacioné mi automóvil lo más cerca posible y caminé hacia la entrada con el corazón arrebatado, pero el paso firme. A través de la reja se veían las ventanas del edificio con ropa colgada y gente asomada gritando. La calle era un hervidero de soldados, había una tanqueta frente a la puerta y nidos de ametralladoras. Apenas me aproximé me encañonaron dos fusiles. ¿Qué hay que hacer para asilarse aquí? Pregunté. ¡Sus documentos! ladraron los soldados al unísono. Entregué mi carnet de identidad, me cogieron por los brazos y me condujeron a una caseta de guardia junto a la puerta, donde había un oficial a quien le repetí la pregunta procurando disimular el temblor de la voz. El hombre me miró con tal expresión de sorpresa, que los dos nos sonreímos. Estoy aquí justamente para evitar que se asilen, replicó, estudiando el apellido en mis documentos. Después de una pausa eterna dio orden de retirarse a los otros y quedamos solos en el pequeño espacio de la caseta. A usted la he visto en televisión... seguro que esto es un reportaje, dijo. Fue amable, pero terminante: mientras él estuviera a cargo nadie se asilaría en esa Embajada, no como en la de Méjico, allí la gente se metía cuando le daba la gana, todo era cuestión de hablar con el administrador. Entendí. Me devolvió mis papeles, nos despedimos con un apretón de manos, me advirtió que

no me metiera en líos, y me fui directamente a la Embajada de Méjico, donde ya había cientos de asilados, pero la hospitalidad azteca alcanzaba para uno más.»

Isabel Allende remarca en este episodio las absurdas situaciones que se produjeron en la época posterior al golpe; a posteriori, ella misma está convencida de haber tenido mucha suerte, de que su fama de la televisión y su nombre la protegieron. «Es posible que al principio mis apariciones en televisión me salvaran», dice en una conversación. «Yo trabajaba en un programa de entretenimiento, y para el régimen militar eso era muy bueno. Siempre que se les acusaba de represalias y censura podían decir: “Mirad, si aquí hay una Allende todo el rato en televisión.” Pero en el estudio siempre tenía soldados armados durante la grabación del programa, por supuesto.» Seguía conduciendo por Santiago en su coche de colores, escondía a perseguidos políticos, transmitía mensajes, contactaba con la Iglesia católica, que también colaboraba, buscaba el diálogo con las víctimas y registraba fielmente lo que éstas decían. No quería ver el peligro que corría. «Me sentía fuerte y como si nada pudiera ocurrirme», dijo más tarde en una entrevista. No ayudaba a las personas por motivos políticos, «sino porque alguien me lo había pedido y yo creía que mi forma de actuar era la correcta. No pensaba en lo que me podía ocurrir. Era una persona muy arrogante; me sentía intocable e invulnerable.»

Pero lentamente, muy lentamente, el terror también la alcanzó a ella. «En una dictadura no existe ningún tipo de reglas», explica en una conversación, «esa sea tal vez la única regla válida. Es inmanente al sistema.; siempre que crees que lo has comprendido y que conoces sus normas de actuación, estas cambian. La confusión permanente forma parte de él.»

Por un lado Chile ofrecía a mediados de los años setenta un ambiente de miedo, pero por otra parte un buen entorno para los negocios. Casi todos los derechos sociales conquistados a lo largo de las últimas décadas fueron abolidos por el gobierno militar. Los dirigentes de los trabajadores desaparecían sin dejar huella o aparecían asesinados. Las huelgas y los sindicatos quedaron prohibidos, al igual que los

partidos de la Unidad Popular. En un primer momento también le fue prohibida su actividad a los otros partidos políticos. El Congreso quedó clausurado. Los militares se hicieron cargo de casi todas las instituciones nacionales. La nueva policía secreta DINA (Dirección de Inteligencia Nacional), a cargo de Manuel Contreras, que más tarde fue ascendido a general, contó pronto con diez mil miembros, además de un número dos o tres veces superior de confidentes e informantes. La DINA se hizo acreedora a su fama de grupo de terror, y como afirman Simon Collier y William F. Sater en su *Historia de Chile*, «se le pueden atribuir la mayoría de los horrorosos incidentes de tortura documentados por la Iglesia católica (en Chile) y por organizaciones como Amnistía Internacional (en el extranjero)». Si alguien caía en manos de la DINA, la tortura no era la excepción, sino la regla —y cuando menos, era tolerada por las más altas instancias del Estado. Al general Pinochet se le atribuye la siguiente fase: «Los miembros del MIR deben ser torturados. Sin tortura no cantan.»

La DINA también actuó en el extranjero: El 29 de septiembre de 1974, poco después de la medianoche, un artefacto explotó en el coche del general Carlos Prats. Lo mató a él y a su mujer. Prats se había exiliado poco después del golpe en Argentina, vivía en Palermo, un barrio de Buenos Aires. Su mujer y él regresaban de una cena —en casa de su buen amigo Ramón Huidobro. «Tras el asesinato de Prats», recuerda Ramón Huidobro, «recibimos también amenazas de muerte. Y una semana más tarde estábamos en Nueva York. No sabía si habíamos tomado demasiado en serio esas amenazas, pero en noviembre de 2000, durante el proceso contra los asesinos de Prats en Buenos Aires, salió a la luz una lista que existía en la que estaban apuntadas personas que debían ser asesinadas —y mi nombre también figuraba en ella.»

«El tío Ramón me llamó a las dos de la madrugada para pedirme que avisara a las hijas de los Prats y anunciarme que había salido de su casa con mi madre y estaban escondidos en un lugar secreto.» Hasta aquí Isabel Allende en *Paula*. Sus padres se marcharon a Nueva York con la ayuda de unos amigos de Naciones Unidas y más tarde, en abril de 1975, a Caracas, la capital de Venezuela. Otras víctimas en el ex-

tranjero de la DINA fueron, entre otras, Bernardo Leighton, un popular cristianodemócrata, que fue tiroteado en octubre de 1975 en Roma por unos desconocidos y que sobrevivió a duras penas, así como el antiguo ministro de Defensa Orlando Letelier, que fue asesinado junto a un colaborador en septiembre de 1976 mediante un coche bomba en Washington, la capital norteamericana. Este atentado afectó considerablemente a las hasta ese momento buenas relaciones entre el servicio secreto chileno y los servicios de Estados Unidos. Los americanos realizaron sus investigaciones y algunos de los responsables fueron trasladados a Estados Unidos, no así el jefe de la DINA Manuel Contreras, como se había solicitado.

La propia Isabel Allende permaneció en Chile y vio cómo el país cambiaba de un día al otro. La censura de prensa dificultaba su trabajo diario, el terror no cesaba y al mismo tiempo el país se dividía cada vez más. «Nunca se había visto en Chile una ostentación de riqueza tan desvergonzada, y nunca tantas personas habían vegetado en una pobreza tan extrema.»

Las mismas instituciones que antes del golpe habían bloqueado a nivel internacional al gobierno de la Unidad Popular volvían a enviar dinero al país. Así, el Banco Interamericano de Desarrollo puso a disposición del país tras el golpe un crédito de 65 millones de dólares, el ministerio de Agricultura de Estados Unidos otro de 24 millones de dólares, y la revista *Spiegel* afirmaba dos meses después del golpe: «Con el gobierno del jefe de la Junta Pinochet vuelven a fluir las fuentes financieras extranjeras —sobre todo las americanas. Ocho bancos de Estados Unidos y dos institutos financieros canadienses han concedido a los generales golpistas créditos por un montante de 300 millones de dólares para un período de entre 18 meses y tres años.»

La economía chilena se reconstruyó siguiendo las recetas de los llamados «Chicago Boys», los alumnos del profesor de economía Milton Friedman, un ortodoxo del mercado que daba clase en la Universidad de Chicago. Según sus teorías del liberalismo económico, se trata de que «las fuerzas libres del mercado», esto es, la oferta y la demanda, determinen el valor del producto y de la fuerza de trabajo, de los pre-

cios y de los salarios. La política tiene sólo una función de apoyo. Únicamente debe crear las condiciones básicas para un mercado libre y combatir la inflación a través de una geopolítica estable. Los *Chicago Boys* esperaban que, tras un breve descenso del nivel de vida de la población, aumentara el bienestar del conjunto. Porque, según su teoría, la economía crecería rápidamente, un crecimiento del que al final todos serían partícipes. Así se inició la reconstrucción de la economía, con la prohibición de los sindicatos, la suspensión de la negociación colectiva, la liberalización de las condiciones de protección del trabajo y una suspensión de los acuerdos sobre precios como seguramente sólo puede darse en una dictadura: una democracia no habría tolerado costes sociales como el desempleo o el empobrecimiento. Porque los precios se dispararon enseguida, mientras que los ingresos descendieron. Los salarios reales disminuyeron en Chile hasta 1975 más de un tercio en relación a 1970, y el desempleo creció desde un 5,7 por ciento en el año 1970 hasta un 20,2 por ciento en el año 1976. La pobreza aumentó sobre todo en el campo; grupos cristianos de solidaridad calcularon que los pequeños campesinos tenían que gastar a finales de los años setenta el doble que en 1972 para comprar los indispensables alimentos de primera necesidad. Los chilenos únicamente volvieron a alcanzar los ingresos medios de los que habían dispuesto con anterioridad hacia finales de la dictadura. La grieta entre pobres y ricos, no obstante, había crecido enormemente.

Más que a la necesidad económica, Isabel Allende tenía que hacer frente al terror cotidiano. Al sentimiento de impotencia, al miedo constante, al hecho de que su nombre figurara en una lista negra del ejército y a las amenazas telefónicas. Podían ser de cualquiera —había entonces en Chile personas a las que les producía satisfacción atemorizar a sus conciudadanos—, pero debían ser tomadas en serio. Dos años después del golpe, durante el invierno de 1975, tomó la decisión de abandonar su patria. «Me había entrado miedo. Habían detenido a amigos, y a través del primo de mi marido, que estaba en el Ejército, nos enteramos de que mi nombre figuraba en una lista de personas a detener.» Se despidió de su abuelo Agustín Llona Cuevas, en cuya casa

había pasado la mayor parte de su juventud, el cual había aprobado el golpe y a quien no volvería a ver, hizo una maleta y escapó del país con un miedo que era casi pánico. Voló a Caracas por varios motivos: por un lado, porque entonces vivían ahí su madre y su padrastro, y por otro lado, porque el sur de Latinoamérica estaba dominado por dictaduras militares y no era seguro, y países como Costa Rica, México o Colombia ya no concedían visados a los chilenos —habían acogido a miles de refugiados desde 1973. Un total de más de un millón de chilenos (casi el diez por ciento de la población) abandonaron su patria durante la dictadura. Cinco semanas más tarde lo hicieron su marido Miguel Frías y sus hijos —también con tan solo unas pocas maletas. Miguel no había conseguido vender o alquilar la casa, simplemente la había cerrado. Se convirtió entonces en un botín para los ladrones. Al despertar, Isabel Allende se juró a sí misma volver a Chile —hasta hoy, excepto para algunas visitas, no lo ha hecho.

Laura Allende había abandonado el país en otoño de 1975. A pesar de su enfermedad y de su edad —entonces contaba ya sesenta años de edad— la Policía la sacó de su casa junto a una de sus hijas, que vivía con ella. Fue interrogada sin proceso judicial y se la tildó de terrorista. Después quedó bajo arresto domiciliario y sin atención médica. Uno de sus hijos vivía ya en el extranjero, el otro, Andrés, en la clandestinidad, su hija Denise Pascal Allende se había exiliado en 1973. Denise vivía en el momento del golpe en un pequeño pueblo de provincias, donde fue detenida. 24 horas después fue trasladada a Santiago, y cuando regresó, su casa había sido destrozada. «Por ello volví a Santiago y viví con diferentes amigos. Pero a todos los sitios a los que iba, me seguía la Policía. Así ponía en peligro a cada vez más amigos, hasta que finalmente me reuní con el embajador de Suecia, que se ofreció a ayudarme. Mi madre también decía que debía abandonar el país.» Denise Pascal Allende se fue a México, a donde la siguió su madre en marzo de 1975.

De esta forma, parte de la familia estaba nuevamente reunida en México. Hortensia (Tencha) Bussi de Allende con sus hijas Isabel, que completó ahí más adelante su postgrado en Sociología y Políticas, y

Carmen Paz. Tati se había marchado entretanto a Cuba, a dónde también llegaron en 1977 Laura y Denise Pascal Allende.

Tencha desarrolló una fuerza sorprendente durante el exilio. Ella, que nunca se había interesado demasiado por la política, se convirtió en la portavoz de su difunto marido. Los medios internacionales no se dirigían a sus antiguos amigos, con algunos de los cuales había llevado a cabo cuatro campañas electorales y habían compartido con él más de 25 años de debate político, ni eran invitados por gran número de políticos e instituciones, tampoco a su amante Miria Contreras, con quien había tenido un debate político mucho mayor, sino a su esposa Hortensia Bussi de Allende. Su actuación le sorprendió, según dijo más tarde Osvaldo Puccio Huidobro. «Tal vez fuera esa su muy hábil y femenina venganza. Se hizo cargo de la política, y de esta forma convirtió a Miria Contreras en la viuda solitaria.» Pero es posible que la mayor parte de los observadores hubieran infravalorado a Tencha —a lo mejor antes no había sido tan apolítica como todos pensaban, y sencillamente no había encontrado su sitio. Lo encontró en el exilio —actuaba como correspondía a una esposa de Presidente: segura de sí misma, cortés, amable, controlada, exigiendo justicia, acusando a la dictadura, pero sin lamentaciones. Hasta cuando hablaba de sus constantes pesadillas, lo hacía sin lágrimas: «Tengo pesadillas continuamente, en las cuales imagino que unos hombres con ametralladoras abren mi puerta por la fuerza. Siento a los helicópteros volando en círculos sobre nuestra casa. Oigo culatazos en la puerta de mi casa. Las mismas pesadillas que tienen miles de mis compatriotas.»

Ciudad de México se convirtió en un segundo hogar, como dijo más tarde en el periódico mexicano *La Jornada*. Tencha guardaba una buena amistad con la esposa del Presidente del Estado, María Esther Zuno de Echeverría. Vivía con cierta modestia junto a sus hijas en un apartamento del barrio Colonia del Valle, no en un ático con piscina en Polanco, el barrio de las villas y embajadas, como escribían a menudo durante la dictadura los periódicos chilenos. El sirviente y el chofer también eran fruto de la imaginación de los periodistas chilenos.

Sólo un miembro conocido de la familia Allende se había quedado en Chile: Andrés Pascal Allende. El día del golpe pasó a la clandestinidad, igual que todo el MIR. Más tarde dijo en una entrevista que ese día se vio involucrado por primera vez en un tiroteo con los carabineros, y que por primera vez había visto morir a gente luchando. Para Andrés y sus camaradas del MIR no había duda de que permanecerían en Chile y de que no buscarían asilo en otro país. Pero sobrevivir en la ilegalidad era complicado, imposible para la mayoría. «Desde junio de 1974 nos convertimos en el blanco de la represión y muchos compañeros dirigentes cayeron, murieron, fueron detenidos, torturados. Gran parte del comité central y de la comisión política murió a lo largo de los siguientes meses.» Entre ellos Miguel Enríquez, el secretario general del MIR. Murió a balazos en octubre de 1974 en Santiago. Andrés Pascal Allende fue su sucesor.

Pero la descomposición del movimiento ya no podía detenerse. Buscados por la Policía y el Ejército, a los camaradas del MIR apenas les quedaban sitios donde esconderse. Andrés Pascal Allende encontró al final refugio en la residencia del embajador de Costa Rica. Pero hasta ahí apareció la Policía y rodeó la casa. También él abandonó así en 1976 el país, cuando únicamente un puñado de seguidores del MIR seguía en activo en Chile. Primero se fue como refugiado a Costa Rica, donde la DINA intentó asesinarlo durante la primavera de 1976, y más tarde prosiguió su camino hacia Cuba.

Pero dos años más tarde regresó a Chile. El MIR también quería llevar a cabo una resistencia activa y armada contra de la dictadura. Por entonces habían sido liberados los primeros simpatizantes y además habían regresado al país de forma ilegal algunos cabecillas del movimiento. Andrés Pascal Allende habla en una entrevista de «propaganda armada» —hace referencia a actos de sabotaje, como la voladura de postes de electricidad. A ello hay que sumar atracos a bancos, ataques a cuarteles de la policía y ocupaciones de casas. Y, como confesó Andrés en 1999 durante una entrevista, dos intentos de atentado contra Pinochet, ambos fallidos, en parte por la escasa fuerza militar del MIR. La policía, el ejército y la DINA consiguieron reprimir de



*Beatriz, la hija de Salvador Allende, se suicidó en 1977.*

nuevo las acciones del MIR. Andrés Pascal Allende dice que a lo largo de la dictadura murieron entre 1500 y 2000 miembros del MIR. El grupo no pudo digerirlo: «El hecho de que la represión golpee con una intensidad cada vez mayor reduce tus actuaciones y te aísla, porque te obliga a utilizar métodos cada vez más conspirativos. La ilegalidad es un exilio dentro de tu propio país.» A comienzos de los años ochenta el MIR estaba destrozado otra vez, y a mediados de 1980 se dividió en diversas facciones —una que se unió a una coalición liberal, y otra que continuó con la lucha armada. Andrés Pascal Allende permaneció en Chile de forma ilegal durante mucho tiempo, salía y entraba del país, fue a Cuba, habló en Europa en actos de solidaridad, volvió a Chile, donde siguió viviendo en la ilegalidad y regresó de nuevo a Cuba.

En Cuba también estaba activa Tati. Según informan numerosas personas que la conocían, fue siempre la más activa políticamente de

## 10. La escritora Isabel Allende

las tres hijas, y tal vez fuera la más unida a su padre —según afirma Arturo Jirón, ministro de Sanidad en el gobierno de Allende, amigo de Allende, combatiente en la Moneda y profesor de Tati durante su carrera de Medicina. Tati sufrió mucho con su pérdida, según afirma Isabel Allende en *Paula*, «nunca se repuso del dolor de esa separación y de la muerte de su padre, el hombre que más amó en su vida, y tres años más tarde, desterrada en Cuba, le encargó sus hijos a una amiga y sin despedirse de nadie se mató de un tiro».

Tati no dejó una carta de despedida, por ello solamente puede especularse sobre los motivos de su suicidio. «No sé por qué se suicidó», asegura Arturo Jirón, «probablemente haya varios motivos. Una mujer que fue tan política y que estaba tan unida a su padre no podía superar esa pérdida, esa demoledora derrota. Fue un desastre espantoso, el padre muerto, su sueño destrozado. Es posible que no se perdonara a sí misma no haber muerto junto a su padre en la Moneda.» Arturo Jirón, que estuvo hasta el final en la Moneda, que posteriormente fue detenido y que pasó casi un año en un campo de concentración en la isla Dawson en el estrecho de Magallanes, logró exiliarse finalmente en 1975 en Venezuela. Ahí se encontró con conocidos de la patria: Ramón Huidobro, su esposa Panchita Llona y su hija Isabel Allende. Le relató a Isabel sus últimas horas en la Moneda. La escena del golpe en su novela *La casa de los espíritus* está basada en ese relato, y el médico Jaime que aparece en el mismo libro —«Sí, ese soy yo», dice Arturo Jirón sonriendo, «la única diferencia es que Jaime es asesinado por los militares, pero yo estoy vivo».

Pero hasta el surgimiento de esta novela, un éxito a nivel mundial para Isabel Allende, todavía tenía que fluir mucho agua por el Orinoco.

En Chile no había sido famosa, aunque sí conocida —tuvo un programa en televisión, sus columnas en diferentes revistas, y en 1974 se editaron tres libros suyos: una recopilación de artículos y dos libros infantiles. En Caracas todo eso no tenía ningún valor. Isabel Allende tuvo que volver a empezar desde el principio.

Caracas fue un *shock* para ella y para su familia. Se hallaban en Latinoamérica, pero, a pesar de ello, en un mundo completamente diferente. Aquí la política parecía carecer de importancia, nadie hablaba de ella. Los hombres alardeaban con un machismo desmedido, las mujeres lucían su belleza, el que podía demostrar que era rico, y el que no lo era intentaba parecerlo de todos modos. Era una sociedad fanfarrona, extraña, impenetrable y también superficial, de la que desconocían sus reglas, un mundo caótico, diferente al Chile para ellos bien ordenado anterior a la dictadura, en el que sabían en quién podían confiar y a dónde debían dirigirse. Miguel Frías, el esposo de Isabel, encontró trabajo rápidamente al ser ingeniero. Pero no en Caracas, sino en Ciudad Bolívar, una ciudad al borde de la selva, en la que las grandes empresas explotaban la riqueza de Venezuela, el petróleo. Ahí estaba ocupado en la construcción de una presa. Isabel Allende se quedó en Caracas con los niños, ya que en Ciudad Bolívar nunca hubiera tenido ocasión de encontrar un trabajo, y Miguel venía cada seis o siete semanas a la capital para pasar un fin de semana largo con la familia.

Vivían en una casa con la madre de Isabel y su padrastro. El padrastro también tuvo problemas para encontrar trabajo en Caracas.



tras casi cuarenta años en el cuerpo diplomático. Pero como escribió Isabel Allende, «su caída fue más lamentable que la mía, porque se produjo desde una altura mayor, había perdido muchas cosas, tenía veinticinco años más y el orgullo tenía que pesarle el doble, y aún así nunca le vi agobiado». Ella lo estuvo a menudo. Se presentó a todas las ofertas de trabajo, por muy absurdas que fueran, muchas veces ni siquiera la invitaban a una entrevista, y si lo hacían, no volvía a oír una sola palabra de esos puestos, ni una confirmación ni un rechazo —simplemente no había nada, la palabra «no» se consideraba descortés. No lograba habituarse a semejantes costumbres.

Tal vez tampoco lo quería. Llegó a Venezuela con la convicción de volver a Chile lo antes posible. «Miraba siempre hacia el sur, leía periódicos chilenos y me detenía largamente en cada palabra. Sólo tenía amigos chilenos.» Isabel consiguió, gracias a la intervención de un amigo, una columna fija en el suplemento dominical del periódico *El Nacional*, que era dirigido por Julio Lanzarotti. Ahí comprobó que su humor, del que al público chileno le encantaba su sarcasmo, en Venezuela no era tan bien acogido. Aún así siguió escribiendo, porque quería seguir ligada a su profesión de periodista. A ello hay que sumar traducciones, algunos trabajos por encargo para la televisión y una obra de teatro, pero gran parte de lo que escribió nunca fue publicado, algunas cosas se pagaron extremadamente mal, aunque otras sorprendentemente bien. De algo podía estar segura siempre: nada era seguro.

Si se lee su propia descripción de esa época en *Paula*, se percibe la impresión de que Isabel Allende andaba sumida por entonces en una fase de su vida muy depresiva. Rodeada de personas que rebotaban alegría por vivir, no es que viviera recluida, aunque en otro mundo: cargada de remordimientos de conciencia hacia sus hijos y su marido, al que sólo veía ocasionalmente, y al que no amaba como quería amar, al que engañaba con otros hombres y con el que no podía discutir porque —como escribió más tarde pero entonces aún no sabía— evitaba todo tipo de discusiones. Así sólo le quedaba la mala conciencia, que iba aumentando, cuando en 1978 conoció en Caracas a un músi-

co argentino que había escapado de la dictadura argentina desde Buenos Aires y que comenzó con ella una aventura. El músico se marchó pocos meses después a España, e Isabel aprovechó un viaje junto a su marido por Europa para ver a escondidas a su amante en Madrid. Días de luna de miel a escondidas que no podían hacer olvidar la mala conciencia. Cuando volvió a ver a su marido se dio cuenta de «que sentía un gran cariño hacia ese hombre reservado, que me ofrecía un amor fiel y que encarnaba la constancia y la tierra. A nuestra relación le faltaba la pasión, pero era armónica y segura, no tenía el valor para mirarle de cara al divorcio y causarle todavía más problemas a mis hijos, que ya lo tenían de por sí complicado como niños emigrantes.» Por eso volvió con él a Caracas, pero los dos vivían por separado, incapaces de hablar de su matrimonio, incapaces de discutir, buscando ella todavía en Venezuela el Chile perdido, él en la selva con su proyecto de presa y breves visitas de fin de semana a su familia.

No obstante, esa «aventura argentina» aún no había terminado. Al contrario, fue a más. Cuando Isabel y su marido tuvieron que viajar a Montevideo, porque su madre, que vivía ahí, se estaba muriendo, Isabel decidió no volar de vuelta con él. En cambio cogió el avión a Madrid, llena de dudas, porque Miguel Frías había advertido que en caso de divorcio no iba a renunciar a la tutela de los niños, que mientras tanto ya tenían quince y doce años. Pasó tres meses en Madrid. «Durante ese tiempo no encontré trabajo ni amigos, desaparecieron mis últimos ahorros y poco a poco se apagaba mi ferviente amor hacia un hombre que con certeza hubiera merecido mejor suerte.» Al final llamó a su padrastro y le pidió que le mandara un billete de avión de regreso. Volvió a Venezuela en noviembre de 1978, derrotada, sin planes, con la única alegría de ver a sus hijos. Su marido la recogió en el aeropuerto. Le ofreció un nuevo comienzo para mantener unida a la familia. Tras eso aún estuvieron juntos nueve años —años que echando la vista atrás a Isabel no le parecieron malos, unidos por intereses comunes, costumbres y una ligera ternura. En 1988 se divorciaron.

Isabel Allende había abandonado Chile en 1975, y pasados tres años se dio cuenta de que su estancia en Venezuela no sería, como era

de suponer, a corto plazo. A posteriori dice que este fue el tránsito de la juventud a la edad adulta —con nada menos que treinta y seis años. Hizo planes: por un lado quería superar la dependencia económica de su marido —no porque quisiera divorciarse, sino porque, como diría más tarde, había aprendido entonces que «el feminismo y la libertad sólo existen cuando puedes financiar tu subsistencia». Por otro lado se trataba de encontrar por fin un trabajo y amistades. Las dos cosas funcionaron, y pronto además, ya que ahora lo deseaba de verdad. Isabel encontró un trabajo en un colegio privado, en el que trabajaba en la administración: liquidaciones, publicidad del colegio, control de los profesores y mantenimiento de una buena relación con los padres de los alumnos eran parte de sus responsabilidades. Además, a través del trabajo, comprendió paulatinamente cómo funcionaba la sociedad venezolana y en qué se diferenciaba de Chile. De esta forma se desarrolló una vida durante los años siguientes que, si bien no demasiado emocionante, al menos era soportable, y que se correspondía por completo con la de la clase media.

Esto cambió el 8 de enero de 1981. Pocos días antes se había enterado de que su abuelo materno, en cuya casa de Santiago había pasado la mayor parte de su juventud, el gran patriarca de su familia, con quien discutió y a quien amaba, se estaba muriendo. Ese mismo día se puso a escribir una carta, como más tarde contó en innumerables entrevistas, cuya primera frase era: «Barrabás llegó a la familia por vía marítima.» Quinientas páginas después, la carta concluía con exactamente las mismas palabras.

Isabel no sabía ni lo que estaba escribiendo, como dijo más tarde, ni que fuera a ser una novela y además un éxito mundial. Escribía todas las noches en la mesa del comedor con una vieja máquina de escribir de viaje, escribía durante media noche, luego dormía unas pocas horas, acudía otra vez al trabajo en su colegio, volvía a casa, hablaba brevemente con sus hijos y seguía escribiendo. «Mi cuerpo funcionaba como un autómata, y mi espíritu se había perdido en ese mundo que surgía palabra a palabra.» No habló con nadie de lo que escribía, es probable que ni ella misma pudiera comprenderlo. Escribía a máqui-

na, corregía con litros de Tipp-Ex («algunas páginas se mantenían solas de pie, tanto líquido corrector había usado»), y medio año escaso más tarde había escrito quinientas páginas —unidas por una vieja cinta. Le dio las hojas a su madre. Esta leyó el legajo y dijo: «Esto es el borrador de un libro.»

De esta forma comenzó el trabajo de verdad. El manuscrito estaba todavía lleno de erratas, plagado de imprecisiones y de puntos débiles respecto de los personajes y de la presentación. Isabel Allende entrevistó a agricultores para saber cómo era la vida en el campo, a soldados para saber qué pasaba en el ejército, y a chilenos mayores para hacerse una idea del Santiago de los años cuarenta. Hizo lo que había aprendido como periodista: investigar con exactitud. Y escribió de nuevo algunos capítulos y los volvió a cambiar constantemente. «Cambié el epílogo muy a menudo porque me parecía cursi.»

Su madre leyó todas las versiones, porque escribe —según Ramón Huidobro, «un español mejor. Es mucho más precisa que Isabel, corrige la gramática, pero no el argumento. Pero los nombres vienen a menudo de ella. Isabel le escribe entonces una carta con una breve caracterización de la persona y pregunta. “¿Cómo crees que se llama este?” Y Panchita sabe casi siempre más.» Fue ella también la que dio con el título para el libro: *La casa de los espíritus*.

Pero el manuscrito acabado todavía tenía ante sí una larga peregrinación hasta encontrar un editor. En Venezuela fue rechazado por muchas editoriales —a menudo sin ser leído. Tomás Eloy Martínez, un escritor argentino, recomendó finalmente a Carmen Balcells, la agente literaria española de Barcelona, que había hecho mucho por la difusión de la literatura latinoamericana en Europa. Isabel Allende le envió el manuscrito en dos partes, y lógicamente llegó antes la segunda parte y fue leída antes. Aun así, Carmen Balcells aceptó el escrito, y seis meses más tarde, todavía en el año 1982, Isabel Allende fue invitada a la presentación de *La casa de los espíritus* en la Editorial Plaza y Janés en Barcelona.

«En Caracas tenía un buen amigo en la embajada española», explica Ramón Huidobro. «Le di cien dólares y le pedí que con ellos me

comprara en Barcelona todos los ejemplares que pudiera de *La casa de los espíritus*, y que me los enviara entonces por valija diplomática a Venezuela. Eran unos doce o quince ejemplares. Isabel no había visto hasta entonces su libro impreso. La noche antes de que tuviera que volar nos reunimos en su casa para cenar con toda la familia. Había metido un ejemplar del libro en una sencilla bolsa de la compra, y después de la cena, cuando estábamos tomando una copa, le dije casualmente a Isabel: “Aquí tienes un libro, para que tengas algo que leer en el avión.” Lo sacó, dijo una palabra que ahora no puedo repetir, y dio un salto de alegría.»

*La casa de los espíritus* es una crónica familiar y describe la historia social y política de Chile desde cerca de 1920 hasta poco después del golpe contra el gobierno de Allende. Está narrada desde dos perspectivas diferentes: desde la de Alba, la nieta del patriarca Esteban Trueba, como narradora implícita, y desde la del propio abuelo como narrador subjetivo en primera persona.

Es la historia de Esteban Trueba, un típico representante de la aristocracia chilena, que consigue ascender con dureza contra sí mismo y los demás, y la historia de las mujeres que vivieron en su hogar: de Rosa, su primera novia, que muere temprano, de su hermana Clara, que durante su infancia desarrolla condiciones de videncia y espirituales y que posteriormente se casa con Esteban Trueba en lugar de Rosa, de su hija Blanca y de la nieta Alba. Trueba es un despótico representante del viejo orden, que actúa de forma brutal contra sus enemigos personales y que hace valer sus intereses económicos de forma igualmente brutal y que protege su propiedad —grandes posesiones de tierra en el sur de Chile. Es un latifundista de libro: trabajador y consciente de que sólo él puede decidir sobre el destino de los que ahí viven. A los trabajadores del campo no les pertenece nada, a él le pertenece todo, y todo queda a su antojo: las mujeres, los animales, la cosecha. Naturalmente que apoya a los militares en su golpe contra Allende. Su ambición de poder y su ansia de dominación le hacen parecer invencible, pero le aíslan cada vez más del mundo —también de su mujer y de su hija. Sólo su nieta Alba siente simpatía hacia él y es

capaz de despertar un resto de ternura dentro de él. Todas las mujeres del libro son frágiles, en contraste con la figura racional y dominante de Esteban Trueba, aunque fuertes a pesar de todo, en ocasiones irracionales por su forma de actuar y sus puntos de vista, pero al mismo tiempo clarividentes respecto de lo que se avecina. Al final Alba escapa a duras penas a la muerte por torturas a manos de los golpistas, es golpeada y violada y al final del libro —en el epílogo— comienza «una historia interminable de dolor, sangre y amor». Como su abuela Clara, ella también escribe para «arrancar las cosas del pasado al olvido y sobrevivir a mi propio horror».

El libro se convirtió enseguida en un éxito de ventas —y no sólo en lengua española.

Un duradero éxito de ventas a nivel mundial por diversos motivos: por un lado, el nombre de la autora se dejaba vender bien —la sobrina del Presidente del Estado fallecido durante el golpe, eso sonaba inconfundiblemente a revolución y a golpe y a la sangrienta historia de Latinoamérica que se adecuaba bien para su comercialización en periódicos y revistas. Así, antes del lanzamiento de la novela aparecieron extensos artículos en la revista americana *People*, en el periódico *El País*, y también en *Spiegel* se publicó un largo perfil de la autora. La edición americana de *Vogue* llegó a publicar capítulos enteros antes de la salida del libro en forma de coleccionable. Pero por otro lado, no hay que olvidar la calidad literaria del libro: es una novela escrita de forma viva e interesante, cargada de historia e historias concretas con gran cantidad de personajes, con aventuras, deseo, pasión y magia —un libro que atrapa al lector desde su primera frase y que no lo suelta hasta la última frase, que es también la primera, «Barrabás llegó a la familia por vía marítima».

Los críticos literarios se fijaron de inmediato en tres cosas: la llamada «estructura cíclica» del libro, en la cual el final retoma el principio y de esta forma crea una historia interminable, el «realismo mágico», que permite en la narración otras realidades que no sean la comprensión de la realidad europea y racional, y los paralelismos con la obra de *Cien años de soledad* de Gabriel García Márquez, aparecida en

1967. El escritor colombiano recibió el Premio Nobel de Literatura en 1982, justo el año de publicación de *La casa de los espíritus*. Es cierto que se dan esas analogías: ambas novelas narran la historia de un país latinoamericano, que representa a toda Latinoamérica, basándose en la historia de una familia a través de varias generaciones; ambos trabajos son autobiográficos e incluso existen coincidencias en detalles como los mote de las personas. «Conocía a casi todos los autores del boom latinoamericano», dijo Isabel Allende al respecto en una entrevista, «cuando escribí *La casa de los espíritus* leía a Gabriel García Márquez, Llosa [Mario Vargas Llosa], Jorge Amado, Carlos Fuentes. Y al principio me sentía muy orgullosa cuando los lectores se referían a la influencia de Gabriel García Márquez, pero hoy me produce un poco de tristeza» —en el momento de la entrevista había publicado cinco libros más. «Y además, *Cien años de soledad* la había leído cuando fue publicada, muchos años antes de que saliera mi novela, y no me acordaba de demasiados detalles.»

Un nuevo golpe del destino asoló a la familia a comienzos de los años ochenta, cuando Isabel Allende escribía *La casa de los espíritus* y se acostumbraba lentamente a la vida en Venezuela, cuando Hortensia Bussi de Allende y su hija Isabel seguían activas en el movimiento internacional de solidaridad hacia Chile. En realidad no fue un golpe del destino, sino que hubo que lamentar una nueva víctima del golpe de Pinochet: Denise Pascal Allende y su madre vivían entretanto en Cuba. Allí, Laura Allende fue operada nuevamente de cáncer —el resultado no dejaba demasiado margen para la esperanza. Estaba enferma de muerte y sólo deseaba una cosa: volver a Chile para morir ahí. Presentó una solicitud ante las autoridades chilenas, que entonces permitían el retorno de algunos refugiados. Fue denegada. Tampoco derivó de nada que en una segunda solicitud intercedieran por ella tanto el Papa como el cardenal de Santiago, Raúl Silva Henríquez. Pinochet se mantuvo inflexible. Denise Pascal Allende habla: «Dijo [Pinochet] que Laura Allende no podía regresar a Chile, ni viva ni muerta. Mi madre, que sabía que sólo le quedaban unos pocos meses de vida y que su energía ya estaba totalmente consumida, se suicidó. Eso fue a

principios de 1981, y a Denise Pascal Allende se le prohibió incluso enterrar en Chile a su madre. Sus hijas regresaron a Chile después de 1982, porque fueron incluidas en la amnistía que permitía regresar a todos los exiliados que en 1973 tuvieran como mucho diecisiete años de edad, y porque su padre aún vivía ahí. Denise Pascal Allende siguió hasta Argentina, donde la dictadura militar acababa de ser relevada por un gobierno civil tras la malograda guerra de las Malvinas contra Gran Bretaña. Ahí permaneció hasta 1988 y regresó a Santiago. También entonces se trasladó el féretro con los restos mortales de su madre y fue enterrada de nuevo en Chile.

*La casa de los espíritus* fue un éxito a nivel mundial —sin embargo, en Chile el libro no se podía conseguir de forma oficial. Estaba prohibido por la dictadura y sólo podía ser introducido de contrabando con una cubierta diferente desde Argentina u otros países. Pero las primeras copias ilegales circularon enseguida, iban pasando de mano en mano, se vendían en las mesas de libros de las universidades o en tiendas de antigüedades —donde, no obstante, había que preguntar por ellas a hurtadillas.

Aunque las represalias hubieran cedido algo después de que los militares se establecieron en base al terror —por un lado a raíz de la presión internacional, por otro lado al ver Pinochet asegurado su dominio —los libros y otros medios seguían bajo censura estatal. Pinochet ya había dicho en 1977 que se podía volver lentamente a una democracia «tutelada» —tutelada significaba aquí, en principio, una democracia sin partidos. En 1978, cinco años tras el golpe de estado, intentó legitimarlo mediante un plebiscito. Esta votación fue una farsa. Tres cuartas partes de los chilenos votaron «sí» a la pregunta: «¿Apoya Usted al Gobierno frente a los agresores internacionales?» Un «no» hubiera sido peligroso con toda seguridad —la papeleta era tan fina que aunque estuviera doblada, se podía ver exactamente lo que se había votado. Al mismo tiempo, Pinochet dejó que una selección de políticos conservadores creara una Constitución a su medida. A la cabeza de ese gremio constitucional estaba el ex-Presidente Jorge Alessandri, que, sin embargo, dimitió tras unas

discusiones con Pinochet, a quien algunas partes del proyecto la parecían demasiado liberales.

El resultado fue una Constitución autoritaria: un mandato del Presidente de ocho años —Pinochet había querido en principio hasta dieciséis años—, un Parlamento cuya influencia era considerablemente inferior que en la Constitución anterior, un Senado unicameral, en el cual un tercio de los diputados no eran elegidos sino designados por Pinochet —todo esto no habla precisamente de una Constitución de corte liberal y democrático. La nueva Constitución fue aprobada en referéndum el 11 de septiembre de 1980. El 67 por ciento, una mayoría de escasamente dos tercios de los chilenos, se decantó a favor del borrador, el 30 por ciento estaba en contra. Una victoria, a pesar de todo, pero no fue una legitimación democrática. El que se pronunciara en contra de la nueva Constitución corría el riesgo de ser detenido.

Pinochet legalizó su dominio mediante esta nueva Constitución: hasta 1989 era el jefe del Estado, jefe del gobierno y responsable de la seguridad interior y exterior, al mismo tiempo tenía el derecho de nombrar a los altos mandos de las fuerzas armadas y de la policía. El 11 de marzo de 1981 tomó posesión de su cargo y trasladó la sede de su cargo a la Moneda, el palacio presidencial, en un gesto cargado de simbolismo. Pero a pesar de todas estas medidas y a pesar de toda la represión, a comienzos de los años ochenta volvieron a formarse protestas contra el gobierno. Las primeras fueron organizadas por representantes sindicales: Manuel Bustos, de los trabajadores textiles, Rodolfo Seguel, de las minas de cobre El Teniente y Tucapel Jiménez, que en un primer momento había apoyado a Pinochet. En 1982 fue asesinado por el servicio secreto. Rodolfo Seguel convocó a los chilenos a una huelga general el 11 de mayo de 1983 —un acto de un significado más bien simbólico, pero que encontró un apoyo sorprendentemente amplio: Santiago quedó paralizado, hubo manifestaciones en las calles y todo el mundo se dio cuenta: la resistencia contra el régimen estaba viva.

Isabel Allende había comenzado cuatro meses antes, el 8 de enero de 1983, su segunda novela *De amor y de sombra*. Unos trabajadores

de la pequeña comuna de Lonquén, a unos 50 kilómetros al sudoeste de Santiago, llevaron a cabo un hallazgo estremecedor en 1978: hallaron los cadáveres abandonados de unos quince hombres en unas caleras abandonadas —eran todos campesinos del pueblo, todos fueron deportados y asesinados durante el golpe. El hallazgo fue dado a conocer por la Iglesia católica, y la prensa nacional e internacional estaba informada antes de que las autoridades chilenas pudieran ocultar la noticia. Es cierto que los militares volaron las caleras para evitar que se convirtieran en lugares de peregrinación en los cuales los familiares de los desaparecidos pudieran llorar a sus parientes asesinados. Lo que los militares no pudieron evitar fue que la Justicia llevara por primera vez ante los tribunales a miembros de las fuerzas armadas y los condenara —aunque estos fueran más tarde amnistiados por Pinochet.

Este suceso da forma al trasfondo de la segunda novela de Isabel Allende. Habla de un lugar llamado Los Riscos y los cadáveres se encuentran en unas minas abandonadas en lugar de caleras; pero en las entrevistas subraya una y otra vez que investigó para el libro con gran detalle. Habló con militares que habían tomado parte en fusilamientos y con familiares de los desaparecidos, leyó informes de organizaciones en defensa de los Derechos Humanos, también de otros países de Latinoamérica como Argentina y Uruguay, en los cuales los militares habían causado estragos de forma similar a Chile.

«Dos obsesiones me guían, dos fenómenos contrapuestos: amor y odio, luz y oscuridad», dijo en una ocasión durante una entrevista en 1986. De ahí también el título de la novela, y sobre eso quería hablar en el libro: «Un viaje a la violencia y al horror llevado a cabo por dos personas inocentes, que en realidad no tienen nada que ver con ello y no sospechan nada. Mis protagonistas buscan el amor en medio de la floreciente primavera. Se reúnen, se aman el uno al otro, se desean. Y de repente se dan cuenta de que están involucrados en una situación de la cual no hay salida.»

*De amor y de sombra* cuenta la historia de la periodista Irene y del fotógrafo Francisco, que es en realidad psicólogo, los cuales se enteran a la vez de los muertos en la mina, la abren, fotografían los cadáveres y

finalmente entregan las fotos al cardenal de Santiago, que hace todo público. Irene y Francisco se ponen así en peligro, son perseguidos por distintas unidades del ejército y al final tienen que escapar fuera del país: traspasan la frontera hacia Argentina por el sur del país, a través de una vieja ruta de contrabandistas que atraviesa espesos bosques y pasa junto a volcanes cubiertos de nieve. «Se sentían pequeños, solos y vulnerables, dos navegantes desolados en un mar de cimas y nubes, en un silencio lunar; pero también sentían que su amor había adquirido nueva y formidable dimensión y sería su única fuente de fortaleza en el exilio.

En la luz dorada del amanecer se detuvieron para ver su tierra por última vez.

—¿Volveremos? —murmuró Irene.

—Volveremos —replicó Francisco.

Y en los años que siguieron, esa palabra señalaría sus destinos: volveremos, volveremos.»

Si en *La casa de los espíritus* Isabel Allende cambiaba a menudo las perspectivas de la narración y el libro vivía en gran medida de esos diferentes puntos de vista, *De amor y de sombra* está escrito de una forma más claramente tradicional. Hay un narrador omnisciente, y el tiempo de la narración se mantiene con rigor. La novela no tuvo tanto éxito como la primera de Allende, tal vez porque se echa en falta lo exótico-mágico y porque cada escena de la obra es realista y verificable, o porque las características de las personas que actúan son más evidentes —están los buenos y los malos y no hay casi nadie en medio—, o porque es explícitamente política o porque la forma narrativa parece en ocasiones bastante sencilla.

Tal vez fuera también una cuestión de calidad literaria. El libro no era malo, pero tampoco convincente. Ulrich Greiner resumía en julio de 1986 en *Die Zeit*: «Los abundantes pasajes anecdóticos tienen gracia, las retrospectivas son concisas, las apariciones de los personajes secundarios son breves, el cambio en la perspectiva narrativa llega a tiempo. Así, la historia se lee participativamente y sin aburrimiento, y esto ya es más de lo que a menudo ofrece la literatura actual. Existen

libros lentos y libros rápidos. Con los lentos hay que tener tacto, hay que hablarles, conocerlos paulatinamente hasta que uno se mete en ellos como en un cuadro y se pierde en él. Por contra, los libros rápidos se leen rápidamente y se olvidan rápidamente. *De amor y de sombra* es un libro extraordinariamente rápido.»

Y los críticos formulan por primera vez un reproche que Isabel Allende tendría que escuchar posteriormente cada vez más a menudo: que es sentimental y se mueve a menudo en el límite de lo cursi —en ocasiones llega a superarlo. Alguien lo formuló de una forma todavía más aguda: siendo a menudo sentimental y cursi, Allende ayuda al lector en una huida de la realidad hacia un imaginario mundo romántico— eso es escapista y lleva al final a una actitud conservadora en la que se piensa que «todo saldrá bien». Así, sus libros no son en última instancia más que culebrones literarios.

«No me interesan los experimentos formales», dijo al respecto en una entrevista. «Quiero hablarle a los lectores sobre mi país. Quiero informarles sobre las cámaras de torturas, de la situación política que hay ahí, de personas que se mueren de hambre y de otras que se venden a sí mismas porque no tienen nada que comer. No creo que algo así suceda en los culebrones. Eso son melodramas que no tienen nada que ver con la política y las batallas sociales. Transcurren muy alejadas de la pobreza y de las batallas humanas. Y mis libros no hacen eso. A lo mejor son sentimentales, en ocasiones tal vez hasta cursis.» Y en una entrevista posterior dijo bastante enfadada: «Si la maravillosa novela de García Márquez *El amor en los tiempos de cólera* la hubiera escrito una mujer, hubiera sido descrita como melosa, más que sentimental, repleta de dulce sentimentalismo femenino. Pero como es de García Márquez, un escritor masculino, todo está bien. Sólo los hombres pueden permitirse el lujo de ser sentimentales alguna vez.»

A mediados de los años ochenta la situación en Chile comenzó a cambiar poco a poco. La oposición se hacía más fuerte y ruidosa —y los partidos se iban reagrupando en una clandestinidad relativa. Porque a pesar de toda la represión, el sistema de partidos nunca quedó

destruido del todo: el Partido Nacional había apoyado el golpe y no tuvo que soportar ningún tipo de represalias. Los comunistas aguantaron unidos a pesar de toda la represión, tal vez porque estaban habituados a las organizaciones en la ilegalidad y porque el grupo guerrillero Frente Patriótico Manuel Rodríguez (FPMR), apoyado por ellos, tenía una cierta estructura a comienzos de los años ochenta gracias a los pequeños actos de terrorismo contra el Estado, como la voladura de tendidos eléctricos. Los socialistas estaban peleados en cuanto al camino adecuado para la resistencia contra la dictadura, pero se iban uniendo cada vez más, aunque fuera en fracciones diferentes. Los cristianodemócratas estuvieron sin dirección momentáneamente tras la muerte de Eduardo Frei en enero de 1982, pero se constituyeron de nuevo bajo Gabriel Valdés.

Pronto se formaron las primeras coaliciones entre los partidos, y una alianza de centro-izquierda bajo dirección cristianodemócrata cristalizó rápidamente como la agrupación más fuerte: englobaba a los cristianodemócratas (PDC, Partido Democracia Cristiana), los fragmentos de tendencia europea-socialdemócrata de los socialistas, además de los restos del Partido Radical, de tendencia más liberal de izquierdas —una Unidad Popular desprovista así de los comunistas pero engordada por los cristianodemócratas. Los comunistas se aliaron con una parte de los socialistas en torno al dinamitado resto del MIR formando el MDP (Movimiento Demócrata Popular), la derecha se fragmentó en varios grupos, de entre los cuales los mayores fueron la RN (Renovación Nacional) y la UDI (Unión Demócrata Independiente).

Los partidos liberales y de izquierdas organizaron la resistencia. Ésta se manifestaba principalmente en jornadas de protesta, que molestaban bastante al régimen. A veces el ejército procedía brutalmente contra los manifestantes, sobre todo en los barrios pobres de Santiago, que seguían siendo los feudos de la oposición. Pero Pinochet no se mostraba oficialmente afectado por las protestas, y ni siquiera un atentado fallido en septiembre de 1986, probablemente llevado a cabo por el FPMR y en el que fallecieron cinco de sus guardaespaldas me-

dante coche-bomba, trastocó sus planes. Según la Constitución de 1980 era jefe del Estado hasta 1989, y tenía planeado ganar el plebiscito de 1988 y seguir gobernando durante ocho años más.

Tal vez por ello permitieron los militares en mayor medida el regreso al país de los chilenos que vivían en el exilio. Entre 1977 y 1982 podían regresar a Chile unas ciento veinte personas al año, a partir de entonces eran hasta mil al año. Por eso Ramón Huidobro y Francisca Llona Barros, el padrastro y la madre de Isabel, regresaron también a Santiago en 1986.

Pero Isabel Allende se quedó en Caracas. Había comenzado en enero de 1985 su tercera novela *Eva Luna*. Dejó su trabajo en el colegio, no solamente porque mientras tanto ya podía vivir bien de los ingresos de las ventas, sino sobre todo porque notaba que su camino era la literatura, como escribe más tarde en *Paula*: «Cuando me senté ante la máquina para iniciar el libro no lo hice como en los dos anteriores llena de excusas y dudas, sino en pleno uso de mi voluntad y hasta con cierta dosis de altivez. Voy a escribir una novela, dije en voz alta.»

El trabajo con el libro no avanzó tan rápido como con las dos primeras novelas. Esto tenía sus motivos: por un lado que Isabel Allende era ya una escritora conocida y celebrada a nivel internacional, y por otro lado que se hallaba en una situación personal muy complicada: en el verano de 1987 se separó de su marido Miguel Frías. Expresó lo que ambos pensaban —su vida en común había llegado a su punto final. «En pocas horas deshicimos veintinueve años de amor y veinticinco de casados, sin portazos, recriminaciones ni abogados, sólo con algunas lágrimas inevitables, porque a pesar de todo nos teníamos cariño y creo que en cierta forma lo tenemos.»

*Eva Luna* cuenta la vida de la protagonista del título desde dos perspectivas diferenciadas: por un lado como narración en primera persona, por otro lado autorial. Enlaza las historias de tres personas. Está por un lado Eva Luna, que nace hija de una sirvienta, que crece aislada del mundo exterior y bajo la tutela de la madrina y que tiene el gran talento de inventar historias y contarlas. Conoce pronto a

Huberto, un niño de la calle, que más tarde se une a la guerrilla y se convierte en uno de sus cabecillas. Al mismo tiempo se cuenta la historia del periodista Rolf Carlé, que crece en Austria como hijo de un profesor tiránico. Rolf emigra más tarde a Sudamérica y vive con unos familiares en una colonia de habla alemana. Tras múltiples acontecimientos, los caminos de los tres se cruzan cuando Eva acepta ayudar a la guerrilla durante la liberación de algunos guerrilleros presos. Así conoce a Rolf, que ya ha documentado algunas acciones del movimiento de resistencia y que también quiere filmar este acontecimiento. La liberación se consigue. El gobierno quiere encubrirlo todo, Rolf no puede enseñar la película una vez terminada y tiene que esconderse junto a Eva. Se enamoran y se casan en la colonia de los familiares de Rolf.

*Eva Luna* se desarrolla en un país del caribe latinoamericano que no es nombrado —no en Chile como los primeros libros de Isabel Allende. «No hubiera podido escribir nunca el libro si no hubiera vivido trece años en Venezuela», dijo Isabel Allende en una entrevista en 1991, «un personaje como Eva Luna sólo es posible en el Caribe. Todo el tono es diferente: desvergonzado, prolífico, arrogante, exagerado.» Al igual que *La casa de los espíritus*, *Eva Luna* irradia también un enorme deseo de fabulación; la voluntad de Isabel Allende de narrar con abundancia de anécdotas y hechos, de caracterizar a las personas con todo lujo de detalles, de atrapar al lector. «Cuando leo, quiero pasión, acción y personajes fuertes, a los que les ocurren muchas cosas. El minimalismo me aburre.» Y por ello *Eva Luna* va sin aliento de acontecimiento en acontecimiento.

El libro documenta al mismo tiempo —según Isabel Allende— un capítulo de su desarrollo personal. Así como la escritura de *La casa de los espíritus* estaba inspirada en el deseo de registrar un mundo perdido, y *De amor y de sombra* fue escrita por rabia contra de las dictaduras, *Eva Luna* también representaba un determinado sentimiento fuerte que la acompañó durante un prolongado espacio de tiempo. En 1991 dijo: «Estaba orgullosa de ser una mujer. Hasta entonces había hecho ruido y alborotado en contra de las injusticias que se llevaban a



*La escritora Isabel Allende en el año 2001.*



cabo en contra de las mujeres, sin aceptar que no podía deshacerme de mi propia feminidad. Pero entonces me di cuenta de que iba ser siempre una mujer y que como mujer podía conseguir muchas cosas, tal vez más que la mayoría de los hombres. En *Eva Luna* abracé, por así decirlo, mi propia feminidad y mi lucha feminista.»

Isabel Allende nunca ha tratado de negar que se ve a sí misma como una escritora feminista. «Por favor, disculpen mi arrogancia: pero como soy una mujer y sobre todo porque soy una mujer inteligente, tengo que ser feminista», dijo en 1997 durante una conversación. «Soy consciente de mi sexo; sé que en la mayor parte de los países de la tierra es una desventaja nacer mujer. Sólo en sociedades muy privilegiadas, en grupos muy privilegiados, las mujeres tienen la libertad suficiente y la conciencia suficiente para siquiera luchar por sus derechos. Pero las mujeres tienen que hacer en todas partes el doble de esfuerzo que cualquier hombre para recibir la mitad de reconocimiento.»

*Eva Luna* se publicó en España en 1987, e Isabel Allende conoció todavía ese mismo año al que sería su segundo marido, el abogado William Gordon, durante un viaje de lectura, que entre otros sitios también pasaba por California. En diciembre de 1987 se fue a vivir con él a San Rafael, una pequeña ciudad costera cerca de San Francisco. Fue a prueba durante un tiempo corto —y se ha quedado hasta hoy. En agosto de 1988 se casó con William Gordon, entre otras cosas, como escribió más tarde, porque de otra forma no obtendría un nuevo visado y hubiera tenido que abandonar el país; a través del matrimonio obtuvo un permiso de estancia duradero.

Los primeros tiempos en Estados Unidos significaron un gran cambio para Isabel Allende. Vivía precisamente en aquel país que era corresponsable de los estragos causados por el ejército en su patria. Tuvo que aprender a diferenciar entre la gran política y la vida cotidiana en California —arrancada además del idioma en el que vivía, pensaba y trabajaba. Durante el semestre de primavera de 1988 dio clases de Creative Writing en el Barnard College en Berkeley, y en otoño en la Universidad de Virginia, en la que también trabajaba su hija Paula. Al mismo tiempo escribió su primer y hasta ahora único libro de

cuentos: *Cuentos de Eva Luna*. Estos surgieron en una fase de nueva orientación, en la encontraba poco tiempo para escribir —por ello se centró en el estilo literario más breve.

A mediados de 1988 había cambiado la situación política en Chile. Las fuerzas de seguridad no intervinieron durante la festiva colocación de una corona de flores sobre la tumba de Salvador Allende en su ochenta aniversario. Pinochet levantó en agosto el estado de excepción, entre otras cosas porque le preocupaba dar una imagen más civil poco antes de la consulta popular sobre su nueva presidencia hasta 1997. Amnistía Internacional denunció inmediatamente después que durante los últimos dieciocho meses más de cien chilenos habían sido asaltados y deportados por comandos de las fuerzas de seguridad. A pesar de ello cada vez más políticos de la Unión Popular regresaban a Chile. También Denise Pascal Allende, que vino a escondidas por la frontera con Argentina. Pocos días después se entregó a las autoridades para legalizar su entrada en compañía de los abogados de una organización pro Derechos Humanos de la Iglesia. Los militares retiraron otras prohibiciones de entrada a principios de septiembre, entre ellas las de Tencha y sus hijas. Isabel Allende Bussi regresó acto seguido a Chile, mientras que Tencha explicaba que quería volver después del aniversario del golpe. Cuando el 6 de septiembre de 1988, durante el decimotercero aniversario de la elección de Salvador Allende, trescientas mil personas se echaron a la calle para, por un lado conmemorarla, y por otro lado para demostrar que votarían en contra de una nueva presidencia de ocho años de Pinochet en la consulta de comienzos de octubre, quedó claro que Chile se había abierto políticamente durante los últimos años, y además sin marcha atrás —aunque se siguieran produciendo abusos, amenazas de muerte y torturas. Pinochet seguía confiado, a pesar de las protestas en su contra, que tampoco se detuvieron durante el aniversario del golpe, que los militares quisieron celebrar festivamente como cada año el *Día de la Libertad*. Estaba seguro de que ganaría el referéndum.

En su contra se presentaba la alianza de quince partidos creada en febrero de 1988, la *Concertación de los Partidos por el No*, una unión

básicamente de centro-izquierda bajo dirección cristianodemócrata. Con ingenio y muchas ideas dio a conocer su postura política —fin del dominio de Pinochet en 1989 y nuevas elecciones—, a pesar de que la dictadura lo hacía todo por evitarlo. Con dureza: durante la primera mitad de 1988 fueron detenidas dos mil personas por cuestiones políticas, y en el instante en que los grupos se manifestaban en cualquier lugar, aparecían los carabineros y disolvían por la fuerza esas manifestaciones. Con promesas: poco antes del plebiscito Pinochet hizo campaña buscando el favor de los electores con un nuevo programa de construcción de viviendas, viajó por el país acariciando niños y sonriendo a las madres como un bondadoso padre de la patria y habló siempre que pudo de democracia, todo escenificado para la televisión.

El 24 de septiembre de 1988 fue un gran día para todos los opositores del régimen: Hortensia Bussi de Allende regresó a su patria tras quince años de exilio. Unas mil personas la esperaban en el aeropuerto de Santiago —los militares no habían permitido más. «Nuestro mensaje no es el miedo, sino la esperanza, no es el odio, sino la alegría, no es el pasado, sino el futuro», dijo en una breve alocución. El trayecto del aeropuerto a la ciudad parecía un paseo triunfal. Miles de habitantes, en especial de los barrios pobres de Santiago, se agolpaban en las calles, y por la noche celebraron el retorno de la viuda del Presidente en un concierto del grupo Inti-Illimani, que se encontraba fuera del país en el momento del golpe y que había regresado solamente una semana antes.

El 5 de octubre se decidió sobre el futuro de Chile: ocho años más de Pinochet o nuevas elecciones durante el invierno de 1989. El resultado fue claro: el 43 por ciento de los chilenos votó a favor de Pinochet, el 54 por ciento en su contra. El dictador, seguro de su victoria hasta el último momento, había perdido. Él mismo anunció de inmediato que se iba a presentar como candidato a la presidencia en 1989 —no lo hizo, porque eso hubiera ido en contra de la Constitución promulgada por él mismo.

Al final, tres candidatos se sometieron a la voluntad de los electores. Por la Concertación se presentó, tras largos debates, el cristiano-

demócrata Patricio Aylwin Azócar. El socialista Ricardo Lagos, uno de los representantes más destacados de la alianza, renunció a la candidatura, ya que en ese caso hubiera existido el peligro de que sectores de los cristianodemócratas se escindiesen. También Gabriel Valdés y Eduardo Frei, el hijo del antiguo Presidente del mismo nombre, retiraron su candidatura. Además, Aylwin era muy conocido, no en vano había sido portavoz oficial de la Concertación durante los preparativos para el referéndum. El candidato de la derecha unificada fue Hernán Büchi, que había sido ministro de Hacienda con Pinochet desde 1985.

El resultado de las elecciones del 14 de diciembre de 1989 fue bastante parecido al del referéndum: Patricio Aylwin Azócar obtuvo el 55 por ciento de los votos, Büchi y otro candidato, el millonario Javier Errázuriz, que se presentaba en nombre de una oscura plataforma política, lograron juntos el 43 por ciento. En las elecciones parlamentarias la Concertación alcanzó 72 de 120 escaños en la cámara de representantes y 22 de los 38 escaños a elegir en el Senado.

Isabel Allende escribió en *Paula*: «El país despertó de un letargo de dieciséis años y dio sus primeros pasos en una democracia de transición en la cual el General Pinochet continuaba como Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas por ocho años más, una parte del Congreso y toda la Corte Suprema habían sido designadas por él y las estructuras de militares y económicas permanecían intactas. [...] La democracia debería avanzar con lento y torcido paso de cangrejo.»

## 11. El camino de vuelta a la democracia

Los chilenos habían elegido al Presidente adecuado con Patricio Aylwin. Su objetivo era la convivencia democrática. Actuó con cuidado y con habilidad y se aseguró el apoyo de los otros partidos que no pertenecían a la alianza en el gobierno. No en vano tenía un programa ambicioso: quiso crear de nuevo un consenso democrático entre la población, trató de acabar con las violaciones de los Derechos Humanos de la dictadura y dar los primeros pasos para terminar con la desigualdad social que había causado el programa económico de Pinochet.

Durante el gobierno de Aylwin se fundó también la llamada Comisión de la Verdad y de la Reconciliación, dirigida por Raúl Rettig, cuya tarea fue aclarar las violaciones de los Derechos Humanos de los militares. Su informe no tuvo consecuencias —ya que los militares se habían obsequiado en 1978 con una amnistía.

Aún así, la política dejaba sitio a paso de cangrejo para gestos significativos: Salvador Allende recibió un sepelio de Estado en septiembre de 1990, casi diecisiete años después de su muerte. «Enmendamos aquí una injusticia que se cometió hace mucho tiempo: la negación del honor del cual la comunidad humana suele hacer partícipes a sus difuntos, en especial cuando estos se han destacado de la masa de conciudadanos durante su existencia terrenal», dijo el presidente Aylwin durante el funeral, en el que participaron el gobierno chileno al completo e invitados de todo el mundo. Varios cientos de miles de chilenos abarrotaron las calles cuando el féretro con los restos mortales del Presidente fue trasladado al cementerio municipal de Santiago. Para el

entierro de Estado había luchado especialmente la Fundación Salvador Allende, que había sido fundada el mismo año y cuya presidenta es su hija Isabel.

La escritora Isabel Allende había encontrado, tras algunos problemas iniciales, su hogar en California, lo que también se reflejó en su trabajo literario. Su libro *El plan infinito* ya no se desarrolla en Latinoamérica, sino que mezcla ambos mundos, el norteamericano nuevo y el antiguo del sur: la obra cuenta la historia de Gregory Reeves, que se dedica a su carrera, a amoríos esporádicos y a un estilo de vida lujoso, hasta que se da cuenta de que de esta forma se está perdiendo y que así no encuentra su felicidad. El lugar de la acción es California, con su mezcla de población de inmigrantes americanos y latinoamericanos, activistas y desinteresados por la política, hippies, drogadictos y hombres de negocios de éxito.

En esta novela se volvió a demostrar también el extraordinario talento de Isabel Allende como narradora. Al igual que en sus otros libros, se da aquí una mezcla de personajes extraños, la narración avanza a menudo con una leve falta de aliento, las descripciones llegan a ser malintencionadas, en especial cuando refleja la sociedad americana desde una irónica perspectiva latinoamericana. Aún así, algunos críticos echaron algo en falta: *El plan infinito* tiene debilidades que en otros libros de la autora no se encuentran. Al relato le falta a veces densidad, mucho de lo que se lee parece no haber sido vivido, sino escuchado o leído y más tarde transformado en literatura. Mientras que en sus otros libros se podía adivinar Latinoamérica en cada frase y el lector percibía que, aunque no todo hubiera sido vivido en carne propia, estaba impregnado de un profundo entendimiento de la realidad latinoamericana, este sentimiento no aparece al leer algunos episodios de *El plan infinito*. Es posible que el conocimiento de Estados Unidos de Isabel Allende aún no fuera lo suficientemente profundo.

Pero los lectores de Isabel Allende también se lanzaron a por este libro, y se convirtió en un superventas, al igual que todos sus anterior-

res libros: No tanto como *La casa de los espíritus*, pero de todos modos esa tirada no la alcanzó ninguno de los títulos de Allende.

Isabel Allende escribió en *Paula* que el golpe militar en Chile fue uno de los mayores golpes del destino en su vida. Pero no sólo el 11 de septiembre de 1973, el día del golpe, supuso un punto de inflexión en su vida, también el 6 de diciembre de 1991. Isabel se encontraba en España con su marido y su hija en la presentación de *El plan infinito*, cuando Paula sufrió un ataque agudo de porfiria, un trastorno poco frecuente en el metabolismo del sistema sanguíneo.

Paula quedó ingresada en un hospital de Madrid y, como más tarde sospechó Isabel Allende, fue tratada de forma equivocada. El 6 de diciembre entró en coma, del que ya no saldría, a pesar de todos los cuidados médicos y caseros. Murió justo un año después, el 6 de diciembre de 1992, en San Rafael, California, en casa de su madre, donde durante los últimos meses fue cuidada por ella, por la familia y por los médicos. «Eran las cuatro de la madrugada. Su vida se detuvo sin lucha, ansiedad ni dolor, en su tránsito hubo paz y el amor absoluto de quienes la acompañábamos», escribió más tarde en el libro *Paula*, el regalo literario para su fallecida hija. «Murió sobre mi regazo, rodeada por su familia, por los pensamientos de los ausentes y los espíritus de sus antepasados que acudieron en su ayuda.»

Isabel Allende escribió el libro junto a la cama de su hija. En ella cuenta en episodios su vida y la de su familia, en medio describe una y otra vez el desarrollo de la enfermedad, la decadencia paulatina de su hija, su desesperación al respecto y su dolor. El libro fue editado en diciembre de 1994, dos años después de la muerte de su hija.

En *Paula* se encuentra todo lo que los lectores aman de la forma de escribir de Isabel Allende, y también lo que algunos críticos detestan tanto. El libro es de una sinceridad asombrosa, de una sinceridad radical inesperada hacia ella misma y hacia la familia. Es un libro personal, en el que también describe, por ejemplo, cómo un pescador abusó de ella cuando tenía ocho años y cómo sospechó durante mucho tiempo que el abuelo se había enterado y había matado al pescador.

A veces esta sinceridad parece ingenua, en ocasiones hasta demasiado cariñosa. Pero Isabel Allende nunca ha escondido que cree en el lado bueno del ser humano y en la fuerza del amor y del perdón. Eso se pudo leer en *De amor y de sombra*, y en 1986 dijo en una entrevista en *Der Spiegel*: «Las armas no pueden ser derrotadas con besos ni las balas con flores. Tras el golpe militar de 1973 quedamos atrapados en Chile por una ola de violencia; en todas partes había muertos, torturados, presos y desaparecidos. Pero creo que todo ser humano tiene unas facultades desconocidas para superar el horror. Y una de ellas es el amor.»

La sinceridad de Isabel Allende y la ligera tendencia a la ingenuidad, que se refleja en su obra a través de algunas formulaciones en ocasiones algo cursis, invitan a una crítica feroz. Se dio, precisamente con *Paula*, y en Alemania especialmente por parte de *Der Spiegel*. «Abundante sensiblería» pudo leerse ahí, «un viaje desenfrenado en el tren fantasma del mal gusto», «cascadas de cursilería»; la crítica alcanzó su cota máxima con las frases: «la mezcla no reflejada de conspiración de espíritus, ingenuidad y esoterismo, hacen del libro un documento de la negación de la realidad. *Paula* no es una confrontación con su vida propia, sino una constante huida de la misma.»

«No me asusta un poco de cursilería», dijo Isabel Allende sobre esos reproches en una entrevista. Durante mucho tiempo había traducido novelas baratas del inglés al español para ganar algún dinero. «Creo que a veces hasta es inevitable. Sobre algunas cosas como el amor no se puede escribir sin ser un poco cursi. Y por cierto, ¿quién determina qué es cursi? Los hombres. Eso lo hacen los hombres, no las mujeres.» La frontera con lo cursi la tiene muy clara, más hoy que en los comienzos de su trabajo literario. Pero en cualquier caso, para ella tiene mayor importancia la cuestión de quién determina qué es literatura seria y buena. En 1992 hizo unas declaraciones sobre los escritores y críticos de Latinoamérica que también podría ser válida para los de otras nacionalidades: «He coincidido con la mayoría (de escritores latinoamericanos) —Vargas Llosa, Fuentes, García Márquez—, pero no los conozco bien. En Latinoamérica las mujeres no son respe-

tadas. Como mujer, tienes que esforzarte el doble para obtener la mitad de reconocimiento. Y diez veces más como escritora. En esta sociedad dominada por el hombre, a la mujer no le está permitido ser creativa. Pueden ser intérpretes, cantantes, bailarinas, actrices o músicas, pero no se las ve como compositoras, escritoras o pintoras. La sociedad literaria masculina de Latinoamérica sería feliz si las mujeres únicamente escribieran libros de cocina, libros infantiles y poemas. No dejéis que se acerquen a lo demás, a la literatura de verdad. Ellos, los hombres, son los únicos a los que les está permitido escribir novelas, también sobre mujeres.»

*La casa de los espíritus* fue estrenada nuevamente a mundial en 1993. En efecto, gracias a la película producida por Bernd Eichinger, en la que Billie August se encargó de la dirección y que con estrellas como Jeremy Irons, Meryl Streep, Glenn Close, Winona Ryder, Antonio Banderas, Vanessa Redgrave y Armin Müller-Stahl contaba con un reparto excepcional. Los críticos vacilaron entre la crítica muy dura y el elogio benevolente, pero la película no fue celebrada por nadie. A Isabel Allende le pareció buena: «Ya no era mi historia», dice en una entrevista, «pero era una buena historia. Cuando termino un libro, dejo que se vaya de mis manos. Entonces la novela ya no me pertenece. Le pertenece entonces a cada lector, y éste es entonces responsable de lo que haga con ella.» La película fue un éxito económico, como lo había sido el libro, lo mismo que *De amor y de sombra*, una producción en todo caso más modesta que llegó a los cines en 1994.

Isabel Allende recibió ese mismo año de manos del Presidente del Estado Patricio Aylwin el Premio Gabriela Mistral, el galardón cultural chileno más destacado. Su legislatura se llegaba a su fin tras cuatro años de gobierno de transición. Había logrado algunas cosas: en noviembre de 1993 por primera vez se exigieron responsabilidades a oficiales por violaciones de los Derechos Humanos durante la dictadura de Pinochet. Al mismo tiempo, el gobierno había logrado terminar con la permanencia en los cargos de los más de trescientos alcaldes de

ciudades y municipios que habían sido nombrados por el gobierno de Pinochet, y que las administraciones municipales fueran elegidas nuevamente. También aquí se demostraba que la Concertación, la alianza gubernamental, disponía de una mayoría holgada —el 52 por ciento de todos los alcaldes eran suyos, sólo el 30 por ciento de los partidos de derechas. Pero el Presidente había fracasado en dos de sus propósitos más importantes: en el intento de que el jefe del Estado volviera a ser el comandante en jefe de las fuerzas armadas —los partidos de derecha lo bloquearon con facilidad, ya que para una modificación semejante de la Constitución hubiera sido necesaria una mayoría de dos tercios, con lo que Pinochet siguió siendo comandante en jefe—, y en la abolición de los miembros del Senado establecidos y nombrados según la Constitución de Pinochet. Este objetivo también fue bloqueado en el Parlamento. Tampoco tuvo éxito en el intento de recortar el presupuesto del ejército.

Y aunque no fracasó, en otro punto más Aylwin avanzó sólo de forma tangencial: la fractura de la sociedad entre pobres y ricos apenas se había reducido. Aunque el gasto social aumentó en un tercio entre 1989 y 1993, el número de pobres en el país sólo había descendido del 40 al 33 por ciento. Chile seguía muy lejos de lo que habían sostenido los dos autores chilenos Joaquín Lavín y Luis Larraín en 1989, tras la renuncia de Pinochet como Presidente, de que Chile «es una sociedad más eficiente y cultivada» que en tiempos del gobierno de Allende. Su justificación: el universo empresarial de Santiago, los supermercados y centros comerciales, el entusiasmo de los chilenos por los ordenadores y la asombrosa variedad y calidad de los productos que se podían comprar hasta en la tienda más pequeña —para ellos símbolos todos de una sociedad moderna. Pero algo pasaron por alto: la pobreza, que seguía presente, que en muchas regiones era mayor que hace veinte años, y una fractura social que antes no existía. Chile, un país que estuvo dominado una vez por la clase media y que se encontraba en el camino hacia una sociedad de clase media, se parecía mucho más que antes a sus vecinos latinoamericanos, con los típicos contrastes extremos de un país en vías de desarrollo.

Jacques Chonchol, antiguo ministro de Agricultura de la Unidad Popular, llega por ello a otra conclusión: «Por supuesto que el país cambió completamente durante la dictadura. Hoy ya no mandan los movimientos sociales. En su lugar triunfan el consumo y los nuevos ricos, que antes no existían en Chile. La clase media se definía antes siempre por la formación. El dinero no era tan importante para ella. Hoy es justo al revés.» Eso lleva en ocasiones a curiosas manifestaciones. El periodista estadounidense Marc Cooper escribió en 1998 en la revista liberal de izquierdas *Nation* que en Santiago reinaba la apariencia. Citaba ejemplos: «La policía detectó en un control de policía en el lujoso barrio Vitacura que un alto porcentaje de los conductores a los que se les quería multar por usar el móvil, usaba teléfonos de juguete —en ocasiones hasta de madera. Otros propietarios de vehículos de clase media que querían aparentar tener aire acondicionado en sus coches, sudaban con las ventanas cerradas. Los empleados del lujoso supermercado Jumbo se quejaban de que clientes impecablemente vestidos llenaban los sábados su carro de la compra con exquisiteces, se pavoneaban por la tienda para alardear delante del resto de los mortales y que luego abandonaban los carritos en cualquier lugar delante de la caja.» El politólogo alemán Elmar Römpczyk, que estuvo durante mucho tiempo en Chile para la Fundación Friedrich Ebert, escribió a comienzos de 1996: «El proceso de modernización ha recubierto las formas clásicas de pobreza con una nueva pobreza. Por culpa del proceso de modernización existen elementos empobrecidos de la clase media, víctimas de las racionalizaciones, víctimas de las privatizaciones. Y se derivan consecuencias estructurales de la pobreza en forma de una destrucción medioambiental cada vez más extendida; mediante el crecimiento del sector informal y a través del desahogo, la pobreza significa para el mantenimiento de funciones sociales tradicionales: los pobres retiran la porquería de los ricos; los pobres trabajan en el sector servicios hasta tarde por la noche, los domingos, días festivos etc., los ricos no tienen que sacrificar su actitud de clase dominante.»

En las elecciones para la sucesión de Patricio Aylwin en diciembre de 1993 se presentó otra vez un cristianodemócrata como candidato

por parte de la Concertación. Esta vez fue Eduardo Frei Ruiz Tagle, el hijo de Eduardo Frei, el predecesor de Salvador Allende. Su candidato oponente conservador también tenía un nombre conocido: era Arturo Alessandri, nieto de Arturo Alessandri, que fue Presidente en 1920-25 y 1932-38, y sobrino de Jorge Alessandri, que ocupó ese cargo entre 1958-64. Eduardo Frei fue elegido con el 58 por ciento de los votos, su oponente Arturo Alessandri alcanzó solamente una cuarta parte de los votos. Sin embargo, lo que preocupó a los políticos en estas elecciones y lo haría aún más en el futuro, fue la baja participación electoral, el desinterés por la política en un país en el que ésta había sido el tema de mayor trascendencia social. También se presentó como candidata una Allende —no a la presidencia, pero al menos como diputada: Isabel, la hija de Salvador, se presentó por el Partido Socialista en la región de Santiago. Era vicepresidenta de su partido desde 1992 y en el momento de las elecciones llegó a ser presidenta de los socialistas durante un breve espacio de tiempo. Su etapa de cuatro años en el Parlamento fue prorrogada en diciembre de 1997 para el período legislativo 1998-2002.

Tras la aparición de *Paula* en diciembre de 1994, la escritora Isabel Allende sufrió por primera vez en su vida, como dijo más tarde, una incapacidad para escribir. «Nunca había tenido problemas para escribir, nunca había tenido miedo ante una hoja de papel en blanco en la máquina de escribir o ante la pantalla vacía del ordenador, pero después de *Paula* no se me ocurría nada.» Por eso de momento no planeó una nueva novela, sino un divertido libro divulgativo, una combinación de recetas, digresiones histórico-culturales sobre el arte culinario y el erotismo, y diversos dibujos, algunos propios. *Afrodita* se publicó en 1997, y el subtítulo original era *Cuentos, recetas y otros afrodistacos*, lo que describe mejor su contenido que el algo pomposo subtítulo alemán *Una fiesta de los sentidos*.

Hay división de opiniones sobre si el libro quedó bien. Unos lo definen como chapuza insípida, otros alaban alguna que otra parte irónica —pero las ventas, a pesar de los grandes esfuerzos publicitarios,

quedaron en conjunto claramente por detrás de de las otras obras de Isabel Allende, sobre todo en el ámbito de lengua alemana. Parece que el público le reconocía más competencia a Isabel Allende como autora de novelas que como especialista en la unificación del arte culinario y el erotismo.

Así, su próximo libro *Hija de la fortuna*, que apareció en 1999, se vendió mejor. Aquí se halla de nuevo todo lo que caracteriza una novela de Allende —tanto lo positivo como lo negativo: muchos personajes, mucha trama, muchos escenarios diferentes. La novela cuenta la historia de Eliza Sommers, que se cría expósita en Valparaíso durante la primera mitad del siglo XIX, donde se enamora de un joven chileno sin recursos. Cuando llega desde California la noticia de los descubrimientos de oro, su amado Joaquín se pone en marcha hacia la tierra prometida. Eliza le sigue como polizón en un barco, cuando descubre que está embarazada. Junto a un curandero chino llamado Tao Chi'en comienza disfrazada de hombre la búsqueda de su amado, que al mismo tiempo se convierte en una búsqueda de sí misma.

*Hija de la fortuna* encontró pronto su sitio natural en las listas de libros más vendidos, a pesar de las numerosas críticas negativas. «La historia de Isabel Allende queda trivial», escribió por ejemplo Inge Zenker-Baltes en el *Tagesspiegel*. «Se desarrolla con imprecisiones, se echan de menos la facilidad narrativa y el refinamiento, pero también todo sentido del dramatismo. Casi todas las figuras resultan imprecisas y esquemáticas, en un lenguaje que es en parte cursi, en parte descuidado-desaliñado.» Hay que darle parte de razón a la crítica — *Hija de la fortuna* no es ciertamente la mejor de las novelas. Es demasiado larga, los héroes surgen a menudo de la nada, y en vez de fundamentar mejor sus acciones, la autora deja que vivan una nueva aventura. Isabel Allende dijo en otro contexto, cuando describía cómo sus personajes cambian durante el proceso de la escritura: «En *Hija de la fortuna* había llegado a un determinado punto y no avanzaba. La historia no se desarrollaba más. Entonces Tao Chi'en, que en realidad era un personaje secundario, se convirtió de pronto en la figura principal del libro.» Pero la crítica del *Tagesspiegel* erraba en algo: la novela no es

mala en lo referente al lenguaje. Hasta las obras más flojas están siempre bien escritas, plagadas de imágenes y son exactas.

En Chile habían ocurrido mientras tanto cosas destacables. A comienzos de marzo de 1998 Pinochet había prestado juramento como senador vitalicio, como miembro de las dos cámaras del Parlamento. Según la Constitución creada por él, corresponde este puesto a todos los antiguos Presidentes del Estado. A él le sirvió sobre todo para una cosa: los senadores disfrutaban de inmunidad jurídica. Pero el juramento no se produjo sin protestas. Diputados del Partido Socialista ocuparon los bancos de los senadores en el Parlamento y colocaron fotografías en blanco y negro de los políticos asesinados durante el gobierno de Pinochet, entre ellos un retrato de Salvador Allende. Cantaron el himno nacional y después abandonaron la sala. Desde la tribuna de espectadores del Parlamento se interrumpió una y otra vez la ceremonia con gritos de «asesino, asesino», y ante el edificio se manifestaron varios miles de personas en contra de la jura como senador del ex-dictador Pinochet. Lo que en agosto de 1998 decidió el Senado fue más bien simbólico, pero de importancia: el 11 de septiembre no debía ser festivo a partir de 1999. La dictadura había declarado en su momento el día del golpe contra Allende como *Día de la Libertad*.

En octubre de 1998 sucedió lo que nadie hubiera creído posible: Augusto Pinochet fue detenido. No por las autoridades chilenas, sino por las inglesas, y a causa de una orden internacional de arresto que había tramitado el fiscal español Baltasar Garzón en virtud de las muertes de varios ciudadanos españoles tras el golpe de 1973 por las que quería inculpar a Pinochet. El ex-dictador se encontraba en Inglaterra para someterse ahí a una operación cuando las autoridades lo pusieron bajo arresto domiciliario. Se produjo un largo tira y afloja judicial. España exigió la extradición, Chile el retorno oficial del general, ya que un enjuiciamiento en el extranjero se veía como una intromisión en los asuntos chilenos. La derecha agitó en Chile a favor de un retorno de Pinochet y se manifestó durante semanas ante la embajada

inglesa. «La derecha ha marcado la dirección», dijo la diputada Isabel Allende. «El que no está a favor de Pinochet y su liberación inmediata está contra el país y por ello no es un patriota.» Aún así, y a pesar de que la extrema derecha amenazó de muerte a numerosos políticos, el ámbito político celebró en público la detención de Pinochet en Inglaterra: «En Chile se contaba en el pasado la verdad de los ganadores. La detención de Pinochet ha obligado a la sociedad chilena a llamar a las cosas por su nombre. Antes siempre se hablaba de “excesos”. Hoy se habla de dictadura, asesinados y torturas.» Y su madre, en una conversación con un periódico mexicano, contestó a la pregunta de si le alegraba la detención de Pinochet: «Alegre no es la expresión. Como miles de chilenos, siento satisfacción porque al final la justicia sí haya podido inculpar a Pinochet.»

En la primavera de 1999, cuando Pinochet seguía bajo arresto domiciliario en Londres, la escritora Isabel Allende manifestó: «Sería bueno para la democracia y para el próximo gobierno si Pinochet no regresara a Chile. Pero para las víctimas y la historia también sería bueno si fuese procesado en algún sitio, aunque fuera en su ausencia. Un proceso así significaría que sus seguidores ya no podrían seguir ocultando la verdad, ni en Chile ni en Estados Unidos. Chile sigue dividido en lo que a Pinochet se refiere. Pero lo positivo de su detención es que en Chile ha cambiado el ambiente. Hace pocas semanas que he estado ahí y me ha sorprendido que en la televisión se hable del ex-dictador en lugar del senador vitalicio. Pinochet ha perdido moralmente. La detención lo ha estigmatizado para el resto de su vida. No entrará en la historia, como tenía planeado.»

Las autoridades inglesas decidieron al final a favor de Pinochet. No lo extraditaron a España, aunque por razones de salud y no porque lo consideraran inocente. Cuando Pinochet regresó a Chile en marzo de 2000 tras un arresto domiciliario de diecisiete meses, corrieron las lágrimas de los opositores y el champán de los seguidores. Pero algo era cierto, y es lo que más de un año antes dijo la política Isabel Allende: «La derecha no se ha cansado de recalcar que Pinochet no debía ser llevado ante el juez en España, sino en Chile. Entonces esto debe su-





*Isabel, la hija de Salvador Allende, declaró en Madrid en septiembre de 1997 contra Augusto Pinochet. Pinochet había sido puesto bajo arresto domiciliario durante una estancia en un hospital de Inglaterra a raíz de una petición de extradición de la Justicia española.*

ceder. Pinochet debe defenderse como cualquier otro ciudadano ante un tribunal.»

Esta postura también la defendían —al menos en sus comparecencias en público— los dos candidatos que se presentaban en diciembre de 1999 al cargo presidencial. Por lo demás, evitaban cualquier referencia al tema. A lo mejor pensaban que si lo hacían, sólo podían salir perdiendo. Ricardo Lagos, socialista y candidato de la Concertación, era un notorio opositor de Pinochet y no necesitaba insistir especialmente en ello. Sin embargo, su oponente, el economista Joaquín Lavín, siempre había apoyado con anterioridad la política económica de Pinochet. Lagos parecía el ganador seguro mucho antes de las elec-

ciones, pero en diciembre no logró obtener la mayoría necesaria. De esta manera, tuvo que presentarse en enero a una segunda vuelta contra Lavín, en la que finalmente se impuso. Probablemente votaron a su favor entonces los electores de los partidos ubicados más a la izquierda, que anteriormente le habían negado el voto. Ricardo Lagos, que estará en el cargo hasta 2006, es el primer Presidente socialista de Chile desde Allende. En su primer discurso como Presidente desde el balcón de la Moneda lo recordó. «Desde este balcón muchos se han dirigido ya al pueblo», dijo. «Aquí, en este edificio, uno de ellos dejó su vida y merece nuestro respeto.» En el mismo discurso definió la dictadura como «la mayor tragedia política de Chile en el siglo XX».

En diciembre de 2000 se presentó por sorpresa una denuncia contra Pinochet. El juez de instrucción chileno Juan Guzmán acusó al ex-dictador de inductor al asesinato en cincuenta y siete casos y al secuestro en dieciocho casos. Pronto siguieron otras acusaciones, de esta forma el MIR también solicitó un proceso por la desaparición y el asesinato de quinientos cincuenta de sus miembros. La orden de Guzmán fue suspendida rápidamente por el Tribunal Supremo. Su argumento: Pinochet debía ser examinado antes de su estado de salud. Según el derecho chileno, los acusados sólo pueden ser declarados no aptos para ser juzgados si no son capaces de seguir mentalmente un proceso en su contra. Otros motivos para anular un proceso, caso de decrepitud, no se aceptan, pero pueden justificar posteriormente una imposibilidad para cumplir la pena. Por eso Pinochet se encontraba en un apuro: o se abría un proceso en su contra o un médico certificaría su enajenación mental. Es por ello que aplazó en principio este reconocimiento, en enero de 2001 se constató una demencia senil entre ligera y media. Esto dejaba espacio para un proceso, pero también para nuevas sutilezas jurídicas y reclamaciones. El resultado final provisional del verano de 2001 tras nuevos diagnósticos: sobreesimiento de los procesos a causa de demencia senil probada. Así se evitó sobre todo la disputa judicial, pero su reputación quedó arruinada.

No sólo las víctimas de la dictadura esperan que esto no suponga el final de las preocupaciones por el pasado. El escritor mexicano Carlos

Fuentes ya había escrito en noviembre de 1998: «Sean cuales sean los traumas a los que el juicio contra Pinochet sujete a Chile, la nación del sur, mi segunda patria, saldrá ganando si se limpia de verdad, no de mentiras, de las atrocidades del pasado y los chilenos vuelven a exclamar, como les gusta hacerlo en momentos de victoria colectiva, ¡Viva Chile, mierda!»

Y hay otra cosa que reseñar: en el año 2000 se publicó el hasta ahora último libro de Isabel Allende: *Retrato en sepia*, un libro que no sólo continúa con la vida de Eliza Sommers, aquella heroína de *Hija de la fortuna*, sino que, como sucede siempre con Isabel Allende, enlaza numerosas historias y destinos. El personaje principal, Aurora del Valle, está en la calle en busca de su pasado, de sus raíces y de su identidad. Fotografía sus pesadillas, pensamientos y deseos y descubre con ayuda de las imágenes detalles nuevos y sorprendentes de su pasado. *Retrato en sepia* es también un retrato de la historia de Chile de finales del siglo XIX y del siglo XX y narra la historia anterior a *La casa de los espíritus*. En el epílogo se dice: «Escribo para dilucidar los secretos antiguos de mi infancia, definir mi identidad, crear mi propia leyenda. Al final lo único que tenemos a plenitud es la memoria que hemos tenido.» Huelga decir que este libro también copó las listas de ventas de todo el mundo.

Isabel Allende vive hoy en San Rafael, cerca de San Francisco, en California, trabaja en su próximo libro, que aparecerá en 2002 y que transcurre en la selva del Amazonas, además de en una serie de libros infantiles y juveniles —narraciones emocionantes, historias casi detectivescas. Está en paz consigo misma y con el mundo. «No espero mucho de la vida. Mi próxima novela podría ser un fracaso. Eso tampoco sería grave, entonces el día de mañana vendería empanadillas en la calle. Sé que siempre lo podría hacer.» Su madre y su padrastro viven en un apartamento en Providencia, un barrio de Santiago. La madre pinta, recibe y escribe todos los días un fax a su hija, en el pasillo está colgado un póster de la hija, en la estantería están las primeras ediciones de sus obras en diferentes idiomas y se enseñan con orgullo al visitan-

te. El padrastro está trabajando en un libro, sus memorias, que —como el mismo piensa— nunca terminará. Hortensia Bussi de Allende vive en el mismo barrio, muy mayor y vista como tal. Ya no da entrevistas. «He hablado tantas veces de ello, ya no quiero más, estoy cansada.» Su hija Carmen Paz responde de forma similar. Su hija Isabel se ha metido de lleno en la política chilena —es vicepresidenta de su partido, diputada en el Parlamento y miembro de diversas comisiones parlamentarias. También opina que sobre el pasado ya se ha dicho todo. Andrés Pascal Allende vive hoy en Cuba y aconseja a empresarios que quieren invertir en Cuba o que quieren hacer ahí negocios. Su hermana Denise Pascal Allende trabaja en el departamento de trabajo público de la empresa estatal del cobre Codelco. Al igual que su prima, pertenece y milita en el Partido Socialista. «Cuando digo mi nombre», dice, «no hay nadie en Chile que no reaccione. Y da igual que esa reacción sea positiva o negativa —siempre tiene una cosa: respeto. Hay que hacer algo para que ese respeto se conserve.» Sonríe. «Por eso, el nombre Allende supone una gran responsabilidad; pero puede ser también un lastre.»

## «La familia quedó totalmente destrozada»

Sausalito es un sitio muy pequeño. Cuando se sale de San Francisco hacia el norte por la autopista a través del Golden Gate Bridge y a lo largo de la bahía, se llega a la pequeña ciudad: una calle que discurre en paralelo a la costa, otra por detrás, enlazadas por un par de calles transversales. Un pequeño parque al lado del agua, un puerto para yates, media docena de restaurantes, un supermercado ecológico, una librería y un punado de tiendas en las que se puede comprar bisutería hecha a mano, material para la vela, bicicletas o flores. Algunos de los últimos hippies dan vida a la imagen de la ciudad, por lo demás Sausalito rezuma encanto de ciudad pequeña, sólo que es algo más rica y está más cuidada que la típica localidad americana —sin las horribles calles principales en las que aparecen en fila los restaurantes de comida rápida y los supermercados.

En el centro de la pequeña ciudad, cerca del supermercado ecológico, hay una casa que hace esquina, de la que cuelga un letrero poco llamativo con la inscripción: *law office* —despacho de abogado— William H. Gordon. Quien conozca la historia familiar de Isabel Allende sabe que es alguien cercano a ella: Willie Gordon es el marido de Isabel Allende, y en el pequeño edificio detrás de la oficina del abogado, que desde fuera parece un gran garaje, tiene su oficina la escritora.

Isabel Allende es de estatura corta —algo por encima del metro y medio. Lleva un traje oscuro de un tono indefinido entre marrón y negro que le cubre hasta la mitad de las pantorrillas, por encima un pañuelo de un azul resplandeciente. Está maquillada cuidadosamente y parece que le encanta la plata: en los dedos dos anillos, en una

muñeca un reloj de llamativo acabado, en la otra una pulsera, en los lóbulos de las orejas se balancean grandes colgantes. Pelo oscuro de media melena. La foto en la portada de la edición americana de la obra *Amor y odio. Conversación con Isabel Allende* muestra a la escritora en una bella pose: mira a quien la contemple con una mirada abierta, sin embargo tiene los brazos cruzados, como si quisiera guardar algo para sí misma. A Isabel Allende no le gusta la imagen: «Esa no soy yo. Entonces había intentado teñirme el pelo de rubio.» Se ríe algo insegura, sorprendentemente —quizás porque sabe que, a pesar del color de pelo diferente, es un buen retrato.

La oficina de Isabel Allende parece, más que un lugar de trabajo, un cuarto de estar instalado con buen gusto. Una gran estantería con libros detrás de un cristal —las obras propias en docenas de idiomas diferentes—, y en medio, fotos: la familia y amigos cercanos. Un escritorio sobre el que no hay nada. Dice disculpándose tímidamente: «En estos momentos me gusta más escribir en casa.» Un sofá y un sillón, una mesa de salón, sobre ella un florero con flores frescas. Pero ella se sienta en una tercera mesa ovalada delante de la estantería de libros, ante ella un montón de papeles, un manuscrito en el que parece que está trabajando actualmente. No desvela de qué se trata exactamente.

Explica cómo escribe: «De manera muy alemana, muy sistemáticamente.» Los alemanes tienen en Chile una fama todavía mayor que en otros países de ordenados y organizados. «Empiezo cada libro el 8 de enero. Alguna vez por superstición, porque empecé *La casa de los espíritus* ese día, pero también porque tengo que planear el curso del año. Doy muchas conferencias, hablo en actos y congresos y doy entrevistas. Y todas estas apariciones públicas intento situarlas en la segunda mitad del año.»

«El trabajo de oficina en Sausalito, a unos veinte minutos de su casa, ocupa buena parte de su tiempo», escribe la filóloga argentina Celia Correas Zapata. «Cada día hay disertaciones, entrevistas, invitaciones a conferencias, planes para obras de ayuda, donaciones, cartas, llamadas de teléfono y noticias. Dos ayudantes colaboran, y los dife-

rentes teléfonos y faxes no encuentran respiro. Isabel tiene la misma reputación respecto de su correo que Julio Cortázar en su momento: no deja ninguna carta sin contestar. Las tarjetas de agradecimiento las escribe a menudo ella misma, en ocasiones a mano, y firma con un dibujo de un nomeolvides debajo de la firma.»

Isabel Allende habla deprisa, pero piensa y subraya sus palabras con algunos gestos comedidos, que hacen que suenen las pulseras: «Me levanto temprano, doy un paseo corto y entonces me siento ante mi ordenador. Escribo al menos ocho horas cada día, y en la fase final de un libro pueden llegar a ser en ocasiones catorce. Escribo directamente en el ordenador, sin un borrador anterior. La historia se desarrolla entonces por sí sola, los personajes hacen lo que quieren y yo no puedo evitar que lo hagan. Cuando empiezo a escribir no sé ni el final ni el principio. Todo se desarrolla por sí mismo. El libro se acaba a menudo antes de lo que había pensado en un principio. Por la mañana voy al ordenador, lo enciendo y veo que la noche anterior he escrito una frase que es el final del libro. Ya no hay nada más que decir —todo lo que pudiese escribir aún sobraría y rompería algo. No creo que escribir sea un oficio especial. Escribo libros igual que otros construyen casas, y lo hago de una forma igual de profesional que ellos. Trabajo de ocho a diez horas, eso es. Escribir es sobre todo trabajo, trabajo y más trabajo.»

Así surge, sin concepto, la primera versión del libro, que en principio no es más que un borrador de la acción. El primer retoque da consistencia a la historia, el siguiente el lenguaje. El manuscrito viaja entonces hasta la madre, que desde la primera versión de *La casa de los espíritus* es su primera y única lectora. «Escribo para mi madre», reconoce Isabel Allende con sinceridad. «Es verdad», dice al respecto su padrastro Ramón Huidobro. «Isabel y su madre nunca han roto el cordón umbilical. Son para cada una la instancia determinante. Discuten a menudo, pero son inseparables.»

Isabel Allende ha sostenido en muchas entrevistas que las opiniones de los críticos y de los colegas sobre sus obras le son bastante indiferentes. Ella quiere contar —historias conmovedoras, tristes, diverti-



La escritora Isabel Allende en su despacho en Sausalito, California.

das. Lo que opinen sobre ellas los demás le da igual. ¿Puede permitirse esta postura porque es una escritora de fama mundial y de tiradas millonarias en muchos países?

«No, no es por eso. Antes me importaban más las críticas. Hoy ya no tengo más aspiraciones. Soy feliz. No quiero nada más, estoy satisfecha con lo que hay: con mi vida, mi trabajo, mis nietos. Tampoco me preocupo más; me tomo la vida tal como es, porque no puedo cambiarla. Ya no me interesan los puntos de vista de los críticos. No tengo miedo por mi carrera de escritora, porque esa carrera no existe. Todo puede cambiar en veinticuatro horas. Mi hija murió y yo no lo pude evitar.» Sonríe. Contenida, con seriedad. «El dolor me ha liberado. Todos los momentos críticos de mi vida fueron dolorosos: el nacimiento de mis hijos, el golpe, la muerte de mi hija. He aprendido algo de ellos: que se sobrevive y luego se es más fuerte de lo que se piensa.»

Isabel Allende ha publicado entretanto seis novelas, un volumen de cuentos, un libro de divulgación y una obra autobiográfica; dos obras

se desarrollan en Chile, y una en el Caribe, en Estados Unidos, en Chile y en la California de la fiebre del oro. Los lugares de la acción en *Retrato en sepia* son tanto Chile como América del Norte. Ella misma abandonó Chile hace ahora ya veintiséis años y vive desde hace más de trece años en Estados Unidos. ¿Por qué juega el país de «ásperos volcanes y nevadas cumbres, de lagos inmemoriales sembrados de esmeraldas, de espumosos ríos y bosques fragantes, país delgado como una cinta, patria de gente pobre y todavía inocente, a pesar de tantos y tan variados abusos», tal y como se puede leer en su última novela *Retrato en sepia* —por qué sigue jugando ese Chile un papel tan importante en su obra?

«Mi alma, mis raíces están en Chile. Ahí es donde pertenezco. Siempre quise estar ahí —ya de niña, cuando crecí en el extranjero. Pero el destino lo quiso de otra manera. Y ahora —ahora ya no pienso en volver», dice Isabel Allende. «Visito Chile al menos dos veces al año y estoy en contacto telefónico diario con el país. A través de mi madre, por medio de faxes, conversaciones telefónicas, amigos o también a través de periódicos de ahí. Pero no creo que vaya a volver nunca. Mis hermanos tampoco volvieron nunca a Chile. Mi marido vive aquí, mi hijo también vive en Estados Unidos, mis nietos están aquí. Eso es típico de nuestra generación de exiliados, cuyos hijos no pudieron poner en marcha una vida en la vieja patria. Cuando mueran mis padres — y parto de que Tencha morirá antes, ya que es mucho mayor —, ya no estará ahí ninguno de mis familiares directos.»

«¿Son los Allende una de las grandes familias de Chile?» Puede que la pregunta, a la que Jacques Chonchol respondió con un claro «Sí y no», esté mal formulada. Los Allende fueron una gran familia en Chile, aunque económica y políticamente las hubo más relevantes. La familia Alessandri dio numerosos candidatos presidenciales y dos Presidentes, uno de los cuales llegó a residir en dos ocasiones en la Moneda. Pero mientras que esas familias representaban al statu quo, los Allende siempre representaban otra cosa. Dicho de una forma seria: un camino hacia un mundo nuevo más justo. Lucharon en la guerra

de independencia y en la guerra del salitre contra Bolivia y Perú a favor de la expansión territorial de Chile. Fundaron hospitales, dieron clase en universidades, dieron diputados radicales que lucharon por los derechos y libertades civiles, fueron maestros de la masonería, batallaron por la separación de Estado e Iglesia y por el desarrollo social. Finalmente, uno de los Allende fue Presidente. Pero fue derrocado en un sangriento golpe de estado. Buscó la muerte libre, y todos los familiares tuvieron que abandonar la patria durante la siguiente dictadura.

Hoy la familia ya no existe, el golpe de Pinochet la ha destrozado. El epicentro —Santiago de Chile— le fue arrebatado, el miembro que mantenía unida a la familia —Salvador Allende— se suicidó. Los lazos familiares están rotos. Hoy hay una escritora Isabel Allende y una política Isabel Allende, además de un par de miembros más de la familia que son conscientes de llevar un nombre conocido. Por eso, la escritora sabe por qué su prima lejana, la política Isabel Allende, no quiere hablar sobre la historia de la familia: «Es una historia muy dolorosa. Salvador murió, Tati y Laura se suicidaron, todos tuvieron que huir. La familia quedó totalmente destrozada.»

## Tabla cronológica

**1520**

El descubridor Fernando Magallanes es el primer europeo que navega doblando la punta sur de América del Sur y avista la costa chilena. El estrecho por él descubierto entre la tierra firme sudamericana y Tierra de Fuego lleva hoy su nombre.

**1536**

Diego de Almagro es el primer europeo que pisa suelo chileno y comienza a conquistar el país.

**1541**

Pedro de Valdivia funda la ciudad Santiago de Chile, le siguen en 1544 La Serena y Valparaíso, en 1550 Concepción y en 1551 Valdivia, Villarrica y Algol.

**1562**

Final de las conquistas españolas en Chile.

**1567**

Santiago obtiene la Real Audiencia para Chile.

**1746**

Fundación de la Moneda en Santiago.

**1796**

Ambrosio O'Higgins, irlandés de nacimiento, es virrey del Perú.

**1810**

Establecimiento del primer gobierno nacional, una Junta, para prevenir posibles reclamaciones territoriales francesas en Hispanoamérica, ya que España se encuentra en guerra con Francia.

**1811**

La Junta convoca el primer Congreso Nacional, que jura lealtad al rey de España.

**1812**

El gobierno de Carrora exige al rey español el reconocimiento de la Constitución y de la independencia de Chile.

**1813**

Las tropas españolas ocupan Chile.

**1814**

Comienzo de la lucha contra España por la independencia chilena. Los españoles empiezan ganando; pero a partir de 1817 y 1818 tienen que darse por vencidos ante las tropas argentinas y chilenas unidas. Durante la Guerra de la Independencia surge por primera vez el nombre Allende; tres hermanos, entre ellos el bisabuelo de Salvador Allende, luchan en un puesto de responsabilidad por la independencia de Chile.

**1845**

Nacimiento de «Allende el rojo», Ramón Allende Padín, abuelo de Salvador Allende.

**1879**

Comienzo de la guerra del salitre entre Chile, Perú y Bolivia. Chile, que vence en 1883, se convierte en la principal potencia de la costa pacífica de Latinoamérica y se hace con extensos territorios en el norte.

**1884**

Fallece Ramón Allende Padín. Es enterrado con un funeral de Estado.

**1886**

José Manuel Balmaceda es elegido Presidente chileno. Intenta nacionalizar algunos sectores industriales y pierde el poder en 1891 durante una guerra civil. Balmaceda tiene que escapar a la embajada argentina en Santiago, donde se suicida.

**1908**

Nace Salvador Allende Gossens el 26 de junio en Valparaíso, hijo del abogado Salvador Allende Castro y de su mujer Laura Gossens Uribe.

**1910**

La familia se traslada al norte de Chile. La infancia de Salvador se desarrolla en Tacna e Iquique. Salvador va posteriormente al colegio en Santiago.

**1921**

Regreso a Valparaíso. Salvador Allende termina el colegio en Valparaíso y empieza a interesarse por la política.

**1922**

Fundación del Partido Comunista de Chile, dirigido por Luis Emilio Recabarren.

**1925**

Salvador Allende inicia la carrera de Medicina en la Universidad de Chile en Santiago.

**1926-1931**

Salvador participa durante la carrera en las protestas contra la dictadura del general Carlos Ibáñez del Campo. Es elegido vicepresidente de la Federación de Estudiantes Chilenos (FECH), en 1929 se une a la Logia Masónica y a la asociación estudiantil Avance.

**1932**

Un levantamiento de civiles y militares, liderado por Marmaduke Grove, proclama la República Socialista. Sólo once días después esta República es desbaratada por un golpe militar. Salvador Allende queda detenido brevemente. Arturo Alessandri se hace cargo de nuevo del gobierno y lidera una época de estabilidad a nivel económico y político.

**1933**

Fundación del Partido Socialista de Chile, Allende es Secretario del partido en Valparaíso.

**1935**

Allende es desterrado por Arturo Alessandri a Caldera, en el norte de Chile, al oponerse al gobierno.

**1936**

Al igual que en España y en Francia, se crea en Chile un Frente Popular de comunistas y socialistas. Allende es elegido diputado en 1937 en representación del Partido Socialista.

**1938**

Pedro Aguirre Cerda, candidato del Frente Popular, es elegido Presidente. Allende se hace cargo en el gobierno del puesto de ministro de Sanidad.

**1940**

Salvador Allende se casa con Hortensia Bussi Soto. El mismo año nace Denise Pascal Allende, la hija de Laura, hermana de Salvador Allende.

**1941**

Nace Carmen Paz Allende, primera hija de Salvador Allende y Hortensia Bussi.

**1942**

Nace en Lima (Perú) la escritora Isabel Allende. Es la hija de Tomás Allende Pesce de Bilbao y de Francisca Elona Barros Allende.

**1943**

Salvador Allende es secretario general del Partido Socialista. El mismo año nace su segunda hija —Beatriz Jimena, conocida como Tati.

**1944**

Laura Allende, la hermana de Salvador Allende, trae al mundo un hijo: Andrés Pascal Allende.

**1945**

Nacimiento de Isabel, la tercera hija. Salvador Allende es elegido al Senado más adelante el mismo año

Tomás Allende y Francisca Llona Barros se divorcian. La hija Isabel y sus dos hermanos se quedan con la madre. La familia regresa a Chile y vive en casa de los padres de Francisca Llona Barros.

**1951-1952**

Parte de los socialistas apoyan la candidatura del general Ibáñez, que es reelegido Presidente en 1952. El Partido Socialista se divide, y una facción, dirigida por Allende, se une a los comunistas en el Frente del Pueblo. Allende es elegido como su candidato presidencial, pero en las elecciones de 1952 sólo obtiene 52.000 votos. Carlos Ibáñez se hace cargo nuevamente del gobierno. El mismo año Salvador Allende es elegido de nuevo senador.

**1953**

Los partidos socialista y comunista fundan la federación sindical CUT.

Francisca Llona Barros se casa por segunda vez. Ramón Huidobro está en el cuerpo diplomático, por lo que la familia le sigue al extranjero: a Bolivia, Europa y por último al Líbano.

**1954**

Salvador Allende visita por primera vez la Unión Soviética y la República Popular China. Es vicepresidente del Senado.

**1957-58**

Unificación del Partido Socialista y fundación del FRAP (Frente de Acción Popular), en el que se han unido socialistas, comunistas y otras agrupaciones de izquierdas. Allende es elegido candidato a la Presidencia por el FRAP en las elecciones de 1958 y es derrotado por estrecho margen por el conservador Jorge Alessandri Rodríguez.

**1958**

Isabel Allende regresa a Chile para terminar el colegio, ya que en el Líbano estalla la guerra civil. Vive otra vez con sus abuelos.

**1959**

Salvador Allende visita Cuba poco después del triunfo de la revolución, donde conoce a Fidel Castro y a Che Guevara.

**1960-1964**

Isabel Allende trabaja en la oficina chilena de la Food And Agricultural Organization (FAO) de las Naciones Unidas. En 1962 se casa con Miguel Frías, y el 22 de octubre de 1963 nace su hija Paula.

**1964**

Salvador Allende se presenta nuevamente como candidato presidencial de las fuerzas coaligadas de izquierdas y reúne el 39 por ciento de los votos. Ante el miedo a una victoria de la izquierda, la derecha apoya la candidatura de Eduardo Frei Montalvo, que es elegido Presidente con el 56 por ciento de los votos. El mismo año fallece la madre de Salvador Allende.

**1964-1965**

Isabel Allende vive con su marido y la hija en Bélgica y en Suiza.

**1965**

Se funda en la Universidad de Concepción el MIR (Movimiento de la Izquierda Revolucionaria). Uno de los miembros fundadores es Andrés Pascal Allende, el hijo de Laura, la hermana de Salvador Allende. El MIR se convierte a finales de los años sesenta en el movimiento guerrillero más importante de Chile.

**1966**

Isabel Allende regresa a Chile. Nace su hijo Nicolás. Salvador Allende es elegido presidente del Senado.

**1967**

El guerrillero Che Guevara muere en Bolivia. El Partido Socialista radicaliza su programa político en el congreso de Chillán.

**1968**

Salvador Allende pone bajo su protección personal a algunos supervivientes de la guerrilla de Che Guevara que habían podido escapar a Chile. La derecha exige por ello su dimisión como presidente del Senado y el levantamiento de su inmunidad. Allende condena la entrada soviética en Praga.

**1969**

Se funda la Unidad Popular como unión de socialistas, comunistas, radicales y socialdemócratas. Allende es elegido nuevamente senador.



1970

Salvador Allende es candidato a Presidente del Estado por cuarta vez. En las elecciones del 4 de septiembre alcanza la mayoría relativa (36,3%) como candidato de la Unidad Popular. El 26 de octubre es confirmado como Presidente electo por el Congreso. El 4 de noviembre es nombrado oficialmente Presidente de la República.

Ramón Huidobro, padrastro de Isabel Allende, es nombrado embajador en Argentina.

1971

La reforma agraria sale adelante antes de lo previsto: Jacques Chonchol, ministro de Agricultura de la Unidad Popular, traslada su ministerio a Temuco, al sur del país. Se comienza de inmediato, como parte de las *cuarenta medidas*, el programa de gobierno de la UP, con la nacionalización de los bancos y empresas, entre otros de las minas de cobre, así como con el reparto de medio litro de leche por día y niño. En las elecciones municipales de abril, la UP obtiene casi el 51 por ciento de los votos.

Fidel Castro llega a Chile en noviembre para una visita oficial de Estado y se queda tres meses.

El 1 de diciembre tiene lugar una manifestación de «cacerolas vacías» por parte de la oposición. Concluye con enfrentamientos violentos. Posteriormente se presentará una denuncia contra el ministro del Interior José Taha por violación de la Constitución. Esta es la primera de una serie de limitaciones del poder del gobierno por parte del Parlamento.

Estreno en Santiago de Chile de la obra *El embajador* de Isabel Allende.

El poeta Pablo Neruda recibe el premio Nobel de literatura.

1972

Durante una conversación con Pablo Neruda, éste le dice a Isabel Allende que deje de trabajar de periodista. Seguramente sería mejor escritora. Isabel trabajaba entonces principalmente como presentadora de televisión.

1973

Los problemas políticos internos y económicos de Chile son cada vez mayores. Las protestas de la oposición contra la política de la UP se radicalizan cada vez más —los camioneros van varias veces a la huelga y dejan al país con problemas de abastecimiento. A nivel internacional, las empresas americanas del cobre intentan evitar la venta de cobre chileno, con un éxito parcial: de esta forma le faltan al gobierno las divisas necesarias para financiar las importaciones.

Fracasan a mediados de año las conversaciones entre los cristianodemócratas y Allende.

El 23 de agosto dimite el general Prats como comandante en jefe de las fuerzas armadas; su sucesor es el general Augusto Pinochet.

El 4 de septiembre tiene lugar la última gran manifestación de apoyo a la política de Allende: varios cientos de miles de personas salen a la calle en Santiago y otras ciudades del país. Allende planea someterse a sí mismo y a su política a un referéndum. Pero esto ya no tendrá lugar: el general Augusto Pinochet da un golpe de Estado contra el Presidente electo Salvador Allende. Este no dimite, sino que defiende el palacio gubernamental con algunos combatientes contra los golpistas. Hacia el mediodía comienza el bombardeo aéreo de la Moneda. Salvador Allende se suicida cuando los primeros soldados penetran en la Moneda.

Tencha y sus hijas Carmen Paz, Tati e Isabel se exilian en México justo después del golpe. Su sobrina, Denise Pascal Allende, la hija de su hermana Laura, que está gravemente enferma de cáncer y que queda bajo arresto domiciliario, les sigue unos meses más tarde. Andrés Pascal Allende, miembro fundador del MIR, pasa a la clandestinidad.

Los militares detienen en los días y semanas posteriores al golpe a miles de personas. El Estadio Nacional de Santiago sirve de cárcel gigante para los opositores, donde quedan detenidos en condiciones inhumanas. La tortura y el asesinato están a la orden del día, así al cantante Víctor Jara le son destrozadas las manos y luego es asesinado a tiros. Miles son deportados, desaparecen sin dejar huella, son torturados y asesinados o llevados a campos de concentración. En las semanas posteriores al golpe aparecen asesinados por todas partes. Los que se oponen al régimen y pueden escapar, se van al extranjero, ya sea pidiendo asilo en las embajadas extranjeras de Santiago o de forma ilegal por los pasos andinos hacia Argentina.

El 23 de septiembre muere Pablo Neruda. Su entierro se convierte en el primer acto de protesta contra el nuevo régimen.

Ramón Huidobro, el padrastro de Isabel Allende, dimite después del golpe de su puesto de embajador de Chile en Argentina.

Se estrenan dos obras de teatro de Isabel Allende, *La balada de medio pelo* y *Yo soy Tránsito Soto*.

1974

Se edita en Santiago un libro con una colección de las columnas de Isabel Allende en la revista para mujeres *Paula*. Irónicamente, el mismo año se le rescinde el contrato en *Paula*. Ese año aparecen tres libros suyos: los libros infantiles *Lauchas, lauchones, ratas y ratones*, *La abuela Panchita* y la colección de artículos titulada *Civilice a su troglodita*.

Andrés Pascal Allende, que vive en Chile en la clandestinidad, es secretario general del MIR.

En septiembre es asesinado por un coche bomba del servicio secreto chileno DINA el general Carlos Prats, que vive exiliado en Buenos Aires. La madre de Isabel Allende y su padrastro, que también reciben amenazas de muerte, huyen fuera de la ciudad, primero a Nueva York y luego a Caracas, Venezuela.

**1975**

Laura Allende abandona Chile gravemente enferma de cáncer después de haber estado detenida y bajo arresto domiciliario.

Se estrena la obra de Isabel Allende *Los siete espejos*. La escritora abandona el país, pocas semanas después le sigue su familia hasta Caracas.

**1976**

También Andrés Pascal Allende le da la espalda a Chile. En principio se va a Costa Rica, más tarde a Cuba.

**1977**

Laura Allende y Denise Pascal Allende abandonan su exilio en México y se van a Cuba. Ahí vive desde hace tres años Tati Allende, que sin embargo se suicidará ese mismo año.

**1978**

Isabel Allende se marcha durante unos meses a España.

Andrés Pascal Allende regresa a Chile para seguir trabajando ahí en la clandestinidad contra la dictadura.

**1980**

Chile obtiene una nueva Constitución, que es aprobada en referéndum. Sin embargo, el 67 por ciento de los votos a favor de la Constitución diseñada según las ideas de Pinochet no son mucho —sobre todo si se tiene en cuenta que los electores habían sido aterrorizados antes de forma masiva. Pinochet fija por escrito con esta Constitución su dominio hasta 1989.

**1981**

Isabel Allende empieza la novela *La casa de los espíritus*, que es publicada un año más tarde en Barcelona por la editorial Plaza y Janés.

Laura Allende, enferma de cáncer, se suicida a comienzos de año en Cuba.

**1983**

En mayo tiene lugar en Santiago la primera huelga contra la dictadura de Pinochet.

**1984**

La segunda novela de Isabel Allende *De amor y de sombra* aparece igualmente en Plaza y Janés.

**1986**

Fracasa en septiembre un atentado contra Pinochet. Cinco de sus guardaespaldas fallecen al explotar un coche bomba. La dictadura se abre: permite la vuelta a la patria

de cada vez más personas del exilio. Así, también regresan a Santiago Francisca Llona Barros, la madre de Isabel Allende, y su padraastro Ramón Huidobro.

**1987**

Isabel Allende y Miguel Frías se divorcian. Se publica la tercera novela de Isabel *Eva Luna*. Conoce a William Gordon, un abogado de la zona de San Francisco, y a finales de año se va a vivir con él.

**1988**

En febrero se constituye una alianza de quince partidos, la Concertación de Partidos por el No. Su objetivo: evitar que Pinochet sea confirmado como Presidente para ocho años más en un referéndum en octubre. En su lugar deben llevarse a cabo elecciones en diciembre de 1989.

Denise Pascal Allende regresa de forma ilegal a Chile, igual que muchos expatriados. Se entrega a las autoridades. Los militares suspenden toda prohibición de entrada en el país a la familia Allende: Isabel Allende, hija de Salvador Allende, vuelve a Santiago el 24 de septiembre, más tarde Hortensia Bussi de Allende, su viuda. Es recibida de forma triunfal.

La Concertación se impone en octubre en el referéndum. Pinochet es derrotado.

Isabel Allende se casa con William Gordon y se convierte en residente en Estados Unidos.

**1989**

Isabel Allende publica *Cuentos de Eva Luna*. Es aceptada en la Academia Chilena de la Lengua.

En las elecciones de diciembre se impone el candidato de la Concertación Patricio Aylwin Azócar, un cristianodemócrata. En marzo de 1990 es nombrado Presidente por cuatro años.

**1990**

El féretro con los restos mortales de Salvador Allende recibe nueva sepultura en un funeral de Estado. Ahora descansa en un mausoleo del Cementerio General de Santiago.

Se crea en Santiago la Fundación Salvador Allende, su presidenta es su hija Isabel Allende.

**1991**

Paula, la hija de Isabel Allende, es ingresada el 6 de diciembre en un hospital de Madrid. El 8 de diciembre entra en coma, del que nunca llegará a despertarse. Aparece *El plan infinito*. La escritora es nombrada profesora honoris causa por la Universidad de Chile y doctora honoris causa por la Universidad New York State.

### 1992

Paula, la hija de Isabel Allende, fallece el 8 de diciembre en San Rafael, California. Estuvo un año exacto en coma.

Isabel Allende, la hija de Salvador Allende, es elegida vicepresidenta del Partido Socialista. Entre diciembre de 1993 y enero de 1994 dirige brevemente el partido, desde entonces es nuevamente vicepresidenta.

### 1993

Se estrena a nivel internacional la película *La casa de los espíritus*. Fue producida por Bernd Eichinger, la dirección fue de Billie August y en el reparto figuran estrellas internacionales: Meryl Streep, Glenn Close, Jeremy Irons, Winona Ryder, Antonio Banderas y Vanesa Redgrave.

### 1994

El presidente del Estado Patricio Aylwin entrega a Isabel Allende el premio Gabriela Mistral, el galardón cultural más importante de Chile. Obtiene el doctorado honoris causa del Bate Collage y del Dominican Collage, así como la Orden de las Artes y las Letras de Francia.

La película *De amor y de sombra*, dirigida por Betty Kaplan, llega a los cines. En diciembre se publica el libro de Isabel Allende *Paula*. A finales de año —según estimaciones de expertos— las tiradas de los libros de Isabel Allende superan los diez millones a nivel mundial.

En las elecciones a la presidencia se impone el cristianodemócrata Eduardo Frei Ruiz Tagle, hijo de Eduardo Frei Montalvo, el predecesor en el cargo de Salvador Allende.

La política Isabel Allende es elegida a la cámara de representantes.

### 1996

Isabel Allende crea la Fundación Isabel Allende en homenaje a su hija Paula. La fundación ayuda a mujeres y niños desfavorecidos en la atención sanitaria y en cuestiones de educación, con préstamos y becas y programas de vivienda.

### 1997

Isabel Allende publica *Afrodita*, un libro sobre comida, deseo y pasión.

La política Isabel Allende es confirmada en diciembre como diputada para el período legislativo 1998-2002.

### 1998

El general Augusto Pinochet renuncia al cargo de comandante en jefe. A pesar de todas las protestas asume el cargo de senador vitalicio, que le corresponde según la Constitución por él aprobada.

Sin embargo, es detenido en otoño durante una visita a un hospital de Londres. El fiscal español Baltasar Garzón había solicitado una orden internacional de captura, ya que quería detener a Pinochet por la muerte de varios compatriotas españoles tras el golpe de 1973, y las autoridades británicas arrestan al general. No obstante, no lo extraditan a España —por motivos de salud, no porque lo consideren inocente. Pinochet tan sólo puede regresar a Chile en marzo de 2000, tras un arresto domiciliario de diecisiete meses. Su imagen está arruinada. Ahora es visto a nivel mundial como el dictador sangriento que fue.

### 1999

*Hija de la fortuna* es publicada por Plaza y Janés en Barcelona.

Las elecciones presidenciales de diciembre no ofrecen un resultado definitivo.

### 2000

En la segunda vuelta a la presidencia se impone el candidato de la Concertación Ricardo Lagos. Se convierte en el primer Presidente en Chile de un partido socialista después de Salvador Allende.

En junio se descubre delante de la Moneda un monumento de Salvador Allende.

*Retrato en sepia*, la última novela hasta el momento de Isabel Allende, es publicada por Plaza y Janés en Barcelona.

### 2001

Las autoridades chilenas deciden anular las causas pendientes contra Pinochet por asesinato y secuestro y otros delitos. Según el derecho chileno no se puede proceder contra personas que no estén en condiciones mentales e intelectuales de defenderse.

## Agradecimiento

Le doy las gracias a todos los que me informaron con tan buena predisposición, que se dejaron entrevistar sin dudar, que me ofrecieron con consejos literarios, que me escucharon y que leyeron el manuscrito. En especial a los amigos de Chile, que me ayudaron mucho.

## Observación

Al estar Chile en el hemisferio sur de la tierra, el sol no sólo está al mediodía en el norte, sino que las estaciones también son diferentes que en Europa o América del Norte. El verano chileno es durante el invierno europeo (noviembre/diciembre hasta febrero), el otoño es por analogía durante la primavera europea, el invierno durante el verano europeo y la primavera durante el otoño europeo. Por eso escribió Isabel Allende en *La casa de los espíritus* del día del golpe, el 11 de septiembre de 1973: «El día del golpe militar amaneció con un sol radiante, poco usual en la tímida primavera que despuntaba.»

# Bibliografía

## Historia y política de Chile

- Ahrens, Norbert: *Zum Beispiel: Chile*. Göttingen, 1991.
- Amnistía Internacional: Diversos informes anuales. Frankfurt.
- Balke, Fred et. al. (Ed.): *Mit dem Kopf hier – mit dem Herzen in Chile. Zehn Jahre Diktatur – zehn Jahre Exil. Chilenen berichten*. Reinbek, Hamburgo, 1983.
- Bartsch, Hans-Werner, Buschmann, Martha, Stuby, Gerhard, Wulff, Erich: *Chile. Ein Schwarzbuch*. Colonia, 1974.
- Benignus, Siegfried: *In Chile, Patagonien und auf Feuerland. Erlebnisse mehrjähriger Reisen und Studien*. Berlín, 1912.
- Betrifft Chile. Die ITT-Dokumente*. Weinheim, 1972.
- Billhardt, Thomas, Hackethal, Eberhard, Klein, Eduard: *Santiago de Chile Hoffnung eines Kontinents*. Berlín (R.D.A.), 1972.
- Boorstem, Edward: *Allende's Chile. An Inside View*. Nueva York, 1977.
- Boris, Dieter, Boris, Elisabeth, Ehrhardt, Wolfgang: *Chile auf dem Weg zum Sozialismus*. Colonia, 1971.
- Bürger, Otto: *Acht Lehr- und Wanderjahre in Chile*. Leipzig, 1923.
- Bürger, Otto: *Als Land der Verheissung und Erfüllung für deutsche Auswanderer*. Leipzig, 1926.
- Chavkin, Samuel: *Storm Over Chile. The Junta Under Siege*. Westport, Connecticut, 1985.
- Collier, Simon, Sater, William F.: *A History of Chile 1808-1994*. Cambridge, Massachusetts, 1996.
- Corvalán, Luis Alberto: *Schmerz und Hoffnung meiner Brüder. Chilenische Erfahrungen*. Dortmund, 1977.
- Debray, Régis, Allende, Salvador: *Der chilenische Weg*. Neuwied, 1972.
- Deutsch-Südamerikanische Bank: diversos informes sobre América Latina. Hamburgo.
- Edwards, Jorge: *Adios Poeta... Erinnerungen an Pablo Neruda*. Hamburgo, Zurich, 1992.

Insignia, Jaime, Nolte, Detlef (Ed.): *Modelfall Chile? Ein Jahr nach dem demokratischen Neuanfang*. Hamburgo, 1991.

Esser, Klaus: *Durch freie Wahlen zum Sozialismus oder Chiles Weg aus der Armut*. Reinbek, Hamburgo, 1972.

Feinber, Richard E.: *Chile's Legal Revolution*. Nueva York, 1972.

Galeano, Eduardo: *Die offenen Adern Lateinamerikas. Die Geschichte eines Kontinents von der Entdeckung bis zur Gegenwart*. Wuppertal, 1983.

García Márquez, Gabriel: *Das Abenteuer des Miguel Littín, Illegal in Chile*. Munich, 1995.

Goldenburg, Gregorio: *La muerte del presidente Allende*. Buenos Aires, 1990.

Hasc, Enno von: *In der Heimat der Kartoffel. Chilenische Skizzen*. Berlin, 1907.

Helfritz, Hans: *Chile. Gesegnetes Andenland*. Zurich y Stuttgart, 1953.

Heydenreich, Titus (Ed.): *Chile. Geschichte, Wirtschaft und Kultur der Gegenwart. Referate des 9. Interdisziplinären Kolloquiums der Sektion Lateinamerika des Zentralinstituts der Universität Erlangen-Nürnberg*. Volumen 25 de estudios sobre América Latina, Frankfurt, 1990.

Hofmeister, Wilhelm: *Chile: Option für die Demokratie. Die Christlich-Demokratische Partei (PDC) und die politische Entwicklung in Chile 1964-1994*. Paderborn, Munich, Viena, Zurich, 1995.

House of Representatives: *United States and Chile During the Allende Years, 1970-1973*. Washington, 1975.

“Chile – 20 Jahre danach”, *Zeitschrift der Informationsstelle Lateinamerika*. Bonn, 1993.

Jara, Joan: *Das letzte Lied. Das Leben des Victor Jara*. Munich, 2000.

Kahle, Günter et. al.: *Lateinamerika-Ploetz. Die Geschichte der lateinamerikanischen Staaten zum Nachschlagen*. Friburgo, Wurzburg, 1993.

Klein, Lene y Walter: *Begegnung mit Chile*. Leipzig, 1971.

Klute, Fritz: *Argentinien – Chile von heute. Land, Volk und Kultur*. Lübeck, 1925.

Körner, Ruth: *Chile nach 10 Jahren Pinochet*. Frankfurt, 1983.

Kronzucker, Dieter: *Der Tag des Kondors. Von Kuba bis Brasilien. Die politische Biographie eines Kontinents*. Reinbek, Hamburgo, 1991.

Martin, Carl: *Landeskunde von Chile*. Hamburgo, 1923.

Medhurst, Kenneth (Ed.): *Allende's Chile*. Nueva York, 1973.

Neruda, Pablo: *Der grosse Gesang. Gedichte*. Munich, 1999.

Neruda, Pablo: *Ich bekenne, ich habe gelebt*. Darmstadt, Neuwied, 1977.

Niedergang, Marcel: *20mal Lateinamerika. Von Mexiko bis Feuerland*. Munich, 1963.

Nohlen, Dieter: *Chile. Das sozialistische Experiment*. Hamburgo, 1973.

*Nunca más en Chile. Síntesis corregida y actualizada del informe Rettig*. Santiago de Chile, 1999.

Pinochet, Augusto: *El día decisivo, 11 de septiembre de 1973*. Santiago de Chile, 1980.

Polakowsky, H.: *Der Chilispeter und die Zukunft der Salpeter-industrie*. Berlin, 1895.

Ribeira, Darcy: *Amerika und die Zivilisation. Die Ursachen der ungleichen Entwicklung der amerikanischen Völker*. Frankfurt, 1985.

Römpezyk, Elmar: *Chile – Modell auf Ton*. Bad Unkel, 1984.

Schreiner, Claus: *Musica Latina. Musikfolklore zwischen Kuba und Feuerland*. Frankfurt, 1982.

Schubert, Alexander: *Die Diktatur in Chile*. Frankfurt, 1981.

Sievers, Wilhelm: *Südamerika und die deutschen Interessen. Eine geographisch-politische Betrachtung*. Stuttgart, 1903.

Skarmeta, Antonio: *Heimkehr auf Widerruf. Chile im Umbruch. Politische Reflexionen*. Munich/Zurich, 1989.

Stange, P.: *Landeskunde von Chile*. Göttingen, 1914.

Starischka, Bernhard: *Der Sturz des Präsidenten Allende In Chile*. Stuttgart, 1974.

Statistisches Bundesamt: *Länderbericht Chile 1991*. Wiesbaden, 1991.

Ule, Willi: *Quer durch Süd-Amerika*. Kiel y Lübeck, 1924.

Weber, Gaby: *“Krauts” erobern die Welt. Der deutsche Imperialismus in Südamerika*. Hamburgo, 1982.

Weber, Gaby: *Die Guerrilla zieht Bilanz. Gespräche mit Guerilla-Führern in Argentinien, Bolivien, Chile und Uruguay*. Giessen, 1989.

Weischet, Willi: *Chile. Seine länderkundliche Individualität und Struktur*. Darmstadt, 1970.

Wessel, Günther: *Chile und die Osterinsel*. Bielefeld, 2000.

Wittig, Wolfgang: *Nostalgie und Rebellion: Zum Romanwerk von Gabriel García Márquez, Mario Vargas Llosa und Isabel Allende*. Würzburg, 1991.

Wöhlecke, Manfred: *Der Fall Lateinamerika. Die Kosten des Fortschritts*. Munich, 1989.

## La familia

- Alegría, Fernando: *Allende. A Novel*. Stanford, California, 1993.
- Cockcroft, James D. (Ed.): *Salvador Allende Reader. Chile's Voice of Democracy*. Melbourne, Nueva York, 2000.
- Correas Zapata, Celia: *Isabel Allende. Vida y espíritus*. Barcelona, 1998.
- Davis, Nathaniel: *The Last Two Years of Salvador Allende*. Ithaca, Nueva York, 1985.
- Garza, Hedda: *Salvador Allende*. Nueva York, Filadelfia, 1989.
- González Camus, Ignacio: *El día en que murió Chile*. Santiago de Chile, 1988.
- Jorquera, Carlos: *El chico Allende*. Santiago de Chile, 1990.
- Kelley, Ken: "Mrs. Hortensia Bussi de Allende", *Penthouse* (USA) 7 (2/1975), pp. 71-90.
- Landau, Saul y Wezler, Haskell: *Interview with President Allende*. Película de treinta minutos, 1971.
- Lawrezki, Josef: *Salvador Allende*. Frankfurt, 1975.
- Nolff, Max: *Salvador Allende: el político, el estadista*. Santiago de Chile, 1993.
- Puccio, Osvaldo: *Ein Vierteljahrhundert mit Allende. Erinnerungen seines Privatsekretärs*. Berlín (R.D.A.), 1980.
- Reckman, Wim: *Allende. Chiles neuer Mann*. Stein/Nürnberg, 1971.
- Rodden, John (Ed.): *Conversations With Isabel Allende*. Austin, Texas, 1999.
- Whelan, James Robert: *Allende, Death of a Marxist Dream*. Westport, Connecticut., 1981.
- Witker-Velázquez, Alejandro (Ed.): *Salvador Allende. Una vida para la democracia y el socialismo*. Guadalajara, México 1988.

## Entrevistas del autor

- Carlos Jorquera, amigo de Salvador Allende y portavoz suyo, estuvo el 11 de septiembre de 1973 en la Moneda, actualmente forma parte del departamento de prensa del Ministerio de Asuntos Exteriores. 5 de abril de 2001.
- Jacques Chonchol, antiguo secretario general del partido MAPU de la Unidad Popular, más tarde ministro de Agricultura del gobierno Allende desde 1970 hasta octubre de 1972. 6 de abril de 2001.
- Juan Seone, miembro de la escolta policial que protegía al presidente Salvador Allende, estuvo el 11 de septiembre de 1973 en la Moneda. 6 de abril de 2001.
- Osvaldo Puccio Huidobro, hijo del secretario personal de Allende, politólogo y actualmente en el ministerio de Asuntos Exteriores, dirigente del Partido Socialista, estuvo el 11 de septiembre de 1973 en la Moneda. 7 de abril de 2001.
- Denise Pascal Allende, hija de Laura Allende, la hermana de Salvador Allende. 10 de abril de 2001.
- Enrique Krauss, presidente del Partido Demócrata Cristiano de Chile, fue, entre otros cargos, ministro del Interior del gobierno de Frei (1964-1970). 10 de abril de 2001.
- Arturo Jirón, amigo y médico de Salvador Allende, profesor de su hija Tati, ministro de Sanidad de la Unidad Popular, estuvo el 11 de septiembre en la Moneda. 11 de abril de 2001.
- Ramón Huidobro, padrastro de la escritora Isabel Allende, amigo durante muchos años de Salvador Allende, antiguo embajador. 11 de abril de 2001.
- Volodia Teitelboim, antiguo presidente del Partido Comunista de Chile, escritor. 12 de abril de 2001.
- Isabel Allende, escritora. 31 de mayo de 2001.
- Conversaciones telefónicas con Isabel Allende, hija de Salvador Allende.
- Conversación telefónica con Carmen Paz Allende, hija de Salvador Allende.
- Conversación telefónica con Hortensia Bussi de Allende, viuda de Salvador Allende.



## Libros de Isabel Allende

*La casa de los espíritus*  
*De amor y de sombra*  
*Eva Luna*  
*El plan infinito*  
*Cuentos de Eva Luna*  
*Paula*  
*Afrodita*  
*Hija de la Fortuna*  
*Retrato en sepia*  
*La ciudad de las bestias*  
*Mi país inventado*  
*El reino del dragón de oro*  
*El bosque de los pigmeos*